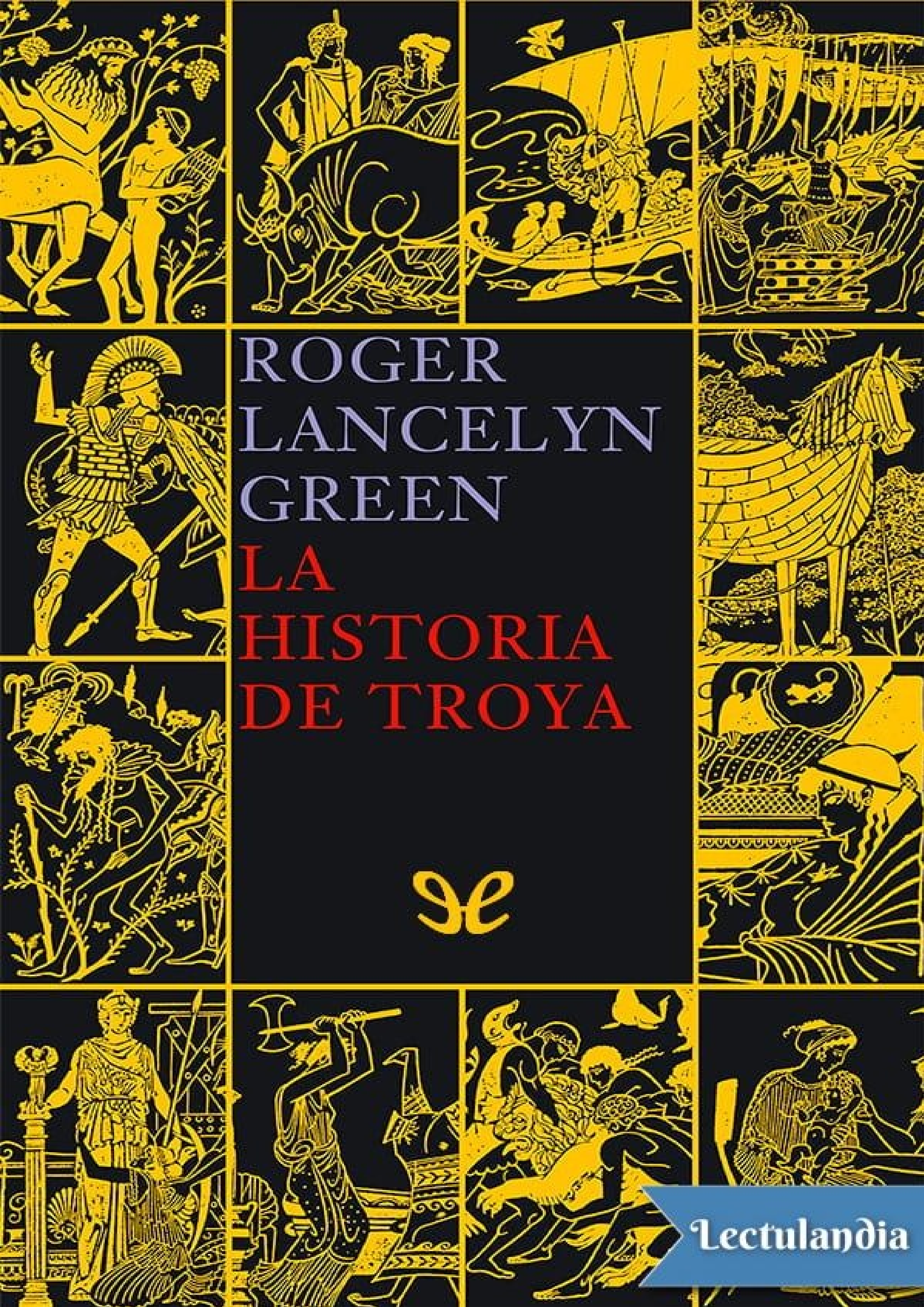

ROGER
LANCELYN
GREEN
LA
HISTORIA
DE TROYA
Lectulandia

Escrita con frescura y energía, ésta es la historia de Helena y del juicio de Paris; de la reunión de los héroes y del sitio de Troya; de Aquiles y su vulnerable talón, criado con miel salvaje y médula de león por un centauro; de Odiseo, el último de los héroes, y de su ardid del Caballo de Madera y de las muchas aventuras en su largo viaje de regreso a Grecia.

La afición a mitos y leyendas de Roger Lancelyn Green (1918-1987) floreció durante sus años de estudiante en la universidad de Oxford, donde se enriqueció con una duradera pasión por Grecia y su cultura. Visitó ese país por primera vez en un crucero en 1937, y volvió a él año tras año siempre que pudo, hasta poco antes de morir. También le fascinaban las obras de teatro griegas y su reelaboración de los mitos antiguos. Con esta mezcla de intereses, era inevitable que acabara por ofrecer su propia versión de los relatos clásicos. A partir de 1946 publicó un gran número de libros: biografías de sus autores favoritos, relatos originales para niños y unos cincuenta volúmenes con su personal visión de las leyendas tradicionales, como la de *El rey Arturo y sus caballeros de la Tabla Redonda* (Siruela, 1996).

Roger Lancelyn Green

La historia de Troya

ePub r1.0
Titivillus 26.07.2021

Título original: *The Tale of Troy*
Roger Lancelyn Green, 1958
Traducción: José Sánchez Compañy
Ilustraciones: Pauline Baynes

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

NOTA DEL AUTOR

La historia de Troya es la secuela natural de los *Relatos de los héroes griegos,* aunque el texto resulta completo en sí mismo. De hecho se trata de la última gran saga de la Edad Heroica, la culminación de los mitos y leyendas que la antecedieron y el preludio a la historia real de Grecia, de la misma forma que la *Iliada* y la *Odisea*, los primeros y más grandes poemas supervivientes de la Grecia antigua, constituyen el punto de partida de toda la literatura griega posterior.

Las diferentes partes que constituyen la historia de Troya han sido contadas con anterioridad de una forma o de otra, pero normalmente no son sino simples versiones de la *Iliada* o de la *Odisea*, como la de Charles Lamb en *Las aventuras de Ulises*, o la de A. J. Church en *La Iliada de los niños*. Los libros de narraciones de mitos y leyendas griegos añaden de vez en cuando uno o dos incidentes del resto del ciclo troyano, como la historia del Caballo de Madera, que forma parte de cualquier versión de la *Eneida,* de Virgilio. Pero la saga completa, en su conjunto, rara vez se ha incluido en una única obra. Quizás la versión más notable sea la que Andrew Lang recogió hace cincuenta años en su *Relatos de Troya y Grecia,* aunque la versión de la Guerra de Troya que allí se ofrece se centra más en Odiseo, recreándose en sus hazañas y pasando por alto episodios importantes para la comprensión del ciclo en su conjunto.

Lang basó su historia en las fuentes obvias: la *Iliada*, la *Odisea* y las *Posthoméricas,* de Quinto de Esmirna, aunque admitió en una carta a su hermano que no había tenido escrúpulo en añadir lo que le pareció conveniente para rellenar las lagunas del relato.

Estos tres poemas también han sido mis principales fuentes. Pero me he negado firmemente a tomarme libertad alguna con mis autoridades; dándose el caso además de que yo no había leído la versión de Lang y que no lo hice hasta haber concluido la mía. Dado que mi texto se ocupa de la saga de Troya en su totalidad, he lanzado mi red mucho más lejos de lo que Lang jamás se propuso, incluyendo desde fragmentos y resúmenes perdidos del Ciclo Epico,

hasta poemas narrativos menores de Coluto y Trifiodoro; desde obras como el *Áyax* o el *Filoctetes* de Sófocles, la *Orestiada* de Esquilo y más de una decena de Eurípides, hasta la muerte de Castor y Pólux según la describe Teócrito, o la tragedia de Corito en la pluma de Partenio. Pero una lista completa de mis fuentes resultaría tediosa y fuera de lugar. No obstante quiero resaltar que he jugado limpio con ellas: hasta donde yo sé no he falseado ni añadido un solo detalle, ni alterado ninguna leyenda, aunque a veces haya omitido algo o rebajado el tono cuando me ha parecido conveniente.

A esta afirmación debo añadir la confesión de la única variación consciente que me he permitido, he sugerido (sin basarme en autoridad alguna) que Helena y Menelao se separaron volviendo de Troya, lo que posibilitó que ella estuviera en Egipto antes de que él llegara. Esta variación facilita la introducción de los sucesos descritos por Eurípides en su *Helena*, sin tener que recurrir al «éidolon» o historia de la doble Helena propuesta por Estesicoro.

Aparte de una referencia a la historia medieval de Troilo, para este libro me he atenido por completo a autoridades clásicas. De hecho dispongo de fuentes griegas antiguas para todos los episodios salvo para los viajes de Eneas que, excepto en un par de detalles referidos a la caída de Troya, se basan en la *Eneida*. He resistido el impulso de recurrir a *El deseo del mundo*, el hermoso y conmovedor romance escrito en 1890 por Rider Haggard y Andrew Lang como secuela a la *Odisea*, que mejora los insatisfactorios resúmenes que hicieron Proclo y Apolodoro de las últimas aventuras y la muerte de Odiseo, que es todo lo que ha llegado hasta nosotros. Pero recomiendo encarecidamente este libro a mis lectores.

A día de hoy es innecesario hacer más comentario sobre el uso de los nombres griegos correctos de los Dioses y los Héroes de la Antigua Grecia. He añadido una lista de los equivalentes griegos y romanos. En deferencia a la tradición literaria general he utilizado la transcripción latinizada, tal como Febo Apolo por Feibo Apolo, y Circe por Kirke. He recurrido a la forma latina, Áyax, para el hijo de Telamón simplemente para distinguirlo de Aias, el hijo de Oileo, y he preferido recurrir a variaciones universalmente reconocidas como Príamo, Hécuba y Helena, en lugar de las griegas Príamos, Hékabe y Helen. Mas a Ulises me opongo rotundamente: es tan diferente de Odiseo como Júpiter y Juno lo son de Zeus y Hera. Los nombres romanos evocan fácilmente las artificiosas convenciones de la literatura épica de Virgilio, Ovidio y su tradición latina. Los auténticos nombres griegos nos abren de par en par las contraventanas mágicas. De su mano entramos

directamente en la Edad Heroica, en la mañana brumosa y radiante de la leyenda y la literatura.

Escucha, como el océano en una playa del poniente, el fragor y el trueno de la *Odisea*.

Roger Lancelyn Green

DIOSES Y DIOSAS DE LA ANTIGUA GRECIA

GRIEGO / LATINO

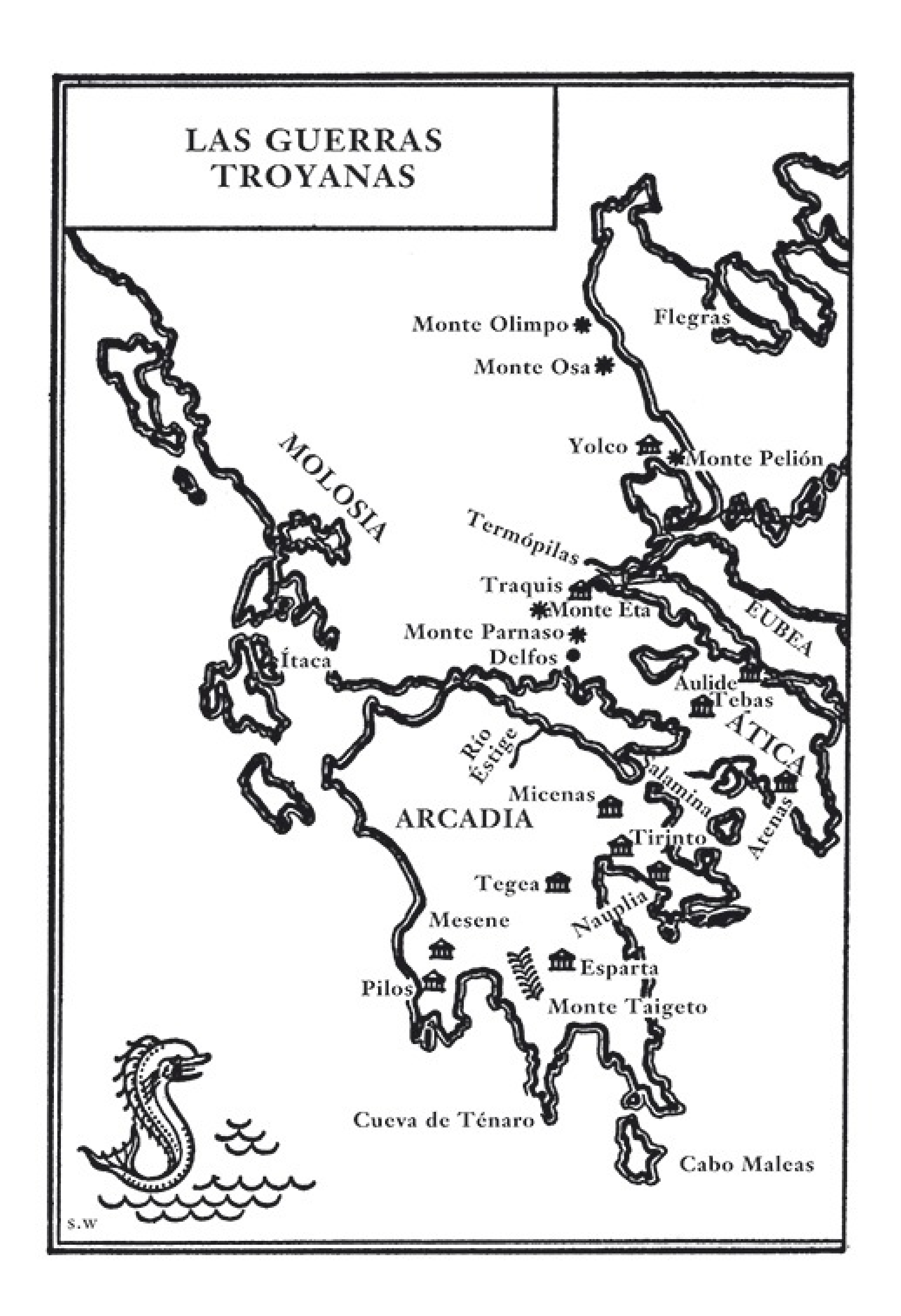
Afrodita / Venus
Ares / Marte
Artemisa / Diana
Asclepio / Esculapio
Atenea / Minerva
Crono / Saturno
Deméter / Ceres
Dioniso / Baco
Eos / Aurora
Hades / Plutón o Dis
Hefesto / Vulcano
Helio / Sol
Hera / Juno
Heracles / Hércules o Alcides
Hermes / Mercurio
Hestia / Vesta
Perséfone / Proserpina
Poseidón / Neptuno
Rea / Cibeles
Selene / Luna
Zeus / Júpiter

Apolo, Pan[1] y Hécate reciben el mismo nombre en las dos tradiciones.

CODA

Pasa con una sonora risa, una palabra amistosa,
pensando en Rinto que descansa aquí a solas:
de las musas la menor y menos recordada ave
arrancó de la colina esta guirnalda suya.

De *El griego de Nosis*


LAS GUERRAS
TROYANAS
Monte Olimpo
Flegras
Monte Osa
MOLOSIA
Yolco
Monte Pelión
Termópilas
Traquis
Monte Eta
EUBEA
Monte Parnaso
Ítaca
Delfos
Aulide
Tebas
ÁTICA
Río Éstige
Salamina
Micenas
ARCADIA
Atenas
Tirinto
Tegea
Nauplia
Mesene
Esparta
Pilos
Monte Taigeto
Cueva de Ténaro
Cabo Maleas
S.W


TRACIA
Helesponto
Lemnos
Troya
Ténedos
Río Escamandro
Monte Ida
MISIA
MAR EGEO
Lesbos
Esciros
Delos
Cos
Nisiros

LA HISTORIA DE TROYA

En recuerdo de dos de mis autores favoritos, RIDER HAGGARD y ANDREW LANG, que entre ambos escribieron *El deseo del mundo*, primer libro que me orientó al estudio de las leyendas y la literatura griegas

Dulce era tu canto del deseo del mundo cuando la vida era tuya. Ahora que tus días están gastados a tus pies deposito mi lira de Lidia y mi flauta frigia, para señalar tu cabeza.

Epitafio griego anónimo

1. LAS BODAS DE PELEO Y TETIS

> Pues a última hora entre ellos surgió una amarga disputa en el palacio de Peleo el día de sus esponsales, cuando Peleo se unió a una diosa inmortal, y allí fue invitado todo el panteón celestial; salvo la diosa Discordia, que aún así trajo porfía, y una manzana arrojó sobre la mesa nupcial.
>
> Andrew Lang, *Helena de Troya*

Para los antiguos griegos el Sitio de Troya era el principal y más grande acontecimiento de la Edad de los Héroes, esa época prodigiosa en la que los Inmortales que habitaban en el Olimpo, y a quienes ellos adoraban como a dioses, se mezclaban con los hombres y participaban en sus asuntos.

La caída de Troya marca el momento en que acaba la leyenda y comienza la historia. Aún así la gran aventura hunde sus raíces en los primeros mitos de la formación del mundo, pues el relato de Troya comienza con la historia de Prometeo.

Prometeo era un Titán, un gigante proveniente de los tiempos más remotos. También era un Inmortal que, aun careciendo de los poderes de Zeus, era capaz de prodigios que incluso al Olímpico le estaban vedados, pues podía prever el futuro. También tenía el poder del amor, del que en principio Zeus carecía, y este amor fue entregado a la humanidad, a los pobres mortales de este mundo, a los que él había ayudado a moldear.

En los días anteriores a la creación del hombre, según cuentan las viejas leyendas, Zeus combatió y destronó a su terrible padre, Crono, un ogro espantoso que devoraba a sus hijos para evitar que se rebelaran contra él. Prometeo secundó a Zeus en esta pugna legítima, y le ayudó también a conseguir que la Humanidad poblara la tierra devastada. Pero entonces, a causa, de su gran amor, Prometeo desobedeció a Zeus y robó el fuego del Cielo para entregárselo al Hombre, lo cual le ponía en un segundo lugar respecto a los Inmortales.

Zeus furioso encadenó a Prometeo al monte Cáucaso, más allá del mar Negro. Prometeo predijo entonces que Zeus había de caer como también había caído Crono, y que tan sólo él sabía lo que Zeus tenía que hacer para evitar ese destino.

Zeus amenazó, prometió y suplicó, mas en vano. Entonces, dominado por la rabia y la angustia, envió un águila para que devorara día tras día el hígado del pobre Titán inmortal, el hígado que todas las noches debía volver a crecer y renovarse. Pero incluso bajo este pavoroso tormento Prometeo no reveló su secreto.

El tiempo pasaba, y Zeus empezó a aprender la clemencia y el amor a través del sufrimiento y la zozobra que lo consumían, pues bien sabía que Prometeo en verdad podía anticipar el futuro, y que nada podría alterar lo que viera.

Cuando Zeus empezó a ayudar a los hombres que pululaban por la tierra sobrevino la Edad de los Héroes, y Zeus se unió a muchas mujeres mortales, a pesar de los celos terribles de Hera, su esposa Inmortal.

El último de los hijos mortales de Zeus fue el más grande de todos los Héroes, Heracles, el hombre más fuerte que jamás haya existido. Mientras Heracles viajaba por la tierra ejecutando sus Doce Trabajos y librándola así de muchas criaturas malignas, Zeus lo envió al Cáucaso para que soltara a Prometeo. No había condiciones ligadas a este acto de piedad, tras lo cual Prometeo pudo volver discretamente a su labor entre los humanos, a los que amaba.

Pero Heracles continuó con sus grandes hazañas, la última de las cuales fue aquella para la que Zeus le había engendrado: luchar al lado de los Inmortales en su gran guerra contra los Gigantes, contienda que no podía ser ganada a menos que un héroe mortal rematara a los Gigantes según iban cayendo derribados por los Inmortales.

Tras la victoria de los dioses, Zeus sintió que, por lo menos durante un tiempo, estaba Libre de congojas y que podía dedicarse a divertirse y holgar con los demás Inmortales.

—No tendré más hijos mortales —dijo—, pues Heracles, el héroe que nos salvó de los Gigantes, debe ser el último varón de este linaje. Mas he oído hablar de una bellísima ninfa marina llamada Tetis; me uniré a ella y quizás tengamos una hija que sea la mujer más hermosa que jamás se haya visto entre los hombres.

Así fue como Zeus visitó las cavernas del océano, y descubrió que Tetis era tan bella e inteligente como se decía. Dispuso todo para celebrar un gran banquete nupcial, ordenando a todos los demás Inmortales que se prepararan para el mismo. Incluso la celosa Hera estaba tan feliz en aquellos días que no intentó evitar el enlace ni causar ningún mal a Tetis, como había hecho en el caso de otros devaneos de Zeus con mujeres mortales.

Mas súbitamente Prometeo, el buen Titán, vino hasta Zeus y le previno:

—Gran Zeus, aunque me trataste cruelmente al principio, bien sé que lo hiciste debido al miedo que te angustiaba. Nunca te hubiera dicho cómo evitar el peligro que se cierne inexorable sobre ti, el peligro del hijo que te ha de destronar como tú destronaste a tu padre, Crono, y que ha de reinar en tu lugar como tú reinas en el suyo. No, nunca te lo hubiera revelado por mucho que enviaras a tu águila a que me desgarrara el hígado. Mas tú sabes bien que el futuro, velado incluso para ti, en ocasiones aparece diáfano en mi mente. ¿Acaso te advertí en vano de la llegada de los Gigantes, y de que sólo los derrotaríais si contabais con un Héroe humano fuerte y animoso que luchara a vuestro lado? Ese hombre era Heracles y la batalla tuvo el desenlace que yo había vaticinado.

Zeus inclinó la cabeza y asintió:

—Titán Prometeo, todo sucedió como tú dices. Al principio yo no sentía ningún amor por los hombres mortales, y te aborrecía por robar el fuego para entregárselo. Como tú dices, yo era cruel y despiadado, pero he aprendido gracias al sufrimiento, y ya no te odio ni te deseo ningún mal, aunque te niegues a declarar cuál es el peligro que me amenaza. Para demostrarlo envié a mi hijo, Heracles, a que matara con sus flechas el águila que te atormentaba y te liberara de tus ataduras, dejándote sólo el Anillo del dedo como señal de tus padecimientos por la humanidad. Nada te pedí a cambio de tu libertad, y de hecho me congratulo sobre manera al verte de nuevo afanándote en favor de la noble raza de los hombres.

—Aunque puedo vislumbrar mucho del futuro —dijo Prometeo—, ignoro cómo puedan cambiar los corazones de los hombres o de los Inmortales. El tuyo se ha transformado, gran Zeus, y ahora puedo hablarle al Padre clemente de los dioses y de los hombres, advertirle del peligro que le acecha y hacerle saber cómo evitarlo. Escucha ahora la profecía que yo conocía desde el principio de los tiempos: «El hijo de Tetis será más grande que su padre». ¡Una cuestión tan nimia, un peligro tan fácil de eludir!, y aún así ¡podría haber provocado la caída del mismísimo gran Zeus!

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Zeus, que estalló luego en una gran carcajada de alivio y de gozo, y el trueno retumbó, mientras los relámpagos del verano encendían el claro cielo.

—¡Te lo agradezco de corazón, titán Prometeo! —exclamó—. Eres mi socorro y mi amigo una vez más. Casaremos a Tetis con un esposo mortal, y su hijo será el último de los héroes. He decidido que la gran Guerra de Troya, la más grande y famosa ocasión de todos los tiempos, se produzca

inexorablemente. Renombrados serán también los héroes que combatan en ella; mas con ellos la Edad de los Héroes tocará a su fin, y sobrevendrá la Edad de los Hombres, la Edad de Hierro.

El héroe elegido como marido de Tetis fue el argonauta Peleo, que había ayudado a Heracles y a Telamón a saquear Troya cuando su rey, Laomedonte, se negó a cumplir la promesa de entregar sus caballos mágicos a cambio de rescatar a Hesíone del monstruo marino.

Sucedió que Peleo mató por error a su amigo Euritión y, en consecuencia, fue obligado a abandonar su país. Fue a vivir a Yolco, donde reinaba Acasto, el hijo de Pelias, y allí vivió felizmente algún tiempo.

Pero entonces Zeus quiso que la reina Astidamía se enamorara de él, y que le suplicara que huyeran juntos. Peleo se negó: no estaba dispuesto a ultrajar de manera tan indigna a su anfitrión, robándole a su esposa. Astidamía se puso furiosa, y su amor se convirtió en un aborrecimiento tan profundo que no deseaba otra cosa más que verlo muerto. Fue hasta su marido con la calumnia de que Peleo había tratado de persuadirla de que se fugara con él, y que la había amenazado con llevársela a la fuerza si se negaba.

Naturalmente el rey Acasto se encolerizó. No deseaba asesinar a Peleo, que era su huésped, pero sí decidió provocar su muerte. De modo que él y sus nobles invitaron a Peleo a cazar en el monte Pelión, y propusieron un desafío consistente en ver quién era capaz de cobrar más piezas ese día.

Peleo era un montero muy diestro, y además poseía una espada mágica que le habían otorgado los Inmortales en reconocimiento de su virtud. Esta arma le garantizaba siempre el éxito en la caza y la victoria en el combate. En esta ocasión, como barruntaba una celada, cada vez que abatía un animal le cortaba la lengua y se la guardaba en el morral.

Al final de la jomada, Acasto y los suyos reclamaron todas las piezas como propias y se burlaron de Peleo por no haber matado ninguna fiera.

—Habéis cazado bien —respondió Peleo con voz tranquila—, pero a mí me ha ido aún mejor, ¡pues yo he abatido tantos animales como lenguas tengo aquí en mi zurrón! —y con gesto sereno sacó sus trofeos, dejando en completo ridículo a Acasto y los suyos.

Pero sucedió más tarde ese mismo día que Peleo cayó dormido mientras descansaba en aquellos solitarios montes, y Acasto le robó la espada y la escondió bajo una pila de estiércol; luego él y sus amigos se marcharon sigilosamente, dejándole solo.

Al atardecer Peleo se despertó para encontrarse abandonado, desarmado y rodeado de salvajes Centauros, que cerraban un círculo en torno a él para

matarlo. Pero uno de ellos, Quirón el sabio, que había sido maestro de Jasón durante su infancia, vino en su rescate, le devolvió la espada y lo acogió en la seguridad de su propia cueva.

Allí enseñó a Peleo muchas cosas, y finalmente le instruyó sobre la forma de atrapar y retener a la ninfa marina Tetis, su futura esposa.

Peleo siguió sus indicaciones, acechándola en la costa al pie del monte Pelión y atrapándola mientras estaba desprevenida. Ella se metamorfoseó en fuego, agua, viento, árbol, pájaro, tigre, león, serpiente y sepia; mientras se mantenía en esta forma marina, Peleo la sujetó con fuerza y la apretó contra su pecho con tanta decisión que ella se rindió y recobró su figura original.

Entonces Peleo la hizo subir contra su voluntad por la ladera del monte Pelión hasta la cueva de Quirón, donde ella no tardó en recobrar la alegría y consintió en ser su esposa, pues Zeus le prometió dos cosas: que de esa unión nacería un hijo que sería el más famoso de los héroes que habían de luchar en Troya; y también que todos los Inmortales asistirían a sus esponsales.

En la vertiente del Pelión, junto a la cueva del sabio y viejo Quirón, el buen centauro, se preparó un banquete nupcial como nunca antes se había visto sobre la tierra. Los alimentos divinos de los Inmortales, el dulce Néctar y la especiada Ambrosía, fueron traídos del Olimpo en jarras y vajillas de oro y dispuestos sobre mesas de plata, y todos los Inmortales se reunieron para la fiesta. Las Musas entonaron dulces canciones y las Ninfas danzaron para ellos mientras Hefesto inundaba las cavernas de llamas diestramente manejadas que, sin causar daño alguno, irradiaban una suave luz que iluminaba todos los rincones.

Los Inmortales hicieron espléndidos regalos al muy honrado novio: una lanza sin igual de madera de fresno tallada por Quirón, pulida por Atenea y cuya punta había forjado el mismo Hefesto; y dos caballos que no podían morir, Balio y Janto, regalo de Poseidón.

Sólo una Inmortal fue postergada ese día, de nombre Éride. Todos los demás habitantes del Olimpo la detestaban, pues era mezquina y desagradable. Sus otros nombres eran «Disputa» y «Discordia». Pero aún así se presentó, de forma inesperada, en el banquete.

—¡Aquí me tenéis! —exclamó con voz áspera—, ¡y aquí tenéis mi regalo! —y arrojó una Manzana Dorada sobre la mesa y se marchó soltando una carcajada. En la manzana estaban escritas estas palabras: «Para la más hermosa».

Tal como había previsto, la discordia se desató de inmediato allí donde, hasta ese momento, todo había sido paz y armonía; y se produjo una agria

disputa sobre quién tenía más derecho a reclamar la manzana dorada.

—¡Es mía! —exigió Hera—. A mí, que soy la reina del Olimpo, me pertenece por derecho.

—¡Yo la reclamo! —intervino Atenea—. Yo, la hija mayor de Zeus. Y estableceré sin duda mi legítima demanda… ¡No en vano soy la inmortal Diosa de la Sabiduría!

—Las dos os equivocáis —terció Afrodita con un dulce murmullo—. Es mía. Nadie más tiene derecho a ese trofeo. ¿No soy acaso la Diosa Inmortal del Amor y de la Belleza?

Zeus acalló momentáneamente la porfía entre las tres Inmortales, y la boda terminó sin que su brillantez resultara deslucida.

Peleo y su bellísima esposa agradecieron a los Inmortales su presencia, se despidieron del amable Quirón y bajaron del monte Pelión para establecerse en su reino junto al mar. En poco tiempo Peleo reinaba también sobre Yolco, tras haber depuesto a Acasto y a su pérfida reina.

Los habitantes de su país recibieron con júbilo la vuelta del rey Peleo, el más virtuoso de los hombres, que había sido distinguido en tan alto grado por los Inmortales:

—Tres y cuatro veces seas bendito, afortunado Peleo, hijo de nuestro viejo rey Eaco —exclamaban—, y bendita sea también tu hermosa reina, Tetis. ¡Zeus mismo te la ha entregado por esposa y ha favorecido tu matrimonio, y te ha enaltecido con magníficos regalos! En verdad, Zeus te ha honrado entre los hombres y ha hecho de ti el más estimado de los héroes.

El rey y la reina moraron dichosos entre los suyos, aunque según se iban sucediendo los años iba creciendo en Peleo la aflicción, pues seis hijos nacieron de su unión con Tetis y los seis desaparecieron misteriosamente, sin que él llegara a averiguar qué había sido de ellos. Y Tetis parecía cada vez más reservada y silenciosa; y sus ojos se volvían con añoranza hacia las brillantes olas del mar, bajo las cuales había vivido antes de su boda con Peleo.

Entonces nació un séptimo hijo, al que llamaron Aquiles.

—Esposo mío —dijo Tetis—, haré que nuestro hijo sea invulnerable para que así sea el más grande de los héroes.

Y se lo llevó por la noche al río Éstige, el río negro del mundo subterráneo, y lo sumergió en sus infernales aguas. Mas, temerosa de que se ahogara o de que lo arrastrara la poderosa corriente, lo sujetó por el talón: y el talón y el empeine fueron las únicas partes de su cuerpo que no llegaron a ser tocadas por las aguas encantadas.

Cuando volvió con él a casa, Peleo exhaló un suspiro de alivio al ver al niño sano y salvo. Pero decidió vigilar cuidadosamente, y esa noche permaneció en vela aunque simulara estar dormido.

Pronto sintió que su esposa se deslizaba silenciosamente fuera del lecho, sacaba al niño de la cuna y, tras haberlo ungido con ambrosía, se dirigía al hogar donde crepitaba el fuego. Peleo observó horrorizado cómo Tetis colocaba al infante en medio de las llamas.

Saltó entonces de la cama y, con un grito, arrancó a Aquiles del fuego y se encaró furioso con Tetis, mas la ninfa se lamentó:

—¡Oh, pobre, pobre estúpido! ¡Si lo hubieras dejado, se hubiera convertido en inmortal y nunca hubiera conocido los estragos de la vejez! Pues todo lo que yo tenía que hacer era consumir su parte mortal tras haberlo signado con el alimento de los dioses. Cierto es, todos nuestros otros hijos perecieron en las llamas, pero esta vez lo habría conseguido, pues lo había bañado en el río Éstige y era invulnerable.

—Ahora adiós, triste Peleo —prosiguió con voz dura—. Nunca más me has de llamar tu esposa, pues vuelvo al mar para no regresar jamás a tu lado.

Con estas palabras huyó como un soplo de viento, se alejó del palacio desvaneciéndose con la rapidez de un sueño y se hundió en el océano. Peleo quedó desolado por la pérdida de su adorable esposa y no se volvió a casar nunca más, prefiriendo vivir en soledad todavía muchos años.

Cuando Aquiles era todavía un niño, su padre lo llevó al monte Pelión y se lo confió a Quirón, el centauro sabio. Allí creció el muchacho, alimentándose con médula de león, miel salvaje y carne de corzo; y Quirón le enseñó muchas artes: a cazar y a domar caballos, y también a tañer la lira.

Tetis, aunque había abandonado a Peleo, no dejaba de amparar a Aquiles. Cuando el niño tuvo nueve años presintió que un peligro se cernía sobre él y trató de eludirlo, escondiéndolo. Lo vistió de niña y lo envió a la isla de Esciros, donde Licomedes era rey. Allí Aquiles fue ocultado entre las demás doncellas que atendían a la joven princesa, Deidamía; y con el paso del tiempo casi llegó a creerse que también él mismo era una muchacha, llamada Pirra.



Todo esto hizo Tetis cuando la gran guerra entre Grecia y Troya estaba a punto de comenzar, pues bien sabía ella que, si Aquiles embarcaba con la hueste aquea, nunca más regresaría.

El origen de aquella guerra se encontraba en el día de las bodas de Peleo, pues la manzana dorada de la Discordia mantuvo a las tres inmortales, Hera, Atenea y Afrodita, discutiendo y peleando entre ellas hasta que Zeus ordenó a Mermes que las llevara al monte Ida, cerca de Troya, para que allí un pastor llamado Paris resolviera su querella.

2. EL JUICIO DE PARIS

> ¿Fue este el rostro que lanzó un millar de barcos y que hizo arder las torres abiertas de Ilion?
> Dulce Helena, ¡hazme inmortal con un beso!
>
> Marlowe, *Doctor Fausto*

Una vez que Heracles, Peleo y Telamón hubieron matado al rey Laomedonte y destruido la antigua ciudad de Troya, su hijo menor, Príamo, se convirtió en rey. Convocó a los troyanos de cerca y de lejos que, bajo su dirección, erigieron una nueva ciudad, más grande y más fuerte, rodeada de imponentes murallas, de puertas y de torres.

Allí reinó en paz y la tierra prosperó. Su reina, Hécuba, le dio muchos varones hermosos, el mayor de los cuales se llamaba Héctor. Pero justo antes del nacimiento de su segundo hijo, Paris, tuvo un sueño terrible.

Soñó que alumbraba al niño, pero que en vez de ser un bebé normal resultaba ser una Furia (semejante a las hijas de Hades, a las que el Señor de la Muerte envía para que ejecuten su venganza entre los criminales), una Furia de cien manos, cada una de las cuales portaba una antorcha en llamas. En su pesadilla la Furia recorría las calles de Troya entregándola al fuego y derribando las torres recién alzadas.

Cuando despertó, Hécuba le contó a Príamo su sueño, y éste hizo venir a todos los augures de Troya para ver si alguno sabía interpretar su significado. Ellos pronosticaron que, si vivía, Paris traería la ruina a su país y la destrucción de la misma Troya; y aconsejaron que se diera muerte al niño de inmediato.

Príamo se entristeció amargamente al escuchar este consejo, aunque en cuanto nació el infante se lo entregó a un fiel servidor ordenándole que lo llevara lejos, a las solitarias laderas del monte Ida, para que lo abandonara allí a merced de las bestias salvajes. El sirviente cumplió su tarea, dejando al niño cerca de la guarida de una osa. A los cinco días, mientras cazaba en aquel monte, el hombre volvió a visitar aquel lugar y para su sorpresa encontró al niño Paris bien sano en el mismísimo cubil de la fiera, retozando entre los oseznos.

—Vivir debe de ser el destino del niño —pensó el sirviente—, cuando hasta las alimañas lo cuidan y alimentan. Y cogiendo a Paris, lo llevó a su

propia cabaña. Allí lo crió como si de su propio hijo se tratara, enseñándole a cazar y a guardar los rebaños en las laderas de la montaña.

Paris creció fuerte y animoso, y desde muy temprana edad fue uno de los muchachos más hermosos que se pudieran ver, tan bello ciertamente que la ninfa Enone se enamoró de él, y los dos se casaron y habitaron en una acogedora cueva del monte Ida. Y allí les nació un hijo al que llamaron Corito.

Paris cuidaba con esmero el ganado que tenía a su cargo y, siendo todavía un mozo, obligó a huir a una banda de ladrones que intentó robarle. Estaba particularmente orgulloso de cierto semental, un toro magnífico, blanco como la leche y más bello que cualquier otro animal del monte Ida. Tenía tal confianza en los méritos de su semental que ofreció coronar con oro cualquier otro que demostrara ser mejor que el suyo.

Un día, para embromarle, el Inmortal Ares se metamorfoseó en toro e hizo que Hermes lo condujera hasta el Ida para competir con el de Paris. El nuevo animal era aún más grande y de mejor presencia que el campeón y, sin dudarlo, Paris le entregó la prometida corona.

Fue debido a esta escrupulosa ecuanimidad por lo que Zeus, que se negaba a decidir por sí mismo en el asunto de las tres Inmortales, envió a Hera, Atenea y Afrodita hasta Paris para que fuera el pastor quien resolviera su conflicto sobre quién tenía más derecho a la Manzana Dorada de la Discordia.

Hermes, el Mensajero de los Dioses, las condujo hasta el monte Ida, donde encontraron a Paris, joven, fuerte y apuesto con su pelliza de piel de cabra, sentado en una escarpa tocando su flauta, teniendo a su vera el cayado de pastor.

Al levantar la vista, Paris vio al Inmortal aproximándose a él, y lo reconoció por las sandalias aladas y la vara de heraldo. De inmediato se hubiera levantado de un salto para correr a esconderse en el bosque de no haber sido porque Hermes se dirigió a él con estas palabras:

—No temas, pastor Paris, tú que eres más grande de lo que aún conoces. Vengo hasta ti por orden de Zeus, que sabe de la honestidad de tus juicios. Vienen conmigo tres Diosas Inmortales. Tú debes elegir cuál es la más hermosa de las tres…, pues tal es la voluntad del Padre de los Dioses.

—Mi señor Hermes —respondió entonces Paris—, no soy más que un pobre mortal. ¿Cómo voy yo a discernir entre la belleza divina de las Inmortales? Y si juzgar debo, ¿cómo escaparé luego de la venganza de las que no sean elegidas?

—Ellas aceptarán tu decisión —respondió Hermes—, y es la decisión de un mortal lo que Zeus solicita. Sobre lo que resultará de ello sólo Zeus lo sabe, pues todo esto sucede por voluntad suya.

Entonces las tres Inmortales se aproximaron, y Paris se quedó mudo de asombro, deslumbrado por su radiante hermosura.

Fue Hera quien primero se acercó a él, gallarda e imponente, Reina de Reinas, luciendo una refulgente diadema sobre la límpida frente y con la majestad iluminando sus grandes ojos.

—¡Elígeme! —le conminó seductora con su voz profunda—, y te haré señor de toda Asia. Serás más poderoso que el más poderoso de los reyes. Si lo deseas, también Grecia será tuya…

Paris la observó estupefacto, pues su belleza era la belleza del mando, el dominio y el señorío. Ante la pujanza de esta reina Inmortal sintió cómo cuajaban en su ánimo todos sus sueños y ansias de grandeza.

Tragó saliva y cerró los ojos, y cuando los volvió a abrir era Atenea la que se paraba frente a él con imponente serenidad. En sus ojos azules brillaban la sabiduría y la reflexión; y sobre su cabeza centelleaba el casco, como señal de las hazañas cumplidas y no meramente imaginadas.

—Te daré el conocimiento —le dijo la diosa—, serás el más sabio de todos los hombres, y los reyes de la tierra vendrán hasta ti a pedirte consejo. Con esta sabiduría conquistarás pueblos y vencerás en las batallas; y tu voluntad será ley, si ese es tu deseo.

Entonces Paris olvidó sus quimeras de gobierno y supremacía. En su lugar vio conocimiento y maestría en todas las artes y en todos los saberes, imágenes que tomaron la forma de la augusta Inmortal de ojos penetrantes cuya tibia mano descansó en su hombro por un instante.

Paris inclinó la cabeza y cuando la volvió a levantar fue para descubrir a Afrodita, más hermosa que el sueño de la belleza, de pie frente a él. Sus vestidos habían sido tejidos por las Gracias y teñidos con las flores de la Primavera: con azafrán y jacintos; con florido violeta y la radiante delicadeza de las rosas, tan dulce y deliciosa; y con los celestiales capullos del lirio y del narciso. Su rostro y su figura superaban en belleza las ensoñaciones de la fantasía, y su voz era un murmullo arrebatador, tierno y vibrante a la vez.

—Tómame —susurró—, y olvida la dureza de la guerra y los cuidados del estado. Toma mi belleza y desdeña el cetro y la antorcha de la sabiduría. Nada sé de batallas ni de saberes: ¿Qué tiene que ver Afrodita con la pluma o con la espada? En lugar del conocimiento, en lugar de la grandeza, haré que sea tuya la mujer más hermosa que hay sobre la faz de la tierra, Helena de Esparta es

su nombre, y será llamada el Deseo del Mundo y la encarnación misma de la belleza.

Sin dudarlo, Paris le entregó la Manzana Dorada a Afrodita, que lanzó una gozosa carcajada de triunfo.

—Ahora, Paris —le dijo—, me tendrás siempre de tu lado. Yo te llevaré hasta la dorada Helena.

Mas Hera y Atenea se alejaron con los ojos llenos de indignación y de rabia, y desde ese momento se encendió su odio implacable hacia Troya y hacia todos los troyanos.



Paris se quedó dormido sobre las floridas laderas del monte Ida y, al despertar, era incapaz de discernir si el juicio había sido real o si todo había sido un sueño. Pero sentía que ya no podía ser dichoso junto a Enone, ni pastor en los bosques y barrancas de aquel monte. Pues, despierto o dormido, se le presentaba la figura sublime de Afrodita y escuchaba su voz; y a veces la figura y la voz se transformaban y tomaban la forma y el tono de una mujer mortal, más hermosa que cualquier sueño, que le estaba destinada como esposa. Aguardaba impaciente a ver qué hacía Afrodita para cumplir su promesa, y no tuvo que esperar mucho para que empezaran a suceder cosas.

El rey Príamo, convencido de la muerte de hijo Paris, celebraba juegos funerales en su honor todos los años. En esa ocasión envió a sus sirvientes al monte Ida para buscar un toro que fuera el trofeo principal de los torneos.

Eligieron el magnífico semental blanco que era el orgullo de Paris, y lo bajaron a la ciudad, a pesar de los esfuerzos del pastor para disuadirlos de su empeño. De esta forma, casi tanto por indignación como por curiosidad, Paris entró en Troya y se encontró con una gran multitud reunida para asistir a la carrera de carros.

Tras ella, Príamo declaró que los combates de pugilismo estarían abiertos a todo aquel que quisiera participar… y Paris de inmediato se presentó como contendiente. Peleó con tanta destreza que ganó la corona de laurel; y también triunfó en la carrera a pie. Los otros hijos de Príamo estaban tan furiosos al verse derrotados por un simple pastor que ellos mismos le desafiaron. Mas Paris volvió a ser el más veloz y, tras haber ganado tres carreras, fue declarado vencedor del torneo y ganador del toro que se entregaba como trofeo.

Héctor y su hermano Deífobo estaban tan coléricos que desenvainaron sus espadas dispuestos a matar al extraño. Mas el viejo sirviente se lanzó a los pies de Príamo, llorando:

—Mi rey y señor, éste es Paris, vuestro hijo, el niño que vos me ordenasteis abandonar en las faldas del monte Ida.

Entonces Paris fue recibido entre sollozos por el rey y la reina, y por sus hermanos también, y pronto fue reconocido como príncipe de Troya.

Mas su hermana Casandra, que podía predecir el futuro, empezó a proferir gritos diciendo que, si permitían vivir a Paris, Troya estaba condenada. Sin embargo Príamo se limitó a sonreír y a responder con regocijo:

—Más prefiero que caiga Troya que volver a perder a este magnífico hijo mío.

Casandra sufría así una vez más su destino: decir la verdad y no ser tenida en cuenta. En efecto, había ofendido a Apolo que, al no poder arrebatar el don de profecía que él mismo le había otorgado, eligió como venganza hacer inútil ese don.

Transcurrido un tiempo, Afrodita indicó a Paris que construyera barcos y que navegara hasta Grecia, enviando con él a su propio hijo Eneas. Pues Zeus se había indispuesto con Afrodita cuando ella se jactó de que había hecho que todos los Inmortales se enamoraran de mortales, todos excepto las Tres Vírgenes Celestiales: Hestia, Atenea y Artemisa. Como castigo, él mismo obligó a Afrodita a casarse con un humano. Ella eligió a Anquises, príncipe

de Troya, nieto del rey Ilio y pariente de Príamo, que en aquella época era pastor en el monte Ida. Allí nació Eneas, y Afrodita advirtió a Anquises de que sería castigado si alguna vez alardeaba de tener a una Inmortal por esposa. Mas Anquises se ufanó de ello un día en el que el vino enardecía su ánimo, y en ese instante fue derribado por una centella. A pesar de su crimen Afrodita le perdonó la vida, tanto por el bien de Eneas como por sus propias virtudes, mas Anquises se quedó cojo para el resto de sus días.

Cuando las naves estuvieron construidas, Paris hendió con ellas las olas lleno de gozo, a pesar de que Casandra hubiera profetizado los males que habían de venir. Y Enone se quedó sola, llorando abandonada, en la cueva de la montaña.

3. HELENA DE ESPARTA

> Semejantes a ella (pues navegando hacia allá vislumbré a lo lejos, donde el Eurotas excava la húmeda roca cerca de Esparta con poderosa corriente).
> Semejantes a ella vi a sus hermanas: un blanco cisne, la pequeña Helena y, menos hermosa que ella, la hermosa Clitemnestra, grave como los cervatillos al pacer que comen y temen alguna flecha…
>
> A. C. Swinburne, *Atalanta en Calidón*

La esposa que Paris fue a buscar por indicación de Afrodita para llevarla a Troya, había sido solicitada en matrimonio por todos los héroes de Grecia. Había sido raptada ya una vez, cuando era tan sólo una niña, por Teseo, el famoso rey de Atenas quien, en su vejez, estaba lejos de ser el noble Héroe de su mocedad.

Teseo siempre había sido violento e impulsivo, pero fue sólo tras hacerse amigo de Pirítoo, rey de los lapitas, que se inclinó hacia el mal su natural fogosidad.

Esta amistad comenzó cuando las salvajes mujeres llamadas Amazonas llegaron a Grecia e intentaron conquistar Atenas. Teseo las venció en la Colina de Ares, o Areópago, y las obligó a retroceder. Pirítoo, pensando que Teseo estaría exhausto y sería incapaz de defenderse después de una batalla tan reñida, decidió que era el momento de marchar contra Atenas con su banda de forajidos.

Teseo le salió al encuentro, y allí se hubiera producido una sangrienta batalla de no haber decidido los dos reyes hacer repentinamente las paces. Pues, cuando estuvieron frente a frente, sintieron ambos una repentina afinidad y se juraron una amistad sin doblez.

Teseo entonces visitó la tierra de los lapitas para asistir a la boda de Pirítoo, durante cuyo banquete se desató una extraña batalla. Entre los invitados había muchos Centauros, y estos salvajes medio humanos se emborracharon y raptaron a la novia y a todas las demás mujeres presentes.

Siguió un enconado combate en el que los Centauros fueron derrotados, tras lo cual el rey Pirítoo se sintió más devoto que nunca de Teseo… aunque había perdido a su nueva esposa en la refriega.

Teseo era uno de los grandes héroes de Grecia, inferior sólo al mismo Heracles, y sus hazañas le habían granjeado la estima de los suyos. Había limpiado la tierra de muchos monstruos y alimañas, había acabado con el Minotauro y salvado a Atenas de su terrible tributo al rey Minos, además de navegar con Jasón y los Argonautas a la Cólquide y de rechazar la feroz invasión de las Amazonas.

Pero tras hacerse amigo de Pirítoo fue como si perdiera sus heroicas virtudes. Se volvió cruel y despótico, fue desterrado durante un año de Atenas por asesinato y, mientras estaba lejos, causó la muerte de su propio hijo, Hipólito, en un arrebato de rabia y de celos.

En el pasado había hecho mucho por Atenas y había sido un ejemplo de rey piadoso y justo; pero luego los atenienses empezaron a murmurar contra él y a desear que su primo, Menesteo, que de hecho era el heredero legítimo, ocupara el trono en su lugar.

Teseo era ya un hombre de mediana edad, pero él y Pirítoo decidieron súbitamente que los dos debían volver a casarse.

—¡Pero *nosotros* no podemos casarnos con dos doncellas cualesquiera! —exclamó Pirítoo—. ¡*Nuestras* esposas no pueden ser menos que hijas de Zeus!

Teseo siempre estaba de acuerdo con todo lo que sugiriera su amigo e hizo el juramento más solemne de ayudarle a raptar a quienquiera que eligiera por esposa. Y Pirítoo se comprometió a hacer lo mismo por Teseo.

Entonces se pusieron a buscar hijas de Zeus, tarea nada fácil pues Alcmena había sido su última consorte mortal, y Heracles su último vástago humano. Mas por esa época se empezó a rumorear que el rey Tindáreo de Esparta tenía una hija que muy posiblemente llegaría a ser la mujer más hermosa de la humanidad. También se decía que Zeus, habiendo sido el padre del hombre más fuerte que hubiera vivido, por motivos que sólo él conocía había decidido engendrar una hija que fuera la más bella de todas las mujeres; y añadían que había visitado a la reina Leda en forma de cisne y que la hija de ésta, Helena, había nacido de un huevo.

Sea como fuere, Helena de Esparta, aun a la edad de doce años, era «la encarnación misma de la belleza», destacando incluso sobre su hermana Clitemnestra. Teseo oyó hablar de ella y decidió que había hallado la esposa a él destinada.

Pirítoo y él se dirigieron hacia Esparta, raptaron a Helena mientras oraba en el Templo de Artemisa y la llevaron a Atenas. Pero los atenienses estaban tan soliviantados con las bajezas de Teseo que éste no tuvo más remedio que

llevarla al castillo de Afidna, no lejos de allí, y dejarla al cuidado de su madre, Etra, y de un puñado de sus fieles.

Le tocaba ahora a Pirítoo elegir esposa, pues según lo acordado ninguno contraería matrimonio hasta que las dos futuras cónyuges hubieran sido robadas. Pero sucedió que Pirítoo, en su insolencia y desquiciado orgullo, declaró que sólo se conformaría con la mismísima Perséfone, hija de Zeus y de Deméter y esposa de Hades. Teseo trató de persuadirle de que apuntara un poco más bajo, mas en vano.

Así que los dos raptores partieron hacia el Reino de los Muertos. Teseo abría el camino hacia la Cueva de Ténaro, pues recordaba bien todo lo que le había oído contar a Heracles sobre su viaje a aquel país espantoso cuando concluyó la última de sus tareas para el rey Euristeo.

Bajando por empinados y tenebrosos senderos llegaron al lúgubre territorio donde reinaba Hades. El Señor de los Muchos Huéspedes sabía muy bien qué impía empresa los traía hasta él, pero prefirió callar y recibirlos cortésmente.

—Hasta hoy ningún hijo de hombre me ha visitado mientras estaba con vida —dijo con voz siniestra; pues Orfeo era hijo de Apolo, mientras que tanto Dioniso como Heracles tenían a Zeus por padre—. Y, siendo todavía mortales, sólo esos tres han podido volver al mundo de los vivos, allá arriba… Por lo tanto, temerarios humanos, venid conmigo y celebrémoslo.

Pero Teseo, sabedor de que los que prueban el alimento de los Muertos nunca pueden volver a la tierra de los Vivos, rechazó la invitación educadamente, invocando a Perséfone, que había comido seis semillas de granada cuando Hades la trajo a los Infiernos y ahora sólo podía volver a la tierra seis meses cada año.

—Hacedme por lo menos el honor de venir y sentaros a mi lado —dijo Hades, y los llevó a un trono real junto al lento curso del Lete, el Río del Olvido. Sin sospechar nada, Teseo y Pirítoo se sentaron sobre la roca tallada… y al instante la piedra los abrazó y se fundió con ellos, de forma que no había posibilidad de levantarse sin que se desgarrara horrorosamente su propia carne.

—¡Aquí tenéis a Perséfone, la hija de Zeus! ¡Venid, lleváosla si podéis, hombres ruines y blasfemos! —exclamó Hades lanzando una risa macabra—; mas ellos no podían moverse, a pesar de que miríadas de serpientes se enroscaban y silbaban en torno a ellos, y de que las Furias, sirvientas de Hades, los atormentaban. Y tampoco Cerbero, el Perro del Infierno de tres cabezas, dejaba de contribuir al suplicio asestándoles terribles dentelladas.

Se dijo que algunos años más tarde Heracles, mientras visitaba a Hades y a Perséfone, suplicó que su viejo amigo fuera liberado, y consiguió arrancarlo de su pavoroso asiento. Pero después de su retorno Teseo no volvió a ser rey de Atenas, y no tardó en perecer miserablemente en el exilio. Ciertamente Pirítoo nunca volvió a ver la luz del sol, y al poco Hades trasladó su asiento cerca de la rueda en la que su padre, Ixión, sufría tormento.

Mientras tanto Helena seguía prisionera en la fortaleza de Afidna, por lo que sus hermanos Cástor y Pólux reunieron un ejército y partieron en su rescate. Sitiaron Afidna, lo tomaron al asalto y no dejaron piedra sobre piedra; recuperaron a Helena y capturaron a Etra, la madre de Teseo, para que fuera la sierva de su hermana.

Luego marcharon contra Atenas para castigar al mismo Teseo, pero no lo pudieron hallar. Tras ser recibidos como libertadores por los atenienses, hicieron con ellos las paces y repusieron a Menesteo, el rey legítimo, en el trono.

Helena, a salvo otra vez en Esparta, se convirtió con el tiempo en la muchacha más deslumbrantemente hermosa que jamás haya existido, como Zeus había previsto, y el rey Tindáreo cada vez estaba más preocupado por ella. Pues igual que Teseo la había raptado, se temía que algún otro rey o príncipe de Grecia se la llevara contra su voluntad. Su inquietud era aún mayor ahora que sus valientes hijos, Cástor y Pólux, no estaban allí para protegerla.

Pues una enconada disputa había estallado entre los dos hermanos y sus primos, Idas y Linceo, hijos del hermano de Tindáreo, Afareo, que reinaba en Mesina cerca de Esparta. El tercero de los hermanos, Leucipo, había prometido a sus hijas en matrimonio a Cástor y Pólux, pero Linceo e Idas se habían apoderado de ellas, ya sea mediante sobornos o a la fuerza, y se las habían llevado a Arcadia.

Cástor y Pólux se dirigieron allí con un grupo de seguidores para castigar a sus primos y recuperar a sus prometidas. Cuando se encontraron los dos ejércitos, se declaró una tregua, y Linceo propuso:

—Que no se derrame sangre innecesaria. Los cuatro queremos a las mismas muchachas, ¿no podemos decidir la cuestión en combate singular? Yo lidiaré con Cástor, y el que mate a su rival se llevará a las dos doncellas sin más traba o impedimento.

Los gemelos espartanos estuvieron de acuerdo, y todos los hombres se reunieron en torno a ellos para presenciar el combate. Cástor y Linceo se aprestaron para la fatal confrontación, con los penachos tremolando sobre los

cascos, protegidos por los enormes escudos y con el bronce vibrando en la punta de las lanzas.

Entonces se abalanzaron el uno contra el otro, tratando en vano de superar los escudos protectores, pero sus lanzas se clavaron en las recias capas de cuero y bronce, y las puntas se partieron. Tiraron entonces las inútiles astas, desenvainaron las relucientes espadas y se precipitaron contra su adversario.

Muchas veces golpeó la espada de Cástor sobre el amplio escudo de su enemigo y en el penacho de crin de caballo; y muchas veces Linceo, el de aguda mirada, devolvió los golpes e incluso llegó a arrancarle la pluma escarlata del penacho. Entonces, a la que apuntaba su afilada espada contra la rodilla izquierda de Cástor, éste la retiró ágilmente y, con un tajo preciso, le cercenó a su rival los dedos de la mano. Tiró entonces la espada Linceo y echó a correr hacia la tumba de su padre, Afareo, detrás de la cual se había ocultado su hermano Idas.

Pero según la alcanzaba, la espada de Cástor lo traspasó de lado a lado y Linceo calló muerto al suelo.

Exultante de alegría Cástor se dio la vuelta para proclamar su victoria y abrazar a su prometida. Mas, aprovechando su descuido, Idas se levantó de detrás de la tumba, donde estaba emboscado y, desgajando de ella un enorme pedrusco, lo lanzó con todas sus fuerzas hiriendo a Cástor en la cabeza.

El valiente Cástor calló al suelo agonizando, aunque Idas no vivió mucho tiempo para vanagloriarse de su traición, pues Zeus lanzó un rayo desde el Olimpo que lo hizo desaparecer de la faz de la tierra.

Destrozado de dolor Pólux se inclinó sobre su hermano moribundo y, cuando vio que no había esperanza, elevó una súplica al cielo:

—¡Padre Zeus! ¡Hijo Inmortal de Crono! ¿Cuándo, oh, cuándo encontraré alivio para tanta aflicción? ¡Concédeme la parca a mí también, rey de la vida y de la muerte, no permitas que sobreviva a mi querido hermano!

Zeus, profundamente conmovido, habló desde la nube tormentosa que le servía de estrado.

—Hijo mío, era mi voluntad hacerte inmortal para que sirvieras de guía a los hombres en tiempos de tribulación. ¿Prefieres la muerte y la lúgubre tierra de Hades, donde ahora tendrá que morar tu hermano, antes que la inmortalidad y un asiento en el banquete celestial del Olimpo? Allí tienes reservado un sitial entre Atenea y Ares, y la delicada Hebe te servirá la comida y el vino de los Inmortales.

—Si no tengo a Cástor para compartirlo conmigo —respondió Pólux—, entonces prefiero renunciar al banquete de los Inmortales y vagar por el

mundo sombrío donde reina Hades.

—Por este tu gran amor —dijo entonces Zeus—, yo decreto que los dos os sentaréis en el Olimpo, y que los dos bajaréis a cumplir mis encargos en la tierra. Mas no se le debe privar a Hades de lo que es suyo, por lo que un día de cada dos deberéis vagar en el mundo de las sombras, y un día de cada dos podréis morar en el cielo entre nosotros, los Inmortales.

Y así sucedió que ni Cástor ni Pólux habitaron ya más entre los hombres, sino que se convirtieron en los «Dioscuros», los «hijos de Zeus», y tuvieron sus estrellas gemelas en el cielo para proveer de guía y socorro a quienes se encontraran en peligro en el mar.

El rey Tindáreo lloró la muerte de sus dos intachables varones, y cada día sentía crecer su desasosiego por lo que podría pasar a causa de su hermosa hija, Helena.

Al fin decidió enviar heraldos por toda Grecia y por las Islas, proclamando que había llegado el momento de elegirle un esposo que debería también reinar en Esparta y proteger la ciudad contra los invasores.

Los reyes y príncipes de la Hélade, los hijos de aquellos que habían navegado con Jasón en la búsqueda del Vellocino de Oro, y aquellos que habían combatido junto a Meleagro cuando fue abatido el Jabalí de Calidón, se apresuraron a acudir a Esparta.

Allí venía Odiseo, el sabio hijo de Laertes, rey de Ítaca; y Diomedes, hijo de Tideo; Menesteo vino de Atenas; y Aias, el hijo de Oileo. De la rica Micenas y de Tirinto vinieron Agamenón y Menelao, cuyo padre era primo de Euristeo, al que sucedió en el trono; también estaba allí Enmelo, el hijo de Admeto y Alcestís; y Filoctetes, que ahora poseía el arco y las flechas de Heracles. Allá venía Áyax, hijo de Telamón, el viejo amigo de Heracles que le había ayudado a saquear Troya; y también el medio hermano de Áyax, el joven Teucro, cuya madre había sido Hesíone, a quien Heracles había salvado del monstruo marino. Y muchos otros cuyos nombres pronto se habían de hacer famosos.

Al ver su gran número aumentó la inquietud de Tindáreo, pues se temía que, eligiera al que eligiera, alguno de los otros podría intentar robar a la novia, lo que daría pie a una guerra desastrosa. No sabiendo qué hacer, le pidió consejo a Odiseo, príncipe de Ítaca, quien, a pesar de su juventud, ya era famoso por su astucia y buen sentido.

—¿Y bien? —se sorprendió Odiseo—. La respuesta obvia es obligar a todos los pretendientes a juramentarse de la forma más solemne antes de anunciar tu decisión. Todos deben comprometerse a respetar tu elección, a

defender al elegido, y a acudir en su auxilio bien pertrechados de hombres y barcos si alguien, quienquiera que sea, se atreviera a robar a Helena.

A Tindáreo le pareció una idea excelente, y todos los pretendientes estuvieron de acuerdo con él. Todos hicieron votos tan solemnes y terribles que en modo alguno nadie osaría quebrantarlos.

Tindáreo eligió como marido de Helena a Menelao, el joven y gallardo príncipe de Micenas, cuyo hermano mayor, Agamenón, pronto sería rey. Para asegurar aún mejor la alianza con Micenas, Tindáreo le dio a Agamenón por esposa a su otra hija, Clitemnestra. Y como muestra de su agradecimiento a Odiseo, persuadió a su hermano Icario a que le diera en matrimonio a su hija, Penélope.

Cuando todas estas cuestiones estuvieron resueltas y Helena estuvo casada con Menelao, los reyes y príncipes partieron para sus propios feudos, y la paz se extendió sobre la hermosa tierra de Lacedemonia y sobre Esparta, su capital. Muy pronto Tindáreo renunció a su trono y se retiró para disfrutar de su vejez en paz y tranquilidad, y Helena y Menelao fueron coronados reyes. Tuvieron una hermosa hija, Hermíone, y un hijo, Nicóstrato, y vivieron muy dichosos unos años en la tierra de Lacedemonia… hasta la llegada de Paris, el troyano.

Al principio todo parecía apropiado y honesto. Paris les contó que estaba de visita en Grecia como embajador del rey Príamo para recabar noticias de su tía, Hesíone, que ahora era la esposa del rey Telamón, de Salamina. Menelao acogió gentilmente a su huésped, y él y Helena ofrecieron su hospitalidad a los troyanos durante nueve días.

El décimo día llegó un mensaje para Menelao con el anuncio de que Catreo, el padre de su madre, había muerto en Creta, y que se le requería para el funeral. Sin sospechar nada zarpó en su bajel, dejando que Helena atendiera a sus invitados hasta que reemprendieran su viaje rumbo a Salamina.

Al día siguiente Paris se despidió de Helena y embarcó con Eneas y todo su séquito. Mas esa noche regresó a Esparta y, a la mañana siguiente, navegaban en alta mar llevando a bordo a Helena.

Pues una vez que Paris hubo visto la belleza de Helena, no tuvo otro pensamiento que ganarla para sí… con buenas o con malas artes. Y Afrodita, habiéndosela prometido, estaba dispuesta a ayudarle con sus poderes mágicos.



Los hay que dicen que se llevó a Helena a la fuerza, y que junto con ella robó también todos los tesoros del palacio. Otros mantienen que, gracias a los conjuros de Afrodita, Paris asumió la forma de Menelao y que Helena fue con él de buena gana, dejando atrás a su amada hija Hermíone sin pensarlo, acompañándole como sumida en un sueño, aunque llevando consigo al bebé Nicóstrato.

Veloces hendían las olas impulsados por el viento, mas Hera provocó un ciclón que los desvió de su curso. Fondearon en Chipre, la isla de Afrodita; y después visitaron Sidón, donde Paris mató al rey a traición y robó su tesoro, antes de volver a Troya pasando por Fenicia y por Egipto. Cuando Paris arribó por fin a Troya, llevando a la bella Helena consigo, sus esponsales tuvieron lugar entre el júbilo de los troyanos. Y ello a pesar de que Casandra se había plantado en el baluarte más alto de la ciudadela, mesándose los cabellos y gritando: «¡Ay, pobre de ti, desdichada Troya, ha llegado Helena, que a todos nos ha de traer la destrucción y la muerte!». Príamo respondió que muerte y destrucción bien valían la pena simplemente por contemplar la belleza de Helena y por tenerla con ellos en Troya. Sus súbditos estuvieron de acuerdo con su rey, y se juraron no devolverla jamás.

Mas Helena habitó entre ellos triste y avergonzada, una vez que el hechizo de Afrodita se fue disipando. Y desde ese día Helena lució en su pecho la centelleante Piedra de Estrella, que había encontrado aguardándola en la

ciudadela de Troya. De su corazón de rubí manaban sin cesar gotas rojas que caían sobre su inmaculado vestido blanco, caían y se desvanecían, caían y se desvanecían… sin dejar mancha alguna. Como si esas gotas fueran las de la sangre que se había de derramar por ella, causa inocente de tanto dolor y tanta guerra.

4. LA REUNIÓN DE LOS HÉROES

> Troya, ese es el escenario. Desde las islas de Grecia los príncipes altivos han hecho sus votos: saquear Troya. Dentro de sus fuertes murallas la forzada Helena, de Menelao reina, con el libidinoso Paris duerme: esa es la disputa.
>
> William Shakespeare, *Troilo y Crésida*

Apenas había embarcado el troyano Paris llevando a Helena consigo, cuando Hera, Reina de los Inmortales y su declarada enemiga, envió a su mensajera Iris para informar a Menelao de su afrenta. Iris era la luminosa hermana de las malignas Arpías, y la sirvienta jurada de los Inmortales, en particular de Hera. Cuando era enviada como portadora de un mensaje, el mismo Zeus desplegaba el arco iris para que le sirviera de puente entre el cielo y la tierra.

Abrumado de dolor por la pérdida de Helena, y de furia contra el audaz ladrón troyano, Menelao volvió a Grecia a toda prisa. Lo primero que hizo fue visitar a su hermano Agamenón, señor de la rica Micenas, que además estaba casado con la hermana de Helena, Clitemnestra.

—¡La hermosa Helena ha sido raptada por Paris, el troyano! —exclamó—. Es pues el momento de reunir a todos los reyes y príncipes de Grecia, cumpliendo el juramento que hicimos cuando pretendíamos su mano en Esparta. ¡Despleguemos nuestras velas hacia Troya para demandar venganza!

Agamenón no estaba tan dispuesto a ir a la guerra como su hermano, y antes de nada envió una rápida nave a Troya, exigiendo la restitución inmediata de Helena. Pero el barco, tras hacer la travesía en sólo tres días, arribó a la ciudad mucho antes que Paris, y Príamo la envió de vuelta con una respuesta insolente:

—¿Cómo os atrevéis vosotros, oh, griegos, a armar tanto escándalo por una mujer? ¡Devolved primero a las mujeres de Asia que en vuestra arrogancia habéis robado: a Medea, de Cólquide; y a mi propia hermana, Hesione!

Esta respuesta enfureció a Agamenón, ya que Medea había ido a Grecia por voluntad propia, acarreando con ello grandes males a Jasón. En cuanto a Hesione, Laomedonte se la había prometido a Heracles si éste era capaz de rescatarla del monstruo marino. Sin embargo, el robo de Helena era un crimen

cometido por un huésped contra su anfitrión, un pecado contra las leyes de la hospitalidad, las más sagradas para los griegos.

Agamenón envió heraldos por toda Grecia requiriendo a reyes y príncipes a armar barcos y hombres, y a reunirse todos en el puerto de Áulide, en la costa, no lejos de Tebas.

Al poco empezaron a tornar los mensajeros portando nuevas de la buena disposición de los héroes para marchar a la guerra. Pero una de las más sorprendentes noticias que trajeron fue que Odiseo de Ítaca, hijo de Laertes el Argonauta, el mismo que había sugerido el juramento que comprometía a todos los pretendientes de Helena, no podía acudir… pues se había vuelto loco.

Deseosos de conocer la verdad que se pudiera esconder tras el rumor, Agamenón y Menelao partieron para Ítaca, acompañados por Palamedes, el joven príncipe de Nauplia. Como parecía inevitable, cuando desembarcaron, lo primero que vieron fue a Odiseo con un arado labrando la arena de la playa, con un buey y un caballo sujetos al arnés del arado, esparciendo sal en lugar de semillas.

Ciertamente parecía haber perdido el juicio. Mas Palamedes era desconfiado por naturaleza y pensó poner a prueba esta demencia. Cogió a Telémaco, el hijo recién nacido de Odiseo y Penélope, y lo colocó delante del arado. Como había supuesto Palamedes, cuando Odiseo vio a su amado retoño en tal peligro, tiró de las riendas de la extraña yunta y se apresuró a recoger al infante.

Tras reaccionar de esa manera, su pretendida locura ya no se podía sostener y explicó que la había fingido a causa de un oráculo que le había advertido de que, si acudía a Troya, tardaría veinte años en regresar a su patria.

Odiseo adoraba su isla natal y estimaba sobre todas las cosas a su mujer y a su hijo, por lo que nunca perdonó a Palamedes el que hubiera desbaratado sus planes para sustraerse a la llamada de Troya. Aún así, acudió junto a los demás héroes y ninguno de ellos prestó más o mejores servicios en la guerra.

En el viaje a Áulide, Odiseo y Palamedes se desviaron de su ruta para visitar Chipre y tratar de persuadir al rey Cíniras a que se uniera a los aliados griegos contra Troya. Cíniras acabó prometiendo solemnemente enviar cincuenta barcos, y Menelao se dirigió a Áulide con tan buenas nuevas. Pero cuando llegó el contigente chipriota, consistía únicamente en un único barco… que portaba en su interior cuarenta y nueve figuritas de bajeles,

hechas de arcilla. Muchos de entre los griegos creyeron que Cíniras en realidad había sobornado a Palamedes para que lo liberara de su promesa.

Odiseo también visitó Délos, acompañado esta vez por Menelao, para suplicar el auxilio de las tres hijas del rey Anio, hijo de Apolo. Estas tres maravillosas doncellas eran conocidas como «las Viñadoras», pues Dioniso, cuya hija, Reo, era su madre, les había otorgado el toque divino: una de las doncellas podía convertir en vino cualquier cosa que tocara; la segunda hacía lo mismo con el trigo; y la tercera, con las olivas.

El rey Anio, que había heredado de su padre el don de la profecía, al principio era contrario a la partida de sus hijas.

—Pero —decía— ¿por qué no venís y moráis aquí, todos vosotros, durante nueve años? Veremos entonces lo que se puede hacer, ¡pues me ha sido revelado que Troya no caerá hasta el décimo año! Y mis hijas pueden alimentaros aquí tan bien como en Troya durante ese tiempo.

Menelao no creía estas palabras, mas aun así llevó el mensaje. Pero Agamenón ya estaba empezando a sentir el placer corruptor del poder absoluto, y envió a Palamedes con la orden de traer a las Viñadoras a la fuerza. Y las tres doncellas avituallaron al ejército griego durante nueve años. Al final escaparon, mas Agamenón dio orden de perseguirlas y, cuando estaban a punto de ser capturadas, pidieron ayuda a Dioniso, que las convirtió en palomas, aves que a partir de entonces fueron consideradas sagradas en la isla de Délos.

Había de pasar algún tiempo antes de que los reyes y príncipes de Grecia estuvieran todos reunidos en Áulide con sus flotas y ejércitos. Cuando llegó la hora, se contaban mil trece naves y cuarenta y tres caudillos. Sin embargo, una vez que estuvieron todos prestos a partir, la calma se abatió sobre el mar y ningún viento soplaba que los pudiera llevar al otro lado del ponto.

Entonces Calcante, sacerdote de Apolo, entró en trance y empezó a profetizar. Era un traidor troyano que había venido hasta Agamenón afirmando que había dejado Troya sabiendo por su magia que la ciudad acabaría por caer; además, añadía, su conciencia le impedía permanecer en un lugar que había cometido un ultraje tan vil como el rapto de Helena.

Agamenón creía todo lo que le decía Calcante, pues era supersticioso, y Calcante había profetizado que Troya nunca sería tomada a menos que Aquiles, el joven hijo del héroe Peleo, que ya era demasiado viejo para combatir, capitaneara a su pueblo, los Mirmidones. Se rumoreaba que el joven Aquiles, de quince años por aquel entonces, estaba escondido en la

corte del rey Licomedes, en la isla de Esciros. Odiseo partió de inmediato en su busca, acompañado por Diomedes.

Por el camino Odiseo preparó sus planes y Diomedes se mostró dispuesto a representar su papel. Llegaron a Esciros disfrazados de mercaderes, y allí Odiseo se llevó al rey Licomedes aparte y le comunicó el mensaje de Agamenón, que exigía la entrega de Aquiles.

—No está aquí —respondió Licomedes con descaro—. Podéis buscarlo donde queráis en mi palacio.

Por más que registraron todas las estancias no lo encontraban, ante lo cual Odiseo puso en marcha su ardid. Disfrazado de mercader visitó a la princesa Deidamía y a sus doncellas portando un grueso fardo de mercancías, que desplegó ante ellas.

—¡Ahora, mis hermosas damas —exclamó en voz alta—, venid y elegid vuestro presente; hay regalos para todas las señoras de este lugar! No es sino un mero reconocimiento a la magnanimidad del buen rey Licomedes para con nosotros, los mercaderes.

Las muchachas lo rodearon alborozadas, y empezaron a admirar y a probarse los broches y los cinturones enjoyados, las cintas y demás baratijas. Pero los ojos de la doncella Pirra cayeron sobre una espada que estaba de alguna manera mezclada con la quincalla, y las yemas de sus dedos recorrieron su filo con gesto amoroso. De repente al otro lado de la puerta resonó un cuerno de guerra, entremezclado con los gritos de alerta de Diomedes y el fragor de las espadas al chocar. Las doncellas empezaron a chillar y a salir corriendo; todas menos Pirra, que de un manotazo asió la espada, se apartó la túnica y flexionó las rodillas dispuesta a entrar en batalla: Aquiles revelado en toda la pujanza de su juventud y su gallardía.

—¡Ajá! —exclamó Odiseo con voz de triunfo—. Enderézate, hijo del poderoso Peleo, y acompáñanos a Troya, pues tu madre, la taimada Tetis, ya no te puede seguir escondiendo. ¡Ven y muestra a los griegos tu valor, y honra el nombre de tu padre, Peleo, quien en otra época luchó junto a Heracles, el más grande de todos los héroes!

Y así fue como Aquiles se apresuró a reunir sus huestes y dejó tras de sí a la princesa Deidamía, con quien se había casado en secreto, y al joven hijo de ambos, Neoptólemo. Pronto él y sus Mirmidones llegaron a Áulide, y con él venía su primo Patroclo, algunos años mayor que él pero ya su amigo más querido.

Ahora todo estaba dispuesto para que partiera la expedición, y Calcante ofreció un gran sacrificio a los Inmortales. Mientras todos los jefes estaban

reunidos en torno al altar, una serpiente azul con manchas rojas salió súbitamente de debajo del ara, se encaramó a la rama superior de un gran plátano que allí se levantaba y devoró a ocho polluelos de gorrión que había en un nido, terminando por engullir a la misma madre. En cuanto hubo acabado, la serpiente quedó convertida en piedra.

—¡Un augurio! —exclamó Calcante—. ¡Un augurio de Zeus! Nos ha mostrado esta señal, señal tardía de tardío cumplimiento, cuya fama jamás palidecerá. Pues así como la serpiente devoraba al octavo de los polluelos y después a su madre, así nosotros lidiaremos en Troya nueve años, y no será hasta el décimo cuando tomaremos la ciudad de anchas calles.

Entonces la gran armada levó anclas, teniendo a Agamenón al frente de todo el ejército; y a Odiseo, Palamedes y Diomedes como sus segundos; y a Aquiles como almirante de la flota. Néstor, el viejo héroe de Pilos, era el principal consejero de Agamenón, y el caudillo tenía muy en cuenta sus palabras, más aun que las del astuto Odiseo.

Aquiles no demostró ser un almirante muy diestro, pues la escuadra arribó a varios cientos de leguas al sur de Troya. Una vez en tierra, creyendo que habían llegado al final de su singladura, empezaron a saquear los alrededores y a quemar los pueblos, ante lo cual, Télefo, rey de Misia e hijo de Heracles, reunió a su ejército y repelió a los griegos. Desgraciadamente para él, tropezó con una viña mientras los perseguía y Aquiles le hirió con su lanza en un muslo.

Los griegos, advirtiendo su error, zarparon de nuevo, pero una tormenta espantosa se abatió sobre ellos y los devolvió a las costas de Grecia, dispersando los barcos por todo el mar.

Cuando por fin llegó a tierra, Agamenón se encontró con que él y una parte importante de la flota habían vuelto a su patria de Argólide, por lo que regresó a Micenas mientras los bajeles eran reparados, y envió mensajes convocando a todos los héroes para que se reunieran de nuevo en Áulide la siguiente primavera.

Mientras tanto, el rey Télefo sufría tan cruelmente de su herida que consultó a un oráculo, pues la llaga no mostraba signo alguno de curarse. El augur pronosticó que «¡tan sólo el causante puede sanarla!». Consecuentemente partió para Grecia, disfrazado de mendigo, y llegó a Micenas, donde esperaban muchos caudillos. Clitemnestra lo acogió hospitalariamente y le ofreció un asiento junto al fuego. Estando allí, Télefo se abalanzó de repente sobre la cuna del niño Orestes, el hijo recién nacido de los reyes de Micenas, y exclamó:

—¡Soy Télefo, rey de Misia, a quien vosotros habéis afrentado! Mas si me curáis el lanzazo y juráis no lastimarme en modo alguno, guiaré vuestra flota hasta Troya. Pero si intentáis matarme, degollaré a este tierno príncipe.

Ante esta amenaza, Agamenón juró según se le pedía y Aquiles curó a Télefo de su herida con ayuda de la lanza mágica que la había infligido.

Ahora, con un piloto de fiar a su servicio, los griegos se reunieron una vez más en Áulide y se aprestaron a invadir Troya. Pero sobre el mar se extendió una calma absoluta que hacía imposible la navegación. Al final, Calcante el profeta se puso en pie y dijo:

—Rey Agamenón, la Inmortal Artemisa ha provocado esta calma para castigar tu arrogancia por pretender ser más diestro con el arco que ella. ¡Nunca podrás alcanzar Troya a no ser que le entregues en sacrificio a tu hija, Ifigenia!

Este golpe abatió profundamente a Agamenón, cuyo primer deseo fue abandonar la expedición. Pero al poco cambió de opinión y envió a Odiseo en busca de Ifigenia.

—A mi esposa, la reina Clitemnestra, le dirás que Ifigenia tiene que comparecer ante nosotros como prometida de Aquiles, pues desea casarse con ella y no zarpará para Troya hasta después de la boda.

Convencida de la verdad de estas palabras, Clitemnestra misma marchó con su hija al campamento de los griegos, donde se encontró con Aquiles, a quien saludó como a su futuro yerno. Pero él se mostró sorprendido, pues no solamente no sabía nada de la cuestión, sino que ya estaba casado en secreto con la princesa Deidamía.

Muy pronto descubrió Clitemnestra la ignominiosa artimaña de Agamenón y, al no conseguir disuadirle de su empeño, suplicó a Aquiles que salvara a Ifigenia. Lleno de indignación contra Agamenón, Aquiles prometió a la reina hacer lo que le pedía, pero cuál no sería su consternación al descubrir que Calcante había esparcido el contenido de su profecía por el campamento, y todo el ejército, incluyendo a los mismos Mirmidones, era un clamor pidiendo que se hiciera el sacrificio.



A los reproches de Clitemnestra y las súplicas desesperadas de Ifigenia, Agamenón respondía con tristeza y amargura:

—¡No estoy loco, y tampoco he dejado de amar a mis hijos! Es un sacrificio espantoso, pero no tengo más remedio que concederlo. A no ser que se haga esta ofrenda, nunca llegaremos a Troya, este por lo menos es el vaticinio de Calcante, y todos los griegos arden en deseos de destruir al enemigo. Si no castigamos a Paris por el robo de Helena, mis hombres creen que los troyanos vendrán a Grecia a quitarles más mujeres, a arrebatarles sus esposas, a robarte a ti y a nuestras hijas. No se trata de ceder ante la voluntad de Menelao, no es meramente a recobrar a Helena a lo que vamos. Cedo a la voluntad de toda Grecia, y ese es mi deber, sea cual sea mi deseo: pues Grecia es mucho más grande que cualquier pesadumbre personal. Vivimos para nuestra patria, para preservar su libertad.

Clitemnestra hubiera seguido porfiando, y Aquiles ofreciéndose a combatir él solo contra toda la hueste troyana, mas Ifigenia aceptó el sacrificio.

—Escojo la muerte —dijo con voz orgullosa—. Escojo el honor. En mis manos descansa la libertad de nuestra amada tierra, el honor de las mujeres de las generaciones por venir. Mi muerte las redimirá, y mi nombré será

bendecido como el de la mujer que salvó a Grecia de la esclavitud y del miedo.

De esta forma, Ifigenia, saludada por el ejército como la verdadera conquistadora de Troya, marchó con aplomo hacia el ara del sacrificio. Pero la Inmortal Artemisa se apiadó de su juventud y de su gran coraje y, en el momento en que caía el cuchillo y el fuego empezaba a arder, la arrebató secretamente y puso en su lugar una cierva.

De inmediato se levantó un recio céfiro y la gran armada partió alborozada en dirección a Troya.

5. EL SITIO DE TROYA

Pinta con trazos de escarlata y oro, pinta las batallas que lucharon por mí,
todas las guerras por la argiva Helena, asaltos y saqueos por mar y por tierra;
todas las historias de amores y pesares que serán y han sido.

Pinta el fragor de barcos y carros, lluvias de flechas que vuelan lejos,
pinta las olas marciales brincando hacia la belleza como una estrella,
como una estrella que pálida y temblorosa cuelga sobre las olas de guerra.

Andrew Lang, *El deseo del mundo*

El camino de la flota griega hasta Troya no estuvo libre de incidentes, ni siquiera ahora que los vientos eran favorables y el mar permanecía en calma. Antes de desembarcar en Troya hicieron escala en la pequeña isla de Ténedos, a unas pocas millas de la costa, para esperar la vuelta de los embajadores enviados al rey Príamo. Mas cuando echaron pie a tierra tuvieron una escaramuza con los habitantes de la isla y Aquiles mató a su jefe, Tenes, que era hijo de Apolo. Aquiles sabía que se había granjeado la cólera del Arquero Inmortal, pues Tetis le había prevenido sobre ese suceso. Pero el único que sufrió entonces fue Filoctetes, el compañero de Heracles que había encendido su pira en el monte Eta, y que todavía guardaba el arco y las flechas letales, empapadas en la sangre de la Hidra, que el Héroe agonizante le había entregado. A Filoctetes lo mordió en el tobillo una serpiente que salió reptando del altar mientras los reyes aqueos ofrecían sacrificios a Apolo. La úlcera no se curaba y el hedor y los gritos de angustia del desgraciado guerrero llegaron a ser tales que Agamenón ordenó a Odiseo abandonar a Filoctetes en la desierta isla de Lemnos. Allí permaneció Filoctetes casi diez años, viviendo de las aves y las bestias que conseguía abatir con su arco y sus flechas.

Menelao y Odiseo desembarcaron por fin cerca de Troya como embajadores, y marcharon al interior, hasta la ciudad, que se encontraba a unos pocos kilómetros de la playa.

Los troyanos los recibieron fríamente, aunque el príncipe Antenor, pariente del rey Príamo, los acogió hospitalariamente en su casa. Al día siguiente, en el senado de los príncipes y nobles troyanos, Menelao y Odiseo pidieron la devolución de Helena, que se pagaran las compensaciones correspondientes y que se entregaran rehenes. Y añadieron que si esto así se hacía, los griegos se marcharían en paz.

Los troyanos admiraron las anchas espaldas de Menelao y su majestuoso porte, y aún más se maravillaron de la magnífica voz y las persuasivas palabras de Odiseo, aunque fuera de poca estatura y no hiciera ampulosos gestos con las manos al hablar. Pero Antímaco, que había sido sobornado por Paris, urgió a los troyanos a quedarse con Helena y a matar a los dos enviados. Y asesinados hubieran sido de no haberlos salvado Antenor, que los sacó con premura de la ciudad.

Cuando volvieron a la flota con estas nuevas, los griegos se sintieron llenos de rabia por la insolencia de los troyanos, y decidieron desembarcar de inmediato y darles su merecido.

Por fin las cóncavas naves vararon sus quillas en la playa, y los troyanos bajaron de su ciudad por millares para estorbar el desembarco. Aquiles estaba a punto de saltar a la arena para asestar el primer golpe de la guerra cuando Calcante lo retuvo.

—Hay un vaticinio —exclamó— según el cual el primero en poner pie en tierra será el primero en fenecer, ¡y no podemos permitirnos perderte, hijo de Tetis!

Así que, mientras los griegos vacilaban, el valiente Protesilao, hijo de Ificlo el Argonauta, gritó:

—¡Héroes aqueos, seguidme! ¡Morir gloriosamente es vivir para siempre en los cantares de los hombres!

Mientras esto decía, saltó a tierra y mató a muchos troyanos, hasta que él mismo cayó a manos del poderoso Héctor, el más esforzado de los hijos de Príamo. Por los costados de los barcos se deslizaron los demás guerreros griegos, y una espantosa batalla en la que perecieron muchos valientes se libró ese día.

En un principio los griegos fueron contenidos por Cicno, el invulnerable hijo de Poseidón, que mató a muchos de ellos. Aquiles corrió a su encuentro, sólo para descubrir que ni siquiera con la lanza que el centauro Quirón había tallado para él podía herirle. Entonces le asestó un mandoble terrible con su espada, aunque una vez más en vano.

—¡Ningún arma puede lastimarme! —se mofó Cicno, estallando en carcajadas. Pero según hablaba, Aquiles le dio un fuerte golpe con su escudo en la cara, lo cual le hizo trastabillar retrocediendo unos pasos. Entonces el Pelida lo derribó al suelo con una hábil zancadilla, se abalanzó sobre su enemigo caído y aprovechando su tremenda fuerza empezó a estrangularlo con las correas de su mismo casco. Mas Poseidón, viendo el destino que aguardaba a su hijo, se llevó de allí su cuerpo y lo convirtió en un cisne blanco como la nieve.

Cuando los troyanos supieron de la derrota de Cicno, huyeron hacia Troya y atrancaron las puertas, y no se atrevieron a aventurarse al exterior en muchos días.

De este modo, los griegos pudieron levantar su campamento en torno a la ciudad y comenzar así el sitio. Pero Troya era tan extensa y los troyanos tan poderosos, tanto dentro de sus muros como en la campiña que la rodeaba, que los griegos fueron incapaces de bloquearla por completo, y los troyanos no se tuvieron que enfrentar a las penurias de un largo asedio. Tenían agua suficiente, conseguían la comida que precisaban y de vez en cuando tropas de refuerzo se abrían paso hasta el interior de la urbe.

Incapaces de tomar Troya al asalto o por hambre, los griegos pasaron sus diez años de campaña arrasando los contornos y saqueando las ciudades bajo dominio troyano o aliadas de ella.

Los años iban pasando de esta manera: ciudad tras ciudad era sitiada, asaltada y, finalmente, destruida, pero no sucedían hazañas dignas de ser recordadas en los cantares.

Un acontecimiento que ha ido creciendo en los relatos concernía a un hijo de Príamo llamado Troilo. Se cuenta que amaba a la hija del traidor profeta Calcante, que seguía viviendo en Troya, y que su amor prosperó gracias al tío de la joven, Pándaro. Pero Calcante, teniendo la certeza de que Troya había de caer, persuadió a Agamenón a que intercambiara a la muchacha por un prisionero importante.

Troilo quedó destrozado, pero se consoló con los votos de fidelidad y amor eterno que habían intercambiado… hasta que descubrió que, en el momento en que llegó a las naves griegas, la infiel había transferido sus afectos a Diomedes.

Cuando Calcante anunció que Troya nunca caería si Troilo llegaba a cumplir los veinte años, se hicieron los más decididos esfuerzos para acabar con él. Finalmente Aquiles lo sorprendió en el santuario de Apolo en el monte Ida, y allí lo mató despiadadamente.

AI poco tiempo Aquiles marchó contra Eneas quien, aunque había estado con Paris cuando había raptado a Helena, no había participado hasta entonces en los combates. Aquiles atacó su palacio fortificado en el monte Ida y le arrebató todo su ganado, ante lo cual Eneas, que consiguió escapar gracias al auxilio de Afrodita, buscó refugio en Troya.

En el noveno año de la guerra Palamedes halló su final de forma misteriosa. Aunque no era un gran guerrero, se había ganado la estima de los soldados griegos inventando distracciones con las que entretener el largo y agotador asedio: los juegos de damas y de dados se atribuyen a su fértil ingenio.

Un día se descubrió el cuerpo muerto de un espía troyano y, oculto entre sus ropajes, apareció un mensaje de Príamo a Palamedes en el que se podía leer: «El oro que te he enviado es tu recompensa por traicionar a los griegos».

Palamedes fue llevado ante Agamenón, y ante él negó haber recibido oro ni de Príamo ni de ningún otro. Pero cuando registraron su tienda, encontraron joyas de valor bajo su lecho.

Ese fue el final de Palamedes. A muerte lo condenaron y fue lapidado, o quizás ahogado mientras pescaba. Cuando se dictó su sentencia, imprecó a sus jueces con estas palabras: «Ciertamente, lo lamento por vosotros, ¡pues antes que yo habéis perecido!».

Su hermano Éax creía sin dudar en su inocencia, y sospechaba que Odiseo y Diomedes habían falsificado la carta y escondido el oro, con la connivencia del mismo Agamenón. Así que envió un mensaje a su padre, el rey Nauplio, acusando a los caudillos griegos de asesinar a Palamedes. Nauplio, incapaz de tomar cumplida venganza mientras estuvieran en Troya, les preparó una desagradable bienvenida para cuando regresaran a Grecia.

Mientras tanto, al comienzo del décimo año de la guerra, un gran altercado se desató entre los mismos jefes griegos debido al orgullo y a la insolencia del rey Agamenón.

No mucho tiempo antes, Aquiles habían capturado dos doncellas llamadas Briseida y Criseida, la primera de las cuales era hija de un sacerdote de Apolo y, por lo tanto, sagrada para el dios. Agamenón, como señor de los demás reyes del ejército griego, repartía los botines conquistados, y solía guardar para sí la mejor parte. En esta ocasión le cedió Briseida a Aquiles, pero se quedó con Criseida; y cuando el padre de la muchacha acudió a él para suplicarle que se la devolviera, Agamenón lo humilló con palabras groseras e impías.

El sacerdote de Apolo le pidió entonces ayuda a su dios, y el Señor Inmortal del Plateado Arco bajó furioso desde el Olimpo y disparó varios dardos emponzoñados de peste letal contra el campamento de los griegos.

Como era costumbre cuando ocurría algo que obviamente era obra de algún airado Inmortal, Agamenón y los otros reyes consultaron a Calcante, el cual, tras haberse asegurado la protección de Aquiles, se volvió hacia el «Rey de Hombres» y declaró:

—Apolo nos castiga porque tú, rey Agamenón, no prestaste oídos a la súplica de su sacerdote. Y no apartará esta odiosa pestilencia de los griegos hasta que su padre recupere a Criseida… acompañada de valiosos presentes para compensarle.

—¡Tú, maldito adivino! —aulló Agamenón, trastornado por la ira—. ¡Nunca has hecho un augurio agradable, todos tus vaticinios son siempre aciagos, y yo soy el que tiene que sufrir por su causa!

Aún así, tuvo que renunciar a Criseida; pero dado que Aquiles había jurado proteger a Calcante de su ira, Agamenón se volvió contra él y le arrebató a Briseida para reemplazar a su perdida sierva. Y entonces fue Aquiles el que perdió la compostura.

—¡Tú, miserable y desvergonzado acaparador! —bramó—. ¡Tú, falso cara de perro! ¿Para esto te hemos seguido desde Grecia y te hemos obedecido todos estos años? Por lo que a mí respecta he aguantado demasiado: en breve zarparé con mis hombres y mis barcos antes de que me quites el poco botín que aún me queda.

—¡Huye si eso es lo que quieres! —aulló Agamenón—. ¡Nada haré por impedírtelo, ni tampoco te pediré que te quedes! No faltan campeones dispuestos a combatir a mi lado y a tratarme con el respeto y el honor que se me deben. Vuélvete a casa, cobarde, y enseñorea a tus Mirmidones. ¡Mucho me alegraré de perderte de vista!

Loco de rabia Aquiles echó mano a su espada, y allí mismo hubiera acabado con la vida de Agamenón de no haber sido por Atenea, la Inmortal que observaba atentamente toda la escena y que, acercándose rápidamente sin ser vista más que por Aquiles, lo sujetó por los dorados cabellos.

—¡Contén tu cólera, Aquiles de pies ligeros! —le conminó con un relámpago feroz en los ojos zarcos—. Vengo desde el alto sitial de los Inmortales y es necesario que me escuches. Me envía Hera, la Reina del Olimpo de niveos brazos, que te ama tanto como yo y que no quiere ver derramada vuestra sangre en civil contienda. Combatid sólo con palabras, si

tenéis que combatir, y luego retiraos a vuestras tiendas, pues yo te prometo que el honor y los despojos te aguardan multiplicados tres veces.

Aquiles cedió ante la voluntad de la sabia Inmortal, pero no sin antes volverse hacia Agamenón para apostrofarle:

—¡Escucha, borracho cara de perro, cobarde de corazón de cervatillo, que ni una sola vez te has atrevido a dirigir a los griegos en la batalla, ni a participar en las emboscadas de los demás hijos de la Hélade! ¡Te juro, por este cayado que nunca más ha de crecer en la tierra ni del que ya jamás brotarán verdes retoños, que, por mucho que implores mi concurso cuando los griegos caigan como espigas bajo los golpes de Héctor, no levantaré ni un solo dedo en tu auxilio; no, mientras mis barcos no corran peligro!

Y así Aquiles se retiró a sus tiendas y colgó sus armas, y su primo Patroclo hizo lo mismo, y también toda la hueste de los Mirmidones. Entonces Agamenón envió a Criseida junto a su padre, y a Aquiles le quitó a Briseida renovando sus insultos.

Tras esto Aquiles invocó a la ninfa marina Tetis, su madre, y ella salió de entre las olas y escuchó a su hijo, que le contó cuanto había sucedido y solicitó su auxilio.

—Subiré de inmediato al Olimpo —le consoló Tetis—, y rogaré al poderoso Zeus que nos asista. Es seguro que Él permitirá que los troyanos obtengan una victoria tan grande sobre los griegos que Agamenón no tendrá más remedio que humillarse ante ti y, puesto de rodillas, implorar tu ayuda.

Tetis actuó tal como había dicho y Zeus le concedió su deseo. Esa misma noche envió un sueño engañoso a Agamenón. Ese sueño tomó la figura del viejo Néstor, el más sabio de entre los griegos, cuyos consejos Agamenón siempre atendía.

—¡Levántate, Rey de Hombres! —gritó el Sueño, disfrazado con la apariencia del rey Néstor—. Vengo a ti como mensajero del mismo Zeus. Los Inmortales han sido persuadidos por el consejo de la reina Hera, y si en este día conduces a los griegos con toda su fuerza contra Troya, tomarás la ciudad y la arrasarás por completo. Guarda estas palabras en el corazón y no las olvides cuando despiertes, ¡pues en verdad te digo que son palabras ciertas!

Agamenón se despertó entusiasmado, convocó a los campeones griegos y les contó su sueño. Ellos también lo creyeron y, tras correr a por sus armas, se lanzaron a la batalla contra los troyanos.

Mientras tanto, las noticias de la disputa entre Agamenón y Aquiles habían llegado hasta la ciudad sitiada, y también los troyanos decidieron que

había llegado el momento de salir a desbaratar la hueste griega mientras el más temible de sus paladines rumiaba su rencor en la tienda.

Los dos ejércitos se encontraron en la llanura que se extendía ante las murallas de Troya, y Paris, poseído de un inesperado coraje, se ofreció para enfrentarse a Menelao en singular combate.

—Si te venzo —dijo—, entonces los griegos deben jurar volver a casa sin Helena. Pero si soy yo el que caigo, Helena será devuelta, junto con un gran tesoro como reparación.

Los griegos, que estaban hastiados de tantos años de guerra, aceptaron de buena gana, y ambos bandos acordaron mantener la tregua y respetar el resultado del combate entre Paris y Menelao.

Cuando Helena supo lo que estaba sucediendo, corrió a lo alto de la muralla para presenciar la singular lid. Y Príamo, que también estaba allí para ser testigo, exclamó ante el espectáculo de su portentosa belleza:

—¡Pequeña maravilla es que griegos y troyanos estén dispuestos a sufrir los estragos de guerras y batallas por una mujer semejante, pues ciertamente su hermosura se asemeja a la de las diosas Inmortales!

Pero Helena suspiró, y respondió así:

—Bien quisiera que la cruel muerte me hubiera arrebatado antes de que tu hijo Paris me llevara lejos de mi dichosa Esparta y de mi adorada hija Hermíone. ¡Ay de mí, que mi señor Menelao pensará que soy la más indigna de las mujeres!

Sin embargo, en aquel momento Menelao se aprestaba a luchar por Helena, como si se tratara de una esposa tan perfecta como Alcestis lo había sido para Admeto. Y Paris hacía lo propio, como si de una consorte habida en legítimo matrimonio se tratara, y como si la abandonada ninfa Enone no siguiera en el monte Ida bañada en lágrimas.

Primero cada uno de los héroes se ajustó las grebas sobre las piernas, primorosamente curtidas y abrochadas con tobilleras de plata; luego protegiendo el pecho lucían la moldeada coraza de repujado bronce; y por el hombro pasaba el tahalí que sujetaba la espada de bronce con la empuñadura tachonada de clavos de plata. Y en las arrogantes testas cada uno se acoplaba el yelmo finamente labrado y coronado con un gran penacho de crin de caballo que ondeaba al viento, y en la mano llevaban una pesada lanza de fresno rematada con afilada punta de bronce.

Cuando se hubieron armado de esta guisa, se plantaron ante las filas griegas y troyanas que sentadas en largas hileras aguardaban expectantes.



Paris fue el primero en arrojar su lanza y golpear a Menelao en el escudo, pero la punta se dobló sin traspasarlo. Entonces Menelao, tras elevar una plegaria a Zeus, lanzó su pica, golpeó el redondo escudo de Paris y lo atravesó, tanta era la furia con la que había impelido su dardo; también penetró la coraza, y allí hubiera fenecido Paris de no haberse girado en el último momento, con lo que se salvó sufriendo únicamente un arañazo en el costado. Menelao se desembarazó entonces del escudo con un grito de triunfo y, dando un salto, agarró a Paris por su penacho de crines, tiró con fuerza de él y lo arrastró por la cabeza hacia el campo griego. Y Paris hubiera muerto estrangulado, como Cicno, por las correas de su propio casco, de no haber sido por la intervención de Afrodita. Pues la diosa cortó las cintas súbitamente y Menelao cayó de espadas, sujetando entre sus manos el yelmo vacío del troyano. Mas cuando se incorporó de un salto, Paris había desaparecido. Pues Paris ya no era el intrépido pastor del monte Ida: en vez de acometer hazañas de vigor y temeridad, prefería malgastar el dempo en compañía de su reacia esposa. Y ahora, escudándose en Afrodita, volvió rápidamente a Troya y se escondió en la cámara de Helena.

Menelao, incapaz de dar con él, deambulaba exultante entre los dos ejércitos clamando a voz en grito:

—¡Escuchad mis palabras, griegos y troyanos! ¡Paris ha huido, la victoria es mía! ¡Helena es mía! ¡Devolvédmela y nos marcharemos, y no volveremos a importunar a Troya!

Tanto griegos como troyanos estuvieron de acuerdo, y grandes voces de alegría se elevaron en los dos bandos, pues la guerra había terminado y por fin podían volver a la paz de sus hogares.

6. LA AVENTURA DE RESO

> ¿Qué ojos, qué oídos tenía la dulce Andrómaca sino para la forma y el paso de su amado Héctor? Las lágrimas se mezclan y de sal tiñen su último beso. Ya marcha. Las palabras de Casandra baten ominosas como cuervos sobre el penacho del guerrero, y a su oído rebotan vacías en el escudo que no le ha de salvar.
>
> Rossetti, *Casandra*

Y ciertamente este hubiera sido el final de la Guerra de no haber sido por la traición del troyano Pándaro. Pues cuando vio a Menelao pavoneándose entre los dos ejércitos y mofándose de la cobardía de Paris, ajustó una puntiaguda flecha en su pulido arco de cuerno de íbice, y la lanzó hiriendo a Menelao en el costado, justo donde él había alcanzado a Paris con su lanza.

—¡Ahora destruiremos a los troyanos —rugieron las filas griegas ante tamaña vileza—, pues han roto la tregua, y Zeus con seguridad estará de nuestro lado!

Los dos ejércitos se armaron a toda prisa, y entrambos acometieron a su enemigo entablando la batalla más sangrienta desde que los griegos desembarcaran por primera vez en las playas de Troya y Protesilao fuera derribado. El estruendo de los escudos al chocar era como el fragor de un torrente de montaña en mitad del invierno; los guerreros al caer eran despojados de sus armaduras y sus cuerpos eran pisoteados.

Grandes hazañas se produjeron en esa atroz lid que los aedos celebraron en los palacios de los reyes. Cantaron cómo Menelao mató al fiero Escamandrio, el formidable cazador; cómo Diomedes lidió con Eneas, con el que hubiera acabado de no haber acudido Afrodita en auxilio de su hijo, y como, aunque Inmortal, también sufrió una herida; y encomiaron las proezas de Odiseo, que atravesaba las filas de los amedrentados troyanos como un lobo que entrara en un aprisco.

Mientras la gran batalla se enconaba y los troyanos iban llevando la peor parte, su gran campeón, Héctor, estaba en Troya, buscando indignado a Paris. Por fin dio con él en las estancias de Helena, que lloraba desconsolada tachándolo de cobarde:

—¡Ojalá los vientos me hubieran arrebatado y me hubieran ahogado las olas antes de haber venido a Troya con un menguado como tú!

Paris miraba al suelo buscando torpes excusas, hasta que al final consintió en ponerse otra vez la coraza y volver a la batalla.

A continuación, dejando a su timorato hermano abrochándose con desgana la armadura, Héctor marchó a su propio palacio, donde encontró a su adorada esposa, Andrómaca, dándole el pecho a Astianacte, su hijo de cabellos dorados, hermoso como una estrella.

—Mi queridísimo señor —dijo Andrómaca, llorando suavemente—, ¡no vayas a la batalla en este día! Pues mucho me temo que han de matarte los griegos. Mi padre murió a manos de Aquiles al comienzo de esta espantosa guerra, y si tú también caes, Troya sucumbirá también. No vayas a la atroz lid, esposo mío, quédate aquí junto a nosotros, pues si Troya es vencida harán de mí una esclava; y matarán también a nuestro hijo, por muy niño que sea, para que no se convierta en un soberbio guerrero que algún día tome cumplida venganza de tu muerte en sus hijos.

—¡Bien pienso en estas cosas, amada esposa —respondió Héctor—, pero si me escondo ahora, si rehúso entrar en combate, nunca podré volver a levantar la cabeza entre los hombres y mujeres de Troya. Temo que nuestra patria esté condenada más allá de toda esperanza, y que pronto será destruida y su gente masacrada o reducida a la esclavitud. Pero déjame morir con honor en la batalla, pues la muerte es preferible a la vergüenza, y nunca podría soportar ver cómo te arrastran los griegos hasta sus cóncavas naves!

Así habló Héctor y extendió los brazos hacia Astianacte. Pero el niño se acurrucó en el regazo de su madre, llorando, asustado por el tremolante penacho del casco de su padre. Héctor se echó a reír, y también Andrómaca, y se quitó el casco y lo dejó en el suelo, levantó al niño y lo meció entre sus brazos, diciendo:

—Ahora le ruego a Zeus, y a todos los Inmortales, que mi hijo crezca para ser tan valiente como yo, y un poderoso rey de Troya. Que las gentes exclamen cuando lo vean volver victorioso de la batalla: «¡Mucho más grande es él de lo que nunca lo fuera su padre!». Y que viva muchos años para alegrar tu corazón cuando yo falte.

Y con esto devolvió al niño a los brazos de su madre, y besó y confortó a su mujer: «Amor mío, no quiero que sufras —dijo—, ningún hombre puede escapar de su destino, por valiente o cobarde que sea».



Entonces marchó raudo a la refriega, dejando a Andrómaca llorando sin consuelo, pues bien segura estaba de que esta había sido su última despedida.

En el campo de batalla Héctor espoleó a las filas troyanas con tan buen efecto que en poco tiempo eran los griegos los que retrocedían. Entonces a voz en grito lanzó un desafío.

—¡Que salga y combata conmigo, hombre a hombre, quien sea el más denodado y atrevido de entre los griegos! Yo no soy Paris, sino Héctor. ¡Y Héctor no saldrá corriendo!

Este reto iba dirigido a Aquiles, que seguía rumiando su ira en la tienda y que no estaba dispuesto a venir a la liza, ni siquiera para medir sus fuerzas con Héctor. Pero muchos paladines griegos se aprestaron a recogerlo: Agamenón entre ellos, y Diomedes, Áyax y Odiseo, y muchos más. Entonces a propuesta de Néstor echaron suertes en un casco, y la de Áyax fue la primera en caer a tierra.

Áyax salió de entre las filas con su refulgente bronce, el de mayor tamaño de entre los guerreros griegos, mostrándose tan fiero y vigoroso como el mismo Ares, el Inmortal Dios de la Guerra.

—¡Ahora, Héctor —gritó exultante—, ven a lidiar conmigo si te atreves! ¡Te mostraré qué clase de hombres hay entre los griegos, incluso hoy que

Aquiles no está con nosotros!

Los dos campeones se acometieron con lanza y espada, e innumerables fueron los golpes asestados y detenidos, mas ninguno de los dos conseguía ganar ventaja. Pronto empezó a caer la oscuridad y los heraldos declararon una tregua. Hacíase de noche cuando los dos bravos guerreros se detuvieron e intercambiaron regalos como dos rivales orgullosos, dignos de su enemigo.

Esa noche los griegos se afanaron sin descanso construyendo un muro y un foso en torno a los barcos para protegerlos de los troyanos. Por la mañana se reanudó la batalla con renovado ardor, y los griegos fueron obligados a retroceder dentro de su nuevo muro.

En cuanto a los troyanos, acamparon en la llanura y ni siquiera se molestaron en retirarse al amparo de su ciudad; al contrario, se sentaron en torno a los fuegos cantando y regocijándose por su victoria próxima, pues tenían la certeza de que al día siguiente habrían de derrotar a los griegos y quemar todos sus barcos.

Pero en el campo aqueo los príncipes estaban reunidos en consejo, con caras largas y el corazón atribulado.

El primero en hablar fue Agamenón, y dijo:

—Amigos míos, capitanes y paladines del ejército: ciertamente Zeus nos ha golpeado con dureza en esta jornada, y sólo puede haber un significado para ello: que nunca hemos de conquistar Troya. Lo mejor que podemos hacer es huir con presteza, mientras todavía tenemos los bajeles, y volver a la seguridad de nuestras tierras y nuestras casas.

—¡Marcha si quieres, rey cobarde! —le apostrofó Diomedes—. ¡Mas yo por lo menos me quedaré y lucharé hasta el final!

Los demás reyes le aplaudieron, y Néstor aconsejó que lo primero que había que hacer era establecer una buena vigilancia en tomo al muro, no fuera que los troyanos intentaran un asalto nocturno. Diomedes, con quinientos soldados a las órdenes de Trasimedes, fue a ocuparse de esta importante tarea, mientras Néstor continuaba de esta manera:

—Muy noble Agamenón, Rey de Hombres, todo nuestro infortunio proviene de tu locura al arrebatarle a Aquiles su esclava, Briseida. Sabes bien que sin él no podemos derrotar a Héctor ni conquistar Troya. Este es mi consejo: que te tragues tu orgullo y que envíes una embajada a Aquiles ofreciéndole la muchacha, con otros muchos regalos, pidiéndole que perdone el insulto que le infligiste y que vuelva a los combates.

—Sabio Néstor —le respondió Agamenón—, ciertamente fui un loco, y sin rubor admito mi error. Enviaré a Odiseo y al bravo Áyax como emisarios

ante Aquiles con un mensaje como el que propones; y le prometeré a Briseida, y a otras veinte doncellas troyanas, y la carga de un barco de bronce y oro. Y si esto no bastara, podrá elegir a la que quiera de entre mis hijas como esposa cuando volvamos de la conquistada Troya.

De inmediato partieron los dos embajadores con el encargo, pero ni siquiera las persuasivas palabras de Odiseo consiguieron conmover a Aquiles, que sonrió torvamente antes de responder.

—Mi consejo es que volvamos todos raudos a Grecia. No podéis conquistar Troya sin mi concurso, y estoy decidido a reservármelo y así salvar la vida que de otro modo estoy destinado a perder. ¡Mañana embarco sin demora con mis hombres!

Cuando Agamenón escuchó estas nuevas, lloró y se arrancó los cabellos. Pero Néstor intentó animarle mientras Menelao decía:

—Debemos prepararnos para el combate de mañana. ¿Hay alguien entre los griegos que se atreva a ir en secreto al campo de los troyanos para espiarlos… y quizás escuchar cuáles son sus planes?

—¡Yo lo haré! —exclamó Odiseo, y Diomedes se ofreció a acompañarle. Los dos partieron, cubiertos con capas de cuero y sin coraza, aunque sí portando sus espadas.

Mientras tanto los troyanos habían tenido la misma idea, y un joven soldado llamado Dolón se había prestado a ir a espiar a condición de que Príamo le entregara como recompensa los caballos mágicos de Aquiles, el regalo nupcial de Poseidón a Peleo y Tetis.

Así fue acordado y Dolón se perdió en la oscuridad, llevando una piel de lobo sobre los hombros y su arco y sus flechas en la mano.

Cuando Odiseo y Diomedes lo divisaron caminando hacia ellos, se echaron de inmediato entre los muertos y pretendieron estarlo también ellos. Mas en cuanto Dolón pasó a su lado saltaron sobre él y lo atraparon.

—¡No me matéis! —suplicó Dolón, verde de terror—. Mi padre es muy rico y pagará un inmenso rescate por mi vida. Además, os daré noticias de los troyanos, lo que queráis si me perdonáis la vida.

—¡Habla, rápido! —le conminó Odiseo, y el desgraciado muchacho empezó a contarles las intenciones de los troyanos para la siguiente jornada.

—Mas lo que debéis hacer —tartamudeó— es robar los caballos del rey Reso. Esta misma tarde ha llegado de Tracia con todos sus hombres y, según una profecía, Troya no caerá una vez que sus maravillosos caballos blancos hayan entrado en la ciudad. Ahora enviadme prisionero a vuestros barcos y, si he dicho la verdad, liberadme después, que mi padre pagará mi rescate.

—De ningún modo —replicó Diomedes—. Un espía traidor no merece vivir —y según lo decía con la espada le cortó la cabeza al desgraciado Dolón.

Entonces él y Odiseo se acercaron reptando en la oscuridad hasta el lugar en el que los recién llegados tracios estaban acampados. Mataron a varios soldados mientras dormían, incluyendo al desafortunado rey Reso. A continuación soltaron los caballos, los ataron juntos y Diomedes se los llevó sigilosamente entre los hombres dormidos hacia el campamento aqueo.

Mas de repente se despertó un soldado tracio y, cuando vio la sangre corriendo por el suelo y los blancos caballos desaparecidos, dio la voz de alarma y sus camaradas se incorporaron de un salto, desenvainando las espadas.

Entonces Diomedes saltó a lomos del caballo más próximo y huyó a galope tendido hasta que llegó a la tienda de Agamenón. Pero Odiseo permaneció entre los tracios corriendo mortal peligro, y de hecho pronto estuvo rodeado por sus enemigos.

—¡Aquí está el asesino de nuestro rey! —gritó un capitán tracio.

—¡Estúpido! —le espetó Odiseo con voz autoritaria—. ¡Pagarás por esto si no mides tus palabras!

—¡Dime pues la contraseña —insistió el capitán— o te atravesaré con mi espada!

—¡La contraseña es «Febo»! —respondió Odiseo con aplomo, pues había tomado la precaución de obligar a Dolón a revelársela.

—¡De acuerdo! —respondió el capitán, dejándole ir—. ¿Sabes por dónde escapó el asesino?

—Por supuesto que sí —le respondió Odiseo contrariado—. Le estaba persiguiendo cuando fuiste tan estúpido como para detenerme. ¡Seguidme!

Y con esto echó a correr hacia las naves y pronto estuvo entre los suyos, mientras los tracios recibían la ardorosa bienvenida de Trasimedes y de los quinientos guardianes de la muralla.

7. LA MUERTE DE HÉCTOR

Pero el que era mi alegría y mi reposo,
Héctor, el orgullo y acicate de Troya,
el que de sus hermanos era baluarte,
a él has matado, y a mí me has dejado solo.

Homero, *Iliada*
(según trad. de Andrew Lang)

El amanecer trajo un ataque masivo de los troyanos, furiosos por la muerte del rey Reso y por el robo de sus albos caballos. Los griegos, encoraginados por la hazaña de Diomedes y Odiseo, les opusieron fiera resistencia, dirigidos por Áyax. Y así dio comienzo una de las más grandes batallas de la Guerra de Troya.

Al principio los griegos llevaron la mejor parte, pues Héctor no lidiaba en la vanguardia troyana, sino que organizaba sus tropas desde la retaguardia. Agamenón, sacudiéndose su habitual cobardía, encabezaba su hueste con tan buen efecto que las filas troyanas acabaron por ceder y echar a correr hacia su ciudad. Pero cerca de las puertas Héctor arengó a sus hombres, Agamenón resultó herido por la lanza de un capitán troyano y se vio obligado a retirarse hacia los barcos en su carro. Entonces Héctor cargó a la cabeza de los suyos y los griegos huyeron ante él. Cerca de las naves Diomedes y Odiseo se dieron media vuelta y contuvieron a los perseguidores mientras los griegos reorganizaban sus hileras.

Entonces Héctor se puso al frente de una nueva acometida, pero Diomedes apuntó bien con su fornida pica y le alcanzó en el casco. La lanza no lo penetró, pero el golpe fue tan recio que Héctor cayó a tierra aturdido, y en su carro tuvo que ser sacado del campo a toda prisa.

Poco después era Diomedes el que recibía en el pie un flechazo de parte de Paris, por lo que también se ausentó del combate, dejando a Odiseo al frente de la hueste. Y allí luchó largo rato el Laertíada derribando a muchos troyanos, aunque al final una lanza traspasó su escudo y se le clavó profundamente en el costado. Él mismo se la arrancó con un grito de dolor y con ella mató al soldado que le había herido; luego, cayendo de rodillas en tierra, pidió ayuda a Áyax y a Menelao, que corrieron a socorrerlo. Áyax lo

protegió con su enorme escudo mientras Odiseo subía a un carro, y Menelao lo condujo a las naves para que le vendasen la herida.

Mientras Áyax realizaba asombrosas proezas y mantenía a raya el avance de los troyanos, los reyes heridos discutían acaloradamente junto a las cóncavas naves.

—¡Lo único que podemos hacer es tratar de contenerlos hasta la noche y entonces botar nuestros barcos y escapar en la oscuridad! —les urgió Agamenón.

—¡Deberías estar dirigiendo una banda de vulgares cobardes —le apostrofó Odiseo con fiereza— y no el ejército de los griegos! ¡Lucharemos cada uno de nosotros sin ceder mientras quede en pie un solo hombre! ¡Hasta el último morirá antes que rendirse! ¡Mantente en silencio, si no tienes nada mejor que decir! ¡Qué gran ignominia sería que los soldados escucharan al Rey de Hombres pronunciar palabras tan villanas!



Agamenón, nuevamente obligado por la vergüenza a mostrar coraje, propuso entonces intentar un nuevo asalto, que Áyax dirigió con su acostumbrada bravura. Enfrentado con Héctor, le alcanzó con una enorme piedra, de forma que se lo tuvieron que llevar sangrando por la boca. La batalla cambió otra vez de signo y los troyanos retrocedieron; mas en cuanto Héctor se recuperó, dirigió una acometida tan feroz, llevando a Paris a un lado y a Eneas al otro, que los griegos se dieron a la fuga despavoridos.

—¡A los barcos! ¡A los barcos! —espoleaba Héctor a los suyos—. ¡Quemad los barcos para que no puedan huir! ¡Ya habrá tiempo para repartir el botín cuando la batalla haya terminado! ¡Que los barcos sean primero pasto de las llamas!

Luchaban ya en la misma playa y Áyax, subido en su propia nave, blandía una poderosa lanza de las que se utilizaban para impedir los abordajes durante

las batallas navales. Con ella derribó a doce troyanos que intentaron pegarle fuego a su bajel; pero ni siquiera él podía proteger todos los barcos, y pronto el mismo Héctor lanzaba una antorcha dentro de la nave desde la que Protesilao había saltado a su muerte al comienzo de la guerra.

Pero de repente llegó una ayuda no esperada. Patroclo, primo de Aquiles, había estado atendiendo a un amigo enfermo, mas cuando vio que los troyanos intentaban prender fuego a los navios corrió hasta Aquiles.

—¡Si tú no quieres luchar —le dijo—, déjame al menos que sea yo el que dirija a nuestros Mirmidones en la batalla! ¡Ya arden las naves y la mayoría de los paladines griegos están fuera de combate!

Entonces Aquiles sintió haber jurado, dominado por la cólera, no volver a luchar hasta que sus propios barcos corrieran peligro. Pero permitió que Patroclo se pusiera su casco de forma que los troyanos creyeran que era el mismo Aquiles el que dirigía a los Mirmidones, y le urgió a correr a la lid antes de que fuera demasiado tarde.

Mientras tanto Áyax seguía combatiendo denodadamente; mas el cansancio se iba apoderando de él y a duras penas conseguía ya empuñar la lanza. Entonces Héctor le atacó, y con un tajo de su espada cercenó la broncínea punta de la pica. Áyax tuvo que retroceder y pronto las llamas envolvían su barco.

Justo en ese momento crucial se elevó un grito de espanto entre los troyanos, que retrocedieron atropelladamente gritando:

—¡Aquiles! ¡Aquiles el invencible vuelve a cargar contra nosotros!

Y allí estaba Patroclo, con la refulgente armadura por todos tan bien conocida, de pie sobre el carro tirado por los dos caballos mágicos que Poseidón había regalado a Peleo. Se lanzó directo hacia las naves y apagó las llamas que consumían el barco que fuera de Protesilao. Luego hizo girar el carro y dirigió a la hueste griega en una carga tremenda que obligó a huir a los troyanos en desorden por el foso y por la ancha llanura.

Por un momento la estampida fue contenida por el rey Sarpedón de Licia, aliado de los troyanos. Se plantó ante Patroclo y se produjo un feroz combate. Patroclo lanzó la primera pica, pero iba desviada y atravesó al auriga del carro de Sarpedón. Éste respondió con dos dardos, uno tras otro, aunque en su precipitación los dos erraron su objetivo. Entonces Patroclo arrojó su lanza con todas sus fuerzas y atravesó de lado a lado a Sarpedón, que cayó como un imponente árbol que la afilada hacha del leñador derriba en la montaña.

Pero mientras agonizaba en el polvo, exhortó a los suyos:

—¡Seguid peleando, bravos licios! ¡No huyáis porque yo haya caído! ¡No permitáis que mi cuerpo caiga en manos de los griegos, sino que debéis honrarlo con un digno funeral!

Se entabló entonces una feroz batalla por el cuerpo caído, pero al final los griegos consiguieron arrancarle la coraza. Sin embargo Apolo, compadeciéndose del campeón, envió al Sueño y a la Muerte a llevarse el cuerpo por tierra y por mar, hasta Licia, donde obtuvo el reposo merecido.

Pero Patroclo persiguió a los troyanos en desbandada hasta las murallas de Troya, cuyas mismas puertas intentó franquear, aunque hasta tres veces fuera rechazado. Entonces Héctor salió como un trueno en su carro por la puerta, segando las vidas de quienes se interponían en su camino, y se lanzó derecho contra Patroclo, que lo recibió tirándole una pesada piedra que, aunque no alcanzó su objetivo, mató al auriga. Durante un corto espacio de tiempo los dos héroes pugnaron por el cuerpo del caído, pero al cabo los movimientos de la batalla acabaron por separarlos.

El sol se hundía en el poniente cuando se volvieron a encontrar. Patroclo había perdido su yelmo en el fragor de la lid y estaba ya herido y cansado. Aún así, acometió a Héctor, que lo recibió a la carrera y lo traspasó de parte a parte con su lanza. Patroclo cayó exánime a tierra y, mientras el hijo de Príamo se cernía sobre él con la espada desenvainada, exclamó:

—No te jactes en demasía por tu victoria, noble Héctor, pues el imperioso destino así lo ha decretado, destino al que ningún hombre se puede sustraer. Bien sabes que tú mismo no vivirás mucho tiempo, pues ya la Muerte viene de camino del reino de Hades y a manos del gran Aquiles tú has de sucumbir.

Así pereció Patroclo, y su auriga condujo los mágicos caballos blancos fuera de la batalla, y llevó la funesta noticia a Aquiles, que estaba sentado en la soledad de su tienda.

Cuando Aquiles supo que su amado primo había muerto, escondió la cara entre las manos y rompió a llorar. De inmediato, mientras seguía allí sentado, su madre, la ninfa marina Tetis, se llegó hasta él y durante largo tiempo intentó en vano consolarlo.

—¡Déjame morir! ¡Déjame morir! —se quejaba Aquiles—. No he sido capaz de salvar a mi amigo de la parca, y por culpa de mi necia cólera está muerto… ¡No quiero más que aniquilar a Héctor por lo que ha hecho!

Entonces, desarmado como estaba, Aquiles salió corriendo de su tienda y se encaramó a la empalizada. Allí se paró, espigado como un dios, con el rojo atardecer ardiendo a sus espaldas. A sus pies en la llanura vio la batalla que se enconaba ferozmente. Vio que Héctor había despojado de la armadura al

cadáver de Patroclo, la armadura dorada que los Inmortales habían regalado a Peleo; y también vio que los griegos, que seguían conducidos por Áyax, pugnaban por rescatar el cuerpo desnudo y mutilado del héroe muerto y llevarlo a su campamento.

Aquiles vio, y con su poderosa voz lanzó un alarido que resonó como la llamada de un clarín por todo el campo de batalla, y el trueno que retumbaba en el monte Ida no parecía sino el eco de ese grito. Tres veces proyectó Aquiles su formidable alarido, y los troyanos se retiraron amedrentados, y hasta los mismos caballos bufaban y resoplaban nerviosos.

Entonces los griegos levantaron el cuerpo de Patroclo y lo transportaron a su campamento, y mientras lo hacían cayó la noche.

Una vez más los troyanos decidieron esperar la próxima jornada a campo abierto, y Héctor prefirió no regresar a Troya, aunque sus amigos le advirtieron de que Aquiles nunca descansaría hasta que uno de los dos hubiera muerto.

—¡Jamás huiré! —contestó—. ¿Y qué si el gran Aquiles viene contra mí? Uno de los dos tiene que morir. Mas Ares, el Inmortal Dios de la Guerra, puede guiar mi espada de forma que sea Aquiles el que muerda el polvo.

Mientras tanto Aquiles descansaba en su tienda, lamentando la muerte de Patroclo; y al poco, por deseo de los Inmortales, el dulce sueño vino hasta él y cayó dormido. No había descanso sin embargo esa noche en la forja de Hefesto, el Herrero Inmortal, pues ante la súplica de Tetis estaba forjando una nueva armadura para Aquiles.

A la incierta luz del alba Tetis, la ninfa marina, bajó del prominente Olimpo portando la formidable panoplia para su hijo: un escudo de cinco capas primorosamente grabado con escenas y relieves, una coraza más rutilante que el fulgor del propio fuego, un macizo yelmo de áureo penacho y grebas de flexible estaño.

Aquiles contempló extasiado estas armas maravillosas y sus ojos centellearon de contento. Rápidamente se vistió con ellas y cogió una gran lanza en la mano. Bajó hasta la playa atronando las naves con su pavoroso grito, y todos los guerreros griegos se despertaron sobresaltados, se abrocharon las armaduras y se aprestaron al combate.

Pero antes de nada Odiseo se llegó hasta Aquiles y le persuadió a que visitara al herido Agamenón para recibir sus disculpas y los regalos preparados para aplacarle.

Con la paz restaurada entre los reyes, Aquiles partió para la batalla en el broncíneo carro tirado por los dos caballos mágicos. Mientras les ajustaba los

arneses en el lomo, uno de ellos le habló con voz humana, diciendo:

—Te llevaremos a la lid rápidamente y sin dudar, mas el día de tu muerte se acerca… muerte que te ha de llegar en combate.

—Bien lo sé —respondió Aquiles—, pero no dejaré de luchar hasta ese día, o hasta que vea a la altiva Troya desmoronada en el polvo.

Todo el día se combatió con denuedo, y los troyanos huyeron ante la ira de Aquiles, dejando el campo cubierto de cadáveres. Más allá del río Escamandro los expulsó, y ni allí se detuvo, aunque el río se saliera de su cauce abalanzándose furioso contra él. Por la llanura corrían los troyanos, con Aquiles persiguiéndolos de cerca, y no detuvieron su estampida hasta que hallaron refugio en el interior de las murallas.

Tan sólo Héctor permaneció en pie en la Puerta Escea, esperando a que Aquiles llegara como una avalancha, brillando como una estrella fugaz en su armadura dorada.

—¡Entra al cobijo de las puertas! —le imploró el rey Príamo—. Ese hombre terrible ha aniquilado a muchos de mis hijos y, si acaba contigo también, ¿quién me quedará para que alivie mi vejez?

Pero Héctor no quiso escuchar y se adelantó para recibir a Aquiles, dejando a Príamo y a Hécuba en el baluarte de la puerta, junto a Andrómaca y a las demás mujeres troyanas. Los dos héroes se encontraron cerca de donde un arroyuelo surge de la llanura junto a una pequeña arboleda. En el ardor del combate desaparecieron de la vista más allá de una alta torre de las murallas.

Aquiles lanzó su pica y falló, y Héctor respondió arrojando la suya, que no consiguió traspasar el maravilloso escudo. Entonces Héctor desenvainó la espada, pero Aquiles tenía una segunda lanza que le clavó profundamente a su rival en el momento en que éste se precipitaba contra él.

Héctor cayó en el polvo, y Aquiles le espetó:

—¡Asesino de Patroclo! ¡Los perros y las aves carroñeras arrancarán la carne de tu cadáver sin enterrar!

—¡No cometas tan gran infamia! —suplicó Héctor—. Acepta el rescate de oro que mi padre te ofrecerá por mí, y deja que mi cuerpo se consuma en una pira en Troya.

—¡Perro! Aun si Príamo me ofreciera tu peso en oro, dudo que bastara para salvarte de los canes —le gritó Aquiles vengativo.

—¡Acuérdate de mí cuando Paris te mate junto a la Puerta Escea! —le respondió Héctor con voz que se apagaba; tras lo cual, echando hacia atrás la cabeza, expiró.

Entonces Aquiles le perforó los tobillos, tras despojarle de la armadura, los ató con su tahalí a la parte trasera del carro y lo arrastró triunfalmente en torno a las murallas de Troya. Andrómaca lanzando un aullido de espanto perdió el sentido, y Príamo y todos los troyanos rompieron a llorar amargamente.

Al día siguiente Aquiles quemó el cuerpo de Patroclo en una gran pira funeral, y sacrificó doce prisioneros de guerra a su espíritu… un acto tan ignominioso que hasta el mismo Zeus apartó la mirada consternado. Y organizó juegos en honor de Patroclo, y todos los reyes y héroes griegos participaron.

Todos los días Aquiles ultrajaba el cadáver de Héctor arrastrándolo en torno a las murallas de Troya, hasta que los Inmortales mismos se indignaron y enviaron a Tetis para que le exigiera a su hijo que entregara el cuerpo a fin de que recibiera el funeral apropiado. Pues sin la cremación, tanto griegos como troyanos creían que el espíritu no conseguía alcanzar el Reino de Hades a través del cual todos tienen que pasar, incluso aquellos destinados a habitar las Islas de los Benditos y los dulces Campos Elíseos.

Esa noche el rey Príamo atravesó las líneas de los griegos y se presentó en la tienda de Aquiles; arrodillándose a sus pies, besó las manos terribles que habían matado a su hijo y lloró en silencio.



Aquiles se acordó entonces de su anciano padre, Peleo, que esperaba solo en la distante Hélade, y también vertió lágrimas e hizo levantarse al abatido rey con palabras corteses, le dio comida y bebida y lo envió de vuelta a Troya con todos los honores.

Por la mañana ordenó a Briseida y a las otras siervas que lavaran el cuerpo de Héctor y lo ataviaran con finas telas. A continuación dispuso una enorme balanza bajo los muros de Troya y colocó el cadáver en uno de los platos, pues había jurado que sólo entregaría el cuerpo de Héctor a cambio de su peso en oro.

Mas después de que Príamo vaciara su tesoro para compensar la carga, la balanza seguía vacilando sin terminar de nivelarse. Y así estuvo hasta que la bella hermana de Héctor, Políxena, la más joven de las hijas de Príamo, se inclinó sobre el parapeto de la muralla y dejó caer sus braceletes sobre el plato, con lo que el cuerpo de Héctor subió mientras que el peso del oro bajaba hasta el suelo.

Entre grandes lamentos metieron por fin el cuerpo de Héctor en Troya. Y la hermosa Helena, inclinándose sobre él, exclamó:

—Héctor, de mis hermanos de Troya el más querido desde que Paris aquí me trajo. ¡Ojalá hubiera yo muerto antes de que amaneciera aquel día! Héctor,

en todos estos años nunca escapó de tus labios un desaire o un gesto acerbo. Otros me hablaban cruelmente, pues por mi culpa combatían en esta atroz guerra, mas tú siempre les reconvenías con palabras gentiles y corteses. ¡Ay de mí! ¡Ya no me queda nadie como tú en Troya, y mi único amigo verdadero está muerto!

8. NEOPTÓLEMO Y FILOCTETES

> Sin embargo aún hay esperanza; lenta esperanza mas alivio cierto.
> Lo había olvidado en mi dolor y mi rabia.
> ¿No hay oráculo? Troya no puede caer.
> Yo guardo tus flechas, divino Heracles,
> y Troya no caerá sin ellas.
>
> Barón de Tabley, *Filoctetes*

La Guerra de Troya no terminó con la muerte de Héctor. Pero sin su paladín los troyanos se arriesgaban menos a salir a campo abierto, mientras que los griegos apretaban el cerco en torno a ellos con renovado ardor.

Sin embargo, aunque las ciudades menores en torno a Troya yacían arrasadas, los troyanos seguían teniendo aliados, y entre éstos la primera que acudió en su auxilio tras la muerte de Héctor fue la hermosa Pentesilea, reina de las Amazonas.

Los troyanos hicieron una salida cuando la vieron aproximarse, pero Aquiles los rechazó y se enfrentó con ella. Su encuentro fue enconado y breve, pues Aquiles la atravesó con la lanza y ella cayó agonizante al suelo. Al inclinarse sobre su cuerpo para despojarla de la armadura, Aquiles se percató por fin de que había matado a una hermosa doncella. Entonces su corazón se conmovió arrepentido, pensando que bien podría haberla capturado y llevado hasta su tienda para que fuera su concubina, o incluso su reina, si Deidamía hubiera muerto. Entre lágrimas lamentó su desafortunado lanzazo, pues ciertamente la hermosa Amazona era celestialmente bella, semejante a una de las Inmortales, ya que su padre no había sido otro que Ares, Señor de la Guerra.

Entonces Tersites, el más ruin y despreciable de los griegos, se mofó de Aquiles:

—¡Eh, tú, Aquiles mohíno! ¡Basta una cara bonita para convertirte de guerrero en traidor afeminado, peor que el mismo Paris! ¡En cuanto a esta sucia Amazona, sólo vale de comida para los perros! —y con estas palabras empezó a pinchar el cadáver con su pica.

—¡Aparta de ahí, perro miserable! —aulló Aquiles, a quien las vilezas de Tersites habían hecho perder el control por completo—. ¡Nadie insulta a

Aquiles sin recibir su castigo! —y asestó a Tersites un golpe tan fenomenal en la sien que le saltaron los dientes y cayó muerto a tierra.

Habiendo matado a un griego de noble cuna (pues Tersites, a pesar de sus villanías, era primo de Diomedes), tenía que purgar esa pena de sangre, por lo que zarpó hacia la isla de Lesbos con este propósito.

En su ausencia llegó con su hueste el último aliado de Príamo, el príncipe Memnón de Etiopía, hijo de Eos, la Titán de la Aurora, y de su esposo mortal, el rey Titono. Los dos tenían una historia tristísima, pues Eos, cuando se enamoró de Titono, el más hermoso de los hombres mortales, rogó a Zeus que le concediera no morir jamás. Zeus le otorgó su deseo sin pensarlo un momento, y todo pareció estar bien dispuesto. Pero cuando ya era demasiado tarde, Eos se percató de que, si bien Titono nunca podría morir, sí que podía envejecer, de forma que según pasaban los años se fue convirtiendo en poco más que una criatura encogida y gorjeante, semejante a una cigarra que, incapaz de ver ni oír, pasaba sus días sentado emitiendo un murmullo ininteligible, escondido en un apartado aposento del áureo palacio de la Inmortal Eos.

El fornido Memnón llegó a Troya acompañado de un contingente de aguerridos soldados. Por última vez los troyanos salieron de sus murallas y juntos persiguieron a los griegos casi hasta sus naves. Cayó la noche en el momento en que Áyax se preparaba para enfrentarse a Memnón; aunque fue Aquiles el que por la mañana regresó de Lesbos y cambió el signo de la batalla, matando al rey etíope y desbaratando a sus soldados. A continuación acometió a los troyanos que huían en desbandada por la llanura, los persiguió hasta la ciudad mofándose de ellos y vanagloriándose de que ni siquiera los Inmortales serían capaces de resistirle si arremetiera contra ellos.

Pero mientras se pavoneaba ante la Puerta Escea, Paris sacó una flecha de su aljaba, la ajustó en la cuerda tensándola, apuntó cuidadosamente y disparó. Lejos voló la saeta, guiada por Apolo a quien había enojado la arrogancia de Aquiles. El dardo voló y voló, y vino a clavarse en el talón de Aquiles, el único punto vulnerable de todo su cuerpo, el talón por el que Tetis lo había sujetado cuando siendo un bebé lo sumergía en el río Éstige.

La flecha estaba envenenada por lo que, en unos instantes, Aquiles cayó a tierra dando un gran alarido, y expiró.

Durante unos instantes todos quedaron suspensos, amigos y enemigos sobrecogidos por igual, pues ninguno podía creer que un héroe tan grande pudiera estar realmente muerto. Pero de inmediato, con un griterío triunfal, los troyanos se precipitaron a expoliar el cadáver. Mas el poderoso Áyax se

hizo con él, se lo echó al hombro y salió corriendo hacia los barcos, sin hacer caso de las lanzas y las flechas que partieron en su busca.

Locos de rabia y de dolor, los griegos, dirigidos por Odiseo, encerraron una vez más a los troyanos en su ciudad, a la que pusieron cerco con mayor empeño que nunca. Al día siguiente quemaron el cuerpo de Aquiles sobre una gran pira y enterraron sus cenizas junto a las de Patroclo en la costa, levantando un gran túmulo sobre ellos que aún se puede ver hoy en día. Pero Tetis arrebató el alma de su hijo y la llevó a las Islas de los Benditos, reservadas para los espíritus de los Héroes.

Como era su costumbre, los griegos honraron al héroe muerto celebrando juegos, al final de los cuales Agamenón declaró temerariamente que la fabulosa armadura de Aquiles sería para el más valiente de los griegos.

De inmediato los héroes empezaron a reñir sobre quién podía reclamar semejante honor. Agamenón favorecía a su hermano Menelao, pero el parecer general centró la disputa entre Áyax y Odiseo. Nadie se atrevía a decir cuál de los dos tenía más derecho, y la discusión se volvía cada vez más agria.

—Amigos —intervino por fin el sabio Néstor—: no podemos resolver esta cuestión nosotros solos. ¿Por qué no dejamos que sean los troyanos los que decidan? Enviemos espías a Troya que escuchen bajo las murallas y que nos informen de lo que los troyanos piensan de nuestros dos grandes héroes… quienes, a mi entender, están absolutamente igualados en coraje.

Todos alabaron la sabiduría de Néstor y se enviaron los espías mencionados. Al cabo uno de ellos regresó diciendo:

—Mis nobles señores, mientras escuchábamos debajo de las murallas oímos hablar a las mujeres de Troya y una de ellas dijo: «¡Áyax es el más valiente de los griegos! ¿Cómo si no? Él fue quien sacó el cuerpo de Aquiles del campo de batalla, proeza que ni siquiera Odiseo se atrevió a acometer». Mas otra le respondió: «¿Qué tonterías son esas? Hasta una mujer lo hubiera podido cargar, si alguien se lo hubiera puesto sobre el hombro. Pero esa misma mujer no podría combatir como lo hizo Odiseo, ¡se desmayaría de miedo si tuviera que pelear!».

Ni siquiera estas palabras eran decisivas, mas una votación secreta entre los reyes griegos estableció que la mayoría consideraba vencedor a Odiseo.

Al escuchar este resultado, Áyax se alejó de la asamblea sin decir una palabra y a grandes zancadas se dirigió a su tienda, tan ofuscado por la rabia y la indignación que al poco su mente cedió y se sumió en un salvaje ataque de furia. Frenético imaginó que Agamenón y Menelao lo habían engañado y le habían entregado la armadura a Odiseo sólo para insultarlo; se levantó en la

oscuridad y con la espada desenfundada se dispuso a matar a los tres mientras dormían.

No obstante, Atenea vigilaba aquella noche y, sabiendo lo que Áyax pretendía, le confundió en la oscuridad, de forma que el Telamónida se encontró entre los rebaños de ovejas, a las que empezó a masacrar, pensando que se trataba de sus enemigos. Incluso se llevó dos carneros a su tienda, los ató a uno de los postes y los fustigó con una gran tralla, creyendo que era a Agamenón y Menelao a los que a latigazos mataba.

Por la mañana recuperó la cordura, y fue tal la vergüenza que lo abrumó, tanto por su ridicula furia como por su locura homicida, que fue hasta un rincón apartado de la playa y allí se dejó caer sobre su espada.

Cuando los griegos descubrieron lo que había pasado guardaron luto por él, abrumados por la tristeza; y ninguno estaba tan oprimido por el dolor como Odiseo, que juró de inmediato entregar la armadura a Neoptólemo, el hijo de Aquiles, en cuanto tuviera edad para llevarla.

Entre los lamentos de los griegos fue enterrado Áyax en un sarcófago de piedra. Pues, al no haber caído en batalla, su cadáver no podía ser quemado en una pira como correspondía a un guerrero.

Cuando los ritos funerales se hubieron cumplido, se convocó un nuevo consejo y Agamenón dirigió duras palabras a Calcante:

—¡Ya han pasado los diez años! —le increpó—. Dijiste que pasarían diez años antes de la caída de Troya, ¡y Troya sigue resistiendo! Ya hemos perdido a Aquiles y a Áyax…, ¿cómo vamos a conquistar la ciudad ahora?

—Has olvidado una de mis primeras profecías —replicó Calcante, a quien nunca faltaba una respuesta—: Troya no caerá mientras no cuentes con las flechas de Heracles, pues una de ellas ha de acabar con Paris. Y el hijo de Aquiles debe marchar contra Troya, que no puede caer hasta que él entre en combate.

Entonces los griegos lanzaron grandes vítores, ansiosos de ver estas profecías cumplidas y la guerra por fin acabada. Eligieron a Odiseo y a Diomedes, que diez años antes habían descubierto a Aquiles en Esciros, con el encargo de zarpar en un veloz bajel y traer ahora a su hijo, Neoptólemo.

Sobre las olas navegaron los dos héroes arribando sin incidentes a Esciros. Sacaron el barco a la playa y se encaminaron al palacio del viejo rey Licomedes. Allí a la luz de la mañana vieron a Neoptólemo, un muchacho todavía, y sin embargo alto y fuerte, tan espléndido como lo había sido su padre, conduciendo un carro y practicando con la pica y con los dardos.

El muchacho los recibió entusiasmado y sus ojos centellearon cuando le hicieron saber la razón de su embajada.

—¡Ven a Troya! —le urgió Odiseo—. No podemos tomar la ciudad sin tu ayuda, ahora que tu noble padre Aquiles ha muerto. Todos te recibiremos con dignos presentes, para empezar la armadura dorada de tu padre será mi regalo, armadura que el mismo Ares, Dios de la Guerra, luciría con orgullo, pues manos Inmortales la han forjado. Y cuando se haya ganado la guerra y volvamos a Grecia, Menelao te entregará a su hermosa hija Hermíone para que sea tu esposa.

Neoptólemo no precisaba ser sobornado para ansiar marchar a Troya, y marchar fue lo que hizo a pesar de las lágrimas y las súplicas de su madre, Deidamía, que bien se temía que había de perder al hijo como ya había perdido al esposo. Pero la ninfa marina Tetis se regocijaba, pues sabía que su nieto ganaría gloria y no muerte en Troya, y no hizo nada para impedir su partida, al revés de lo que había hecho con Aquiles.

Una vez más la veloz nave surcó rauda el azul Egeo, aunque no fue directamente a Troya. Por el contrario, Odiseo puso rumbo a la accidentada Lemnos, donde Filoctetes había sido abandonado debido a la terrible mordedura de una serpiente. Echaron el ancla en una oculta ensenada y Odiseo saltó a tierra acompañado únicamente por Neoptólemo y unos pocos marineros. Por el camino Odiseo le contó al joven la historia de Filoctetes y cómo lo habían dejado allí diez años antes, sin más armas que el arco y las flechas de Heracles.

—Solamente podremos atraparlo utilizando una artimaña —concluyó Odiseo—, y ahí es donde entras tú. Si me ve, disparará sus flechas, y no hay curación para la ponzoña cruel de la Hidra. Debes pretender que te has peleado con los reyes griegos, y conmigo en particular. Cuéntale que me niego a entregarte la armadura de tu padre. Digas lo que digas, hazle creer que abandonaste la guerra indignado y que, en tu camino de vuelta a Grecia, te has detenido en Lemnos para rescatarlo y llevarlo contigo. Una vez que lo tengamos en el barco será fácil arrebatarle sus armas.

A Neoptólemo no le gustaban demasiado este tipo de argucias, mas al final consintió en actuar como le indicaba Odiseo, y se encaminó a solas hacia la rocosa ladera donde parecía probable que Filoctetes hubiera hallado cobijo. Allí encontró al pobre miserable, con una maraña de pelos cubriéndole la cabeza y el rostro, viviendo en una caverna con dos entradas para evitar ser acorralado, y manteniéndose a duras penas de lo que conseguía cazar con su

arco, arma esta que jamás dejaba su mano, ya fuera durante la vigilia o el sueño.

Fue fácil ganarse la amistad del pobre desterrado, que muy pronto trataba a Neoptólemo como a un hijo. Y Neoptólemo se sentía cada vez más culpable por el papel que le habían asignado.

Al cabo llegó uno de los marineros, simulando ser un mercader recién llegado de Troya, advirtiendo a Filoctetes del peligro que corría.

—Diomedes y Odiseo están de camino —exclamó agitado—. Han jurado llevarte consigo a la fuerza —estas palabras disiparon las dudas de Filoctetes.

—¡Iré contigo, hijo de Aquiles! —exclamó—. ¡Sácame de aquí antes de que venga Odiseo! —De camino a la playa, Filoctetes se desplomó en el suelo presa de un terrible espasmo del dolor de la vieja mordedura.

—¡Sujétame el arco y las flechas! —farfulló—. Y apréstate a disparar si aparece Odiseo antes de que pase esta agonía.



Mira bien la confianza que en ti deposito: nadie más ha tenido en la mano el arco de Heracles, salvo mi padre Peante y yo mismo.

Entonces Filoctetes se retorció de dolor en el suelo y al poco se desmayó extenuado.

Cuando despertó, fue para encontrase a Odiseo en pie sobre él, y entonces supo que había sido engañado. Consumido de amargura y de tristeza cojeó hasta su cueva para recoger sus pocas posesiones, mientras Odiseo bajaba al barco en busca de refuerzos.

Pero cuando volvió su sorpresa fue grande al comprobar que Neoptólemo había sucumbido a su sentido natural del honor y de la decencia.

—Filoctetes —le dijo—, no te puedo engañar de esta manera. Aquí tienes el arco y las flechas. Te suplico que no las utilices contra ninguno de nosotros, ni siquiera contra Odiseo. Lo que ha hecho es por el bien de nuestra empresa en Troya.

Odiseo, que regresaba en ese momento, confesó con franqueza toda la estratagema y rogó a Filoctetes que los acompañara a Troya por voluntad propia… para ser recibido allí con todos los honores.

—Actué mal —reconoció Odiseo—. Primero, cuando te dejé aquí abandonado por orden de Agamenón, y ahora cuando intenté capturarte mediante engaños.

Filoctetes estaba tan profundamente conmovido que no hizo amago de disparar contra Odiseo, como fácilmente podría haber hecho, pero siguió negándose a acompañarlos a Troya. Neoptólemo estaba dispuesto a cumplir su promesa y llevarlo en su nave a Grecia, ante lo cual Odiseo dijo con voz apesadumbrada:

—Entonces debo retornar junto a los nuestros habiendo fracasado en mi empresa. Troya no caerá a menos que os contemos a los dos en el ejército aqueo.

De repente, antes de que Odiseo hubiera terminado de hablar, Heracles, ahora un Inmortal que habitaba en los dorados palacios del Olimpo, bajó hasta Lemnos.

—¡Filoctetes! —le amonestó con voz potente—, escucha mis palabras. Soy yo, Heracles, venido de mi alto sitial para comunicarte la voluntad de Zeus. No debes volver aún a Grecia, sino correr a Troya junto al hijo de Aquiles. Allí serás curado de tu mal y ganarás tanta gloria como el más renombrado de los héroes. Pues ahora tú eres el campeón elegido de esa gran hueste. Busca a Paris, causa de toda esta aflicción, y abátelo con esas flechas que en otro tiempo fueron mías. Con ellas destruí Troya en una ocasión, y ahora por segunda vez Troya debe claudicar ante ellas.

—Es la voz que tanto he ansiado oír —murmuró emocionado Filoctetes —. El rostro que una vez conocí, aunque ahora divino. Ciertamente, no desobedeceré.

—Tampoco yo —apuntilló Neoptólemo.

—¡Apresuraos pues! —les exhortó Heracles—. ¡El viento es favorable y Troya está ya madura!

Entonces Heracles volvió al Olimpo donde moran los Inmortales. Pero Filoctetes, Neoptólemo y Odiseo se estrecharon la mano en señal de amistad y zarparon hacia Troya. Allí Macaón, hijo del Médico Inmortal, Asclepio, aguardaba para sanar con diez años de retraso la mordedura de la serpiente, de forma que Filoctetes pudiera recobrar su lugar entre los reyes guerreros de Grecia.

9. EL ROBO DE LA FORTUNA DE TROYA

> El fuerte hijo de Tideo junto a Odiseo se disponía la gran muralla a escalar… y a llevarse a Palas la Armoniosa, con su libre consentimiento, cuya imagen era la segura defensa de Troya.
> Sin duda, pues ni siquiera un dios, sin importar su furia, arrasar podía la ciudad de Príamo mientras esa forma inmortal mantuviera allí la guardia.
>
> Quinto de Esmirna, *La caída de Troya*
> (según trad. de A. S. Way)

Paris estaba inmensamente orgulloso de sí mismo por haber matado a Aquiles; y ahora que Héctor también había muerto, a él le correspondía, sin duda, suceder a Príamo como el próximo rey de Troya.

Helena sonreía triste y abatida sentada en su recámara, añorando su hogar en la lejana Esparta; y las gotas de sangre manaban de la Piedra de Estrella, caían y se desvanecían, caían y se desvanecían… sin dejar ninguna mancha.

Un día un apuesto muchacho, poco más que un niño, vino a visitarla. Por el silencioso palacio lo condujeron hasta la estancia en penumbra donde Helena laboraba en su telar.

—Señora —dijo—, mi nombre es Corito, y traigo un mensaje sólo para vos, y también para vuestro señor, el príncipe Paris.

Entonces Helena hizo salir a sus doncellas y, con una sonrisa, tomó el rollo de corteza de árbol que Corito le ofrecía. Tras romper el hilo dorado que lo mantenía cerrado, lo desenvolvió y lo leyó, y sus ojos se abrieron de par en par y el color abandonó sus mejillas.

—¿Tu madre se llama Enone —preguntó al fin con un hilo de voz— y es la esposa de Paris, y tú eres el hijo de ambos?

—Mi madre me envía —respondió asintiendo el muchacho—. La hora ha llegado, dijo, de que venga a Troya a reclamar mis derechos como hijo primogénito y único del heredero.

Entonces como un remolino todo lo que había perdido volvió a Helena: Menelao, su hogar, Hermíone, el título de esposa fiel y legítima. ¿Y todo por qué? Por Paris, mentiroso y traidor por partida doble, que las había engañado tanto a ella como a Enone.

Se le escapó un grito ahogado y cayó al suelo desmayada, y Corito se inclinó sobre ella alarmado, lamentando su dolor y admirando su belleza.

En ese momento Paris irrumpió en la estancia. Echó un vistazo y un loco arrebato de celos se apoderó de él. Sin detenerse un instante desenvainó la espada y la hundió en Corito con la rapidez de un relámpago.

A continuación hubiera matado a Helena, tales eran su rabia y sus celos, de no haber visto el rollo; mas, tras leer lo que Enone había escrito, se percató de la enormidad que había cometido, y rompió a llorar rodando por el suelo.

Corito fue quemado en una gran pira como correspondía a su rango, y Paris guardó luto sincero por él. Helena también lloró, pero jamás volvió a dirigirle la palabra a Paris. Sentada a solas en sus aposentos contemplaba en la distancia el real de los griegos, o representaba en su telar todas las historias de aflicción que habían venido a suceder por su causa, desde el aciago día en que Paris la había arrebatado de su feliz hogar en Esparta.

Paris también sufría, y combatía de forma cada vez más temeraria, aunque rara vez había mostrado valentía desde que trajera a Helena a Troya. Y pronto llegó el día en que Filoctetes, ya curado de su herida, salió a lidiar entre los griegos portando el gran arco de Heracles.

Por última vez los troyanos salieron a pelear a la llanura y lucharon con los griegos frente a frente, y Paris los dirigía. Al verlo, Filoctetes se abrió paso entre los adversarios que se batían furiosamente hasta acercarse a Paris, quien, por su parte, también se mantenía muy alerta. Cuando advirtió que Filoctetes se encontraba al alcance de su arco, puso una flecha en la cuerda, la tensó y dejó volar la saeta. Pero Filoctetes la esquivo echándose a un lado, de forma que fue otro el griego que encontró su muerte en ella.

—¡Perro! ¡Ha llegado tu día! —le increpó Filoctetes—. Precipítate en el mundo de las sombras, y que por fin llegue a su término la destrucción que has causado.

Entonces atrajo el trenzado bramante hasta su pecho, el gran arco se combó, con la punta terrible asomando sobre la mano que sujetaba la curva madera. Con fuerza vibró el cordel cuando la silbante flecha partió en busca de su blanco, y no falló, aunque la muerte no estaba allí todavía, pues la punta no hizo sino arañar la blanca muñeca de Paris. Una vez más el vengador tensó la cuerda y una saeta emplumada partió zumbando, y esta vez sí que se fue a clavar en el costado del troyano.



Paris dio media vuelta y huyó a Troya, y la noche extendió su manto sobre la ciudad y sobre el llano. En tanto duró la oscuridad, los más diestros médicos troyanos se afanaron en vano por aliviar el pavoroso tormento de la ardiente sangre de la Hidra, mientras Paris gruñía y se retorcía sin remedio. Antes del amanecer ordenó a los hombres que lo sacaran discretamente de Troya y lo llevaran a las florestas del monte Ida; pues sabía que en todo el mundo tan sólo su abandonada esposa, la ninfa Enone, podía curarlo.

Por fin llegaron a su cueva, donde ella se afligía llorando para siempre por su amor perdido y por su hijo muerto. Allí Paris le suplicó que lo sanara:

—Mi señora —concluyó—, he pecado en mi locura, ¡mas sálvame ahora!, ¡sálvame de la muerte!

—¡Vuelve a Helena —le respondió Enone con voz gélida—, y pídele que te restañe la herida! ¡Tú acabaste con nuestro hijo y con mi corazón! Sal de aquí, tú que eres la causa de tantas desdichas, pues no sólo mi hijo, sino los hijos de las mujeres de Troya y de Grecia claman pidiendo venganza.

Entonces le dio la espalda y se sentó sin decir palabra, con la mirada perdida en la distancia.

Los porteadores se llevaron a Paris, bajando por la empinada cuesta hacia Troya, pero él había expirado mucho antes de que alcanzaran el lindero del bosque. Allí mismo levantaron una enorme pira y sobre ella depositaron su cuerpo, y prendieron las primeras llamas.

Pero mientras tanto Enone se arrepintió de su furor, recordando sólo el amor que había habido entre los dos y los años felices que habían compartido en el Ida, antes de la funesta visita de las tres Inmortales. Reuniendo sus hierbas y medicinas, corrió monte abajo hacia Troya. Mas pronto divisó un resplandor frente a ella, y de repente se topó con la pira en la que ardía el cuerpo de su amado.

Enone observó la escena un instante para luego, con un grito de angustia, saltar sobre la hoguera y abrazarse al cuerpo de Paris, estrechándolo fuertemente contra su pecho. Entonces se elevaron las llamas y la madera se hundió, y las cenizas de Paris y de Enone se fundieron en la muerte para siempre.

Ahora Helena volvía a ser libre, pero los troyanos ni siquiera pensaron en devólversela a Menelao. De hecho, dos de los hermanos de Paris empezaron a disputar sobre cuál de ellos la tomaría por esposa. Cuando Príamo se la dio a Deífobo, Héleno huyó de Troya y fue capturado por los griegos, o él se entregó a ellos libremente.

Odiseo lo llevó ante el consejo de los reyes, pues Héleno era profeta y Calcante parecía haber agotado todo su saber sobre las razones por las que Troya aún resistía.

—Ya no le debo lealtad alguna a Troya —proclamó Héleno—, y por ello os desvelaré qué es lo que falta. Debéis robar el Paladio, la Fortuna de Troya; la ciudad nunca será tomada mientras esa estatua permanezca dentro de sus murallas.

—¿La Fortuna de Troya? —preguntó Agamenón confundido.

—El Paladio —respondió Héleno—, la figura de piedra que cayó del cielo en tiempos del rey Ilio. Se dice que Atenea la moldeó en recuerdo de su compañero, Palas; y que Zeus la dejó caer en respuesta a la plegaria del rey Ilio, para mostrarle dónde debía erigir Troya. Mas ciertamente jamás será vencida la ciudad que albergue el Paladio en su interior. Desde antiguo se guardaba en secreto en un templo del monte Ida… y Troya cayó cuando Heracles la asaltó en compañía de Peleo y Telamón. Mas cuando Paris vino con Helena a Troya, mi padre, el rey Príamo, por mi consejo, hizo traer a la ciudad el Paladio desde el templo de Atenea.

Héleno no dijo más, y finalmente se decidió que un espía debería hallar la forma de introducirse en Troya y robar el Paladio.

Odiseo, el más artero de los griegos, se ofreció para esta empresa. Se vistió de harapos, hizo que lo apalearan unos soldados hasta que la sangre le corrió por el rostro y por la espalda y se cubrió por entero de inmundicias: no había un mendigo en todo el campamento griego más repulsivo que él. Con su disfraz logró que lo admitieran en Troya, simulando haber sido maltratado y expulsado por los crueles griegos.

Los troyanos lo recibieron bien, con la esperanza de obtener información sobre los planes de los aqueos, y Odiseo representó tan bien su papel que nadie sospechó nada, y todo lo que contó los troyanos lo creyeron.

Por muy pordiosero que fuese, los sitiados decidieron que este valioso aliado debía ser tratado con la mejor hospitalidad. Lo condujeron al palacio de Helena y de Deífobo para que lo bañaran, lo vistieran con ropas limpias y se ocuparan de él.

La misma Helena lo atendía, ansiosa como estaba por recibir nuevas de los griegos; y a pesar de toda la astucia de Odiseo, ella acabó por reconocerlo. Durante largo tiempo negó ser el héroe griego, pero al cabo Helena hizo los más solemnes juramentos de no traicionarlo y Odiseo confesó que ella estaba en lo cierto. Entonces Helena se echó a llorar y le reveló cuán desgraciada se sentía.

—Al morir Paris —concluyó—, el extraño hechizo de Afrodita desapareció por completo. A duras penas conseguía recordar que hubo un tiempo en que no lo había odiado, y… ¡Oh, cómo detesto a Deífobo, que es quien me tiene ahora!

—¿No puedes escapar hacia las naves? —preguntó Odiseo.

—¿Escapar? —suspiró Helena—. Lo he intentado una y otra vez. Sólo los guardias que vigilan las murallas sabrían decirte cuántas veces he tratado de huir, cuántas veces ellos o incluso Deífobo me han sorprendido con la cuerda anudada ya en torno a mi cintura, ¡hasta una vez me descubrieron cuando ya colgaba por el exterior de la muralla! Mas… ¿Cómo sería yo recibida en el campamento griego? ¿Yo que, ay de mí, soy la causa de tantas desgracias? ¿Y mi marido, Menelao? Seguro que me aborrece, aunque no fuera por mi propia voluntad que escapé con Paris aquella noche de malignos conjuros, hace ya tantos y tan largos años.

Después de esto hablaron mucho tiempo, haciendo planes para robar el Paladio y para el asalto de Troya. Pero el artero Odiseo no le contó a Helena todo lo que sabía. Aunque en su mente ya maquinaba la artimaña del Caballo

de Madera, sólo se refirió a él de forma velada, con dobles sentidos y ocultas insinuaciones, dejándola sumida en un torbellino de resquemores y dudas.

Pero esa noche Helena lo ayudó a escapar de Troya, dejándose atrapar por los vigilantes en uno de sus propios intentos y distrayendo así su atención, mientras Odiseo se descolgaba hacia Diomedes, que lo esperaba al pie de la muralla. Mas ella misma permaneció en Troya para cumplir su misión la noche del asalto definitivo.

Sin embargo los griegos no podían atacar sin haber robado antes el Paladio, por lo que una oscura noche Odiseo y Diomedes fueron a por él. Se introdujeron en Troya por un estrecho y pestilente desagüe que corría bajo un arco de grandes piedras… desagüe que aún se puede visitar en Troya hoy en día. Este túnel de techo bajo los condujo, entre inmundicias y podredumbre, al centro mismo de la ciudadela. Salía cerca del templo y aquí Téano, la sacerdotisa, esposa de Antenor, les entregó la imagen, y ellos consiguieron sacarla de la ciudad… aunque ya no pudieron volver a entrar utilizando esa vía.

Fuera de los muros, a la pálida luz de la luna, la negra magia que habitaba en el ídolo deforme empezó a actuar sobre los ladrones. Pues mientras Diomedes abría la marcha cargándolo a la espalda, una especie de delirio se apoderó de Odiseo. Sin saber lo que hacía, se retrasó unos pasos, sacó la espada y se acercó en silencio a Diomedes con la intención de acuchillarlo por la espalda. Mas quiso la fortuna que la luna apareciese de detrás de una nube en el momento en que iba a asestar su golpe, y el reflejo de la pálida luz en el bronce hirió el ojo de Diomedes, que se apartó justo a tiempo de esquivar la puñalada. El momento de enajenación fue sustituido por un inmenso horror. Odiseo dejó caer su bronce y permitió que Diomedes lo condujera delante de él como si de una vaca se tratara, guiándolo a golpes con la hoja plana de la espada.

Cuando recuperaron la cordura ni Odiseo ni Diomedes sintieron ninguna animadversión hacia el otro. Mas los griegos decidieron que la Fortuna de Troya a ellos sólo había de traerles mala suerte, por lo que la llevaron con presteza al santuario de Atenea en el monte Ida. Allí permaneció hasta la caída de Troya, tras lo cual Eneas la llevó consigo en sus peregrinajes. Supusiera o no diferencia alguna para Troya la pérdida del Paladio, fue inmediatamente después de su robo cuando Odiseo sugirió el plan del Caballo de Madera. Marchó hasta el monte Ida con Epeo, el habilidoso carpintero constructor de barcos, y con un grupo de soldados para cortar árboles y transportar la madera al campamento griego. Allí levantaron un alto

andamiaje que hurtara a las miradas troyanas sus manejos, y Epeo se puso a trabajar, empleando todos sus recursos para construir el Caballo según las indicaciones de Odiseo.

Lo primero que hizo fue montar el cuerpo hueco del caballo, tan voluminoso como el casco de una nave. Le añadió un cuello en la parte delantera, coronado con crines ribeteadas de oro. La melena colgaba por debajo de la diestramente formada cabeza, que tenía ojos de amatista roja rodeada de aguamarinas. En la boca dispuso dos hileras de puntiagudos dientes blancos, y un bocado dorado con una enjoyada brida. Y taladró sendos agujeros secretos para el aire en las oquedades de la nariz, la ancha boca y las erguidas orejas.

Entonces le puso patas al Caballo, y una flotante cola trenzada con oro y borlas colgantes. Los cascos estaban calzados con bronce y recamados con pulidas conchas de tortuga, y por debajo tenía ruedas que le permitían deslizarse con facilidad por el suelo.

Bajo la panza del Caballo había una trampilla secreta tan bien disimulada que nadie que lo observara desde fuera sospecharía siquiera de su existencia. Este portillo se abría desde dentro con un cerrojo especial que sólo Epeo sabía manipular.

Tan alto y voluminoso era el Caballo que no pasaba por ninguna de las puertas de Troya, y la secreta cavidad interior tenía el suficiente espacio para albergar a treinta guerreros con toda su panoplia.

Cuando todo estuvo dispuesto, Odiseo le suplicó a Agamenón que convocara a los reyes y príncipes del contingente griego, y él se levantó en la asamblea y dijo:

—Amigos, ya está preparada la emboscada secreta, gracias sean dadas a Atenea, mi Inmortal protectora y consejera. Arriesguémoslo todo a la ventura de esta treta, una treta que si triunfa vivirá para siempre en los labios de los hombres. Que los más audaces de los griegos me acompañen en el Caballo, pues mis planes están ya dispuestos y mi primo Sinón tiene instrucciones sobre cómo engañar a los troyanos. Tú, mi señor Agamenón, cuando estemos encerrados en el Caballo, debes esperar a que caiga la noche para levantar el campamento y derribar el muro que lo protege. Zarpa a continuación con todos los barcos, mas oculta la flota más allá de la isla de Ténedos. La siguiente noche, si todo marcha bien, Sinón encenderá un fuego en la tumba de Aquiles como señal. Venid luego todos a tierra y, en el silencio de la noche, corred hacia la ciudad. ¡Y arrasadla! Pues las puertas estarán abiertas y Helena dejará una lámpara encendida para guiaros.

Todos los griegos rompieron en vítores loando a Odiseo y la grandeza de su estratagema, y todos quisieron trepar con él al Caballo. Pero además de él mismo y de Epeo no eligió más que a otros veintiocho, entre los que se incluían Menelao y Teucro, el hermano del caído Áyax; Aias, el hijo de Oileo; Trasimedes, hijo de Néstor; Eumelo, hijo de Admeto; y los dos hijos de Teseo, llamados Demofonte y Acamante, que habían venido a Troya con Menesteo, el rey de Atenas, a rescatar a su abuela, Etra, que todavía era sierva de Helena.

Los treinta guerreros subieron por la escala hasta el Caballo, la izaron y cerraron el portillo, sobre el que se sentó Epeo. Mientras tanto Odiseo se situaba en el cuello, desde donde podía vigilar por los escondidos agujeros.

Agamenón hizo entonces derribar los muros. Recogieron el campamento y toda la hueste embarcó en las naves.

Cuando amaneció el nuevo día la llanura troyana apareció desierta, vacía excepto por el gran Caballo que se alzaba solitario en la planicie. Y en el ancho mar no había rastro de una sola vela.

10. EL CABALLO DE MADERA

> Mas Helena se paró con los ojos brillantes como la mañana junto al caballo, acariciándolo aquí y allá con mano perdida, y escuchando inmóvil, inclinando la cabeza hacia el dorado flanco, quiso percibir el aliento de los hombres detrás de la madera.
>
> Maurice Hewlett, *Helena redimida*

La mañana despertó sobre la ventosa planicie de Troya. Los troyanos dirigieron la vista hacia el real de los griegos, que durante tanto tiempo allí se había levantado, miraron… se frotaron los ojos y volvieron a mirar.

El campamento era un abandonado montón de piedras derruidas y empalizadas y tiendas calcinadas; y no se veían naves varadas en la orilla, ni en el mar.

Mientras se preguntaban por el significado de todo esto, sin atreverse apenas a dar crédito a sus ojos, volvieron los exploradores enviados por el rey Príamo.

—¡Los griegos ciertamente han partido! —exclamaron—. Del campamento no quedan sino cenizas, no hay ni hombres ni barcos a la vista. Mas en medio de las ruinas se alza un enorme Caballo de Madera como jamás se ha visto otro igual.

Entonces se abrieron de par en par las puertas de Troya, y por ellas salieron en tropel viejos y jóvenes, riendo y cantando felices de que los griegos al fin se hubieran marchado. Príamo abría la comitiva junto a la reina Hécuba y a su único hijo superviviente, Polites, y a sus hijas Casandra y Políxena. Llegaron hasta las ruinas y se detuvieron estupefactos ante el gran Caballo de Madera.

Y vieron letras inscritas en oro en el flanco del Caballo:

ΤΗΣ ΕΙΣ ΟΙΚΟΝ ΑΝΑΚΟΜΙΛΗΣ
ΕΛΛΗΝΕΖ ΑΘΗΝΑ ΧΑΡΙΣΤΗΡΙΟΝ

[Para su viaje de retorno, los griegos
dedican esta ofrenda a Atenea]

De inmediato una reñida discusión estalló entre los troyanos sobre lo que convenía hacer con el Caballo.

—Es un presente para Atenea —argüía uno de sus capitanes—. Entrémoslo en la ciudad y coloquémoslo en su templo.

—¡No, no! —intervino otro—. Lo mejor será que lo precipitemos en el mar.

La disputa era cada vez más violenta. Muchos eran los que deseaban destruirlo, pero más aún los que querían conservarlo como recuerdo de aquella guerra… y Príamo era de esta última opinión.

Entonces Laocoonte, el sacerdote, hombre de temperamento violento que ya había insultado a Poseidón, el Inmortal Señor del Mar, negándose a ofrecerle los sacrificios que le correspondían, apareció dando grandes voces:

—¡Hombres miserables! ¿Estáis locos? ¿No os dais cuenta de que son los *griegos* los que han construido este Caballo?



¿No será quizás un artero instrumento concebido por esa criatura perversa, Odiseo, para introducirse en nuestras murallas o espiar en nuestras casas? Hay algún designio oculto en todo esto, estoy seguro. ¡Os lo advierto, troyanos, no confiéis en este Caballo! ¡Sea lo que sea, desconfiad de los griegos, sobre todo cuando nos hacen regalos!

Y diciendo estas palabras Laocoonte lanzó su jabalina contra el flanco del Caballo, que devolvió el sonido de un extraño entrechocar de metales.

En ese momento los troyanos deberían haber sospechado, y tendrían que haber abierto el Caballo con sus hachas como algunos propusieron. Pero entonces fue que aparecieron varios pastores, conduciendo a empujones la figura miserable de un hombre cubierto de pies a cabeza de barro, inmundicias y costras de sangre seca, y con las manos esposadas con grilletes de bronce.

—¡Gran rey de Troya! —dijo atragantándose—. ¡Perdóname, ten piedad de mí! Soy griego, lo confieso. Pero nadie de entre los troyanos odia a los griegos tanto como yo, y si está en mi mano defender a Troya así lo haré.

—¡Habla! —le conminó Príamo secamente—. ¿Quién eres y qué nos quieres contar?

—Mi nombre es Sinón —fue su respuesta—, y soy primo de Odiseo, el más detestable y artero de los mortales. Escuchad mi relato: ¿Habéis oído todos hablar de Palamedes? Era un griego enemigo vuestro, pero sus regalos a la humanidad y sus maravillosas invenciones os beneficiaron a vosotros y a los demás hombres. Odiseo lo aborrecía, pues él fue quien puso al descubierto su fingida locura obligándole a acudir a la guerra. Llegó un momento en que, incapaz de contener su resentimiento, Odiseo, el de los mil ardides, trazó un plan por el que acusó a Palamedes de traicionar al ejército griego a vosotros, troyanos. Sin más pruebas que una carta falsificada fue condenado a morir lapidado. Lo mataron a pedradas… y sólo yo sabía que Odiseo había escrito esa carta y lo había dispuesto todo. ¡Ay de mí! Le eché en cara lo que había hecho y, desde entonces, tramaba mi desgracia.

»Llegó un momento en que los griegos desesperaron de conquistar Troya, pues les fue revelado que nunca lo conseguirían durante esta invasión. ¡Sin embargo Atenea, la Diosa Inmortal, nos hizo saber que si volvíamos a Grecia y organizábamos una nueva expedición, entonces sí que caería vuestra ciudad! Mas primero debíamos construir este caballo monstruoso como ofrenda a ella, teníamos que hacerlo tan gigantesco que en modo alguno pudiera ser arrastrado hasta el interior de la ciudad: *pues la ciudad que dé cobijo a este caballo jamás podrá ser conquistada*.

»Así fue como se fabricó el Caballo. Mas Odiseo indujo a Calcante a declarar que, igual que el ejército griego no pudo zarpar de Áulide hasta haber sacrificado a la inocente doncella Ifigenia, tampoco ahora podría abandonar Troya sin la inmolación de un noble guerrero. Y, por los pérfidos manejos de Odiseo, yo fui la víctima escogida.

»La noche pasada debía haber sido la de mi muerte, pero desesperado como estaba conseguí escapar, ocultándome entre los cienos de una nauseabunda marisma de aguas estancadas. De repente se levantó un viento favorable y los griegos aprovecharon para zarpar, aunque no sé si inmolando a algún otro en mi lugar. Lo que sí que sé, oh, noble Príamo, es que este Caballo es sagrado para Atenea y que, dado que mis compatriotas me han tratado con tanta crueldad, puedo traicionar sus secretos sin incurrir en la ira de los Inmortales. Si lo introducís en Troya, los griegos jamás conquistarán

vuestros alcázares. Al contrario, vosotros seréis los que naveguéis por el ponto para saquear la rica Micenas y la orgullosa Atenas, Argos de los muchos caballos, la ventosa Yolco y Esparta, en la fértil llanura de la cóncava Lacedemonia.

Príamo y los demás nobles troyanos se reunieron en consejo y muchos fueron los que se inclinaron por creer a Sinón, aunque algunos seguían dudando. Mientras el destino colgaba de la balanza, dos serpientes monstruosas salieron de entre las olas y se abalanzaron sobre el altar en el que Laocoonte y sus dos hijos ofrecían un sacrificio a Poseidón, Dios del Mar. Directas fueron al templo y apresaron a los dos muchachos, y entre sus mortíferos anillos empezaron a aplastarlos.

Laocoonte intentó salvar a sus hijos, mas las dos sierpes también lo atraparon a él, y en muy poco tiempo los tres yacían muertos al pie del altar de Poseidón.

Todos los troyanos prorrumpieron en gritos diciendo que Laocoonte había recibido el justo castigo de los Inmortales, ofendidos al verle arrojar su venablo contra la magnífica ofrenda hecha a Atenea. Sin más dilación, cubrieron el Caballo de guirnaldas de flores y se pusieron a tirar de él, arrastrándolo por la llanura hacia la ciudad.

Cuando llegaron a la puerta, comprobaron que el Caballo era demasiado grande para pasar por ella; mas los troyanos derribaron alegremente un paño de muralla e introdujeron el caballo en triunfo hasta el patio del templo de Atenea del que el Paladio, la Fortuna de Troya, había sido robado.

Al caer la tarde se presentó Casandra junto al Caballo y a grandes voces dijo:

—¡Llorad, troyanos, llorad! —aulló—. ¡Vuestro destino está a punto de cumplirse! ¡Veo guerreros deslizándose desde su hueco escondrijo! ¡Veo a Troya en llamas, a sus hijos masacrados y a sus hijas llevadas lejos como esclavas! ¡Llorad, troyanos, llorad, pues la locura se ha adueñado de vosotros y vuestra condenación es inminente!

Mas nadie la creía, pues seguía actuando la maldición según la cual por más que dijera la verdad nadie había de tenerla en cuenta. Al punto entró en el templo de Atenea y se arrodilló ante la estatua de la Inmortal por ella adorada.

La noche cayó y los troyanos se entregaron a la fiesta y el regocijo al ver que la Gran Guerra había acabado y que los griegos habían marchado. Al fin, agotados por el entusiasmo y las celebraciones, cayeron dormidos, dejando algunos guardianes en las murallas y en las puertas, entre los cuales había muy pocos que se mantuvieran sobrios.

Pero Afrodita no podía admitir que el pueblo de Paris estuviera a punto de ser destruido a causa de la promesa con que ella le había sobornado para conseguir la Manzana Dorada, por lo que hizo un último intento de salvar a los troyanos.

Se llegó hasta Helena que estaba en sus estancias del palacio y, una vez más, dejó caer su embrujo sobre ella, aunque fuera breve y muy ligero. Helena olvidó durante una hora cuánto odiaba a Deífobo, olvidó cómo echaba de menos con todo su corazón a Menelao y a su perdida Hermíone. Se alzó de su escabel como en un sueño y fue a buscar al esposo troyano que tanto detestaba.

—Mi amado señor —dijo con dulce voz mientras apoyaba una mano en su brazo—, ven conmigo, te lo suplico. Me gustaría contemplar ese maravilloso Caballo fabricado por los griegos, que una vez fueron mi pueblo.

Ebrio de gozo ante este repentino cambio en la actitud de Helena, Deífobo la acompañó de buena gana, y juntos entraron en el patio del templo de Atenea.

—Supon —musitó Helena como en sueños— que los reyes de Grecia, Menelao y Agamenón, Odiseo y Diomedes y los demás…, supon que estuvieran todos escondidos dentro de este Caballo.

—Si eso es lo que crees —replicó Deífobo—, debemos romperlo y comprobarlo de inmediato.

—No —murmuró Helena—. Se me ocurre algo mejor. Si están en su interior, yo los haré salir.

Durante toda su vida Helena había tenido el don de la imitación: podía asumir la voz de cualquier persona con tal perfección que nadie que la oyera podría distinguirla de la original.

Así pues, dando vueltas en torno al Caballo, fue llamando suavemente a los paladines griegos, usando en primer lugar su propia voz:

—¡Menelao, Menelao! Ven a mí, mi señor y mi amor —y llamó a Agamenón con la voz de su hermana Clitemnestra, y a Odiseo con la de su prima Penélope. A Diomedes le llamó con los mismísimos tonos de su esposa Egialea, y a cada uno de los griegos con los timbres de su ser más querido.

Dentro del caballo, los héroes temblaban de emoción; tan sólo Neoptólemo se mostraba tranquilo, sujetando con fuerza su espada y mirando salvajemente frente a él. Mas cuando escucharon a sus esposas llamándolos por su nombre, con las voces que no habían oído en diez largos y difíciles años, las lágrimas corrieron por sus mejillas y solamente mediante un gran esfuerzo evitaron contestar.

Tan sólo Anticlo, el más joven de los guerreros del Caballo, fue incapaz de contenerse. Al oír el lamento de su amada Laodamía, se abalanzó hacia la trampilla y abrió la boca para replicar. Mas el vigilante Odiseo lo agarró a tiempo, sujetándolo decididamente entre sus brazos y tapándole la boca con firmeza.



Pero Anticlo parecía haber perdido el juicio en su deseo de responder y escapar del Caballo, por lo que Odiseo, aterrorizado ante la posibilidad de que emitiera algún sonido que los delatara, apretó más y más su abrazo y, sin proponérselo, acabó por asfixiar a Anticlo, que pereció así en el Caballo. Sus camaradas lloraron por él en silencio y envolvieron su cuerpo en una capa.

—No hay nadie en el Caballo —exclamó por fin Deífobo—. Vayamos al lecho, Helena, estoy cansado y deseo dormir.

Juntos volvieron al aposento de Helena en una alta torre que dominaba la planicie de Troya, y Deífobo se echó a dormir… por última vez. Cuando el sueño se apoderó de él, el hechizo de Afrodita dejó de surtir efecto sobre

Helena, que se sintió abrumada de vergüenza y desprecio por lo que había hecho. Toda la noche permaneció sentada junto a la ventana con una lámpara encendida a su vera para que los griegos pudieran orientarse en la oscuridad, y con los brazos extendidos permaneció, como si así pudiera atraer a Menelao. Y como siempre, de la Piedra de Estrella que lucía en el pecho manaban rojas gotas que caían sobre sus albos vestidos, caían y se desvanecían, caían y se desvanecían… sin dejar mancha alguna.

A su espalda un gran silencio se extendía sobre la condenada ciudad de Troya. Ni el más mínimo rumor de canto o de celebración rompía la quietud de la madrugada, ni siquiera el ladrido de un perro. Reinaba una calma profunda como si la Noche misma contuviera el aliento, aguardando el repentino estruendo de la guerra y la muerte.

A través de las tinieblas la flota griega navegó de vuelta a las playas, pues sobre el túmulo que señalaba la tumba de Aquiles ardía una gran hoguera, encendida por Sinón. Y en la ventana de Helena brillaba una luz, de forma que los griegos se fueron acercando inexorablemente a Troya, sigilosos y decididos, deslizándose a través de la noche, antes de que asomara la luna.

Y cuando los primeros rayos plateados resbalaron furtivos por encima de la oscura masa del monte Ida, Odiseo dio la orden y Epeo descorrió el cerrojo y abrió la trampilla del vientre del Caballo de Madera. Enardecido por la espera, Equión saltó antes de que estuviera dispuesta la escala, y murió al estrellarse contra el suelo. Pero los demás héroes bajaron cautelosos, se escurrieron por las calles desiertas, acuchillaron a los adormilados centinelas que hacían la guardia y abrieron las puertas de Troya a Agamenón y a las huestes de Grecia.

11. LA CAÍDA DE TROYA

Ven, Helena, ven, devuélveme por fin el alma.
Aquí habito, pues mi cielo está en esos labios,
y fuera de Helena todo es nada…
¡Oh, eres más bella que la brisa nocturna
ataviada con el fulgor de un millar de estrellas!

Marlowe, *Dr. Fausto*

La tormenta de la guerra estalló sin avisar sobre la condenada ciudad de Troya. De repente los griegos estaban por todas partes, matando a los troyanos mientras dormían, matándolos mientras trataban de despertar, matándolos en pequeños grupos… los pocos que saltaron del lecho a tiempo de empuñar las armas.

Ancianos, mujeres y niños perecieron en esa noche espantosa, pues los diez años de furia de los griegos les negaron la piedad durante esas horas de oscuridad.

Príamo halló la muerte en el umbral de su propio palacio. Cuando cundió la alarma, él se hubiera puesto la armadura y habría salido a luchar, pero Hécuba le persuadió a que se quedara con ella junto al altar de Zeus, en el patio del palacio.

Mas al punto su hijo Polites entró tambaleándose en el recinto, malherido y perseguido por Neoptólemo, que estaba enloquecido por el frenesí de la matanza. Justo ante los ojos de sus padres le atravesó de parte a parte con su pica, y el muchacho cayó muerto en las gradas del altar, delante de sus progenitores.

Entonces el anciano Príamo se puso en pie de un salto:

—¡Ah, qué vileza! —exclamó indignado—. ¡Matar a un hijo en presencia de sus padres! Aquiles jamás hubiera hecho algo semejante. ¡Él era compasivo! ¡Me entregó el cuerpo de Héctor cuando se lo supliqué, al acordarse de su propio padre! ¡Ciertamente tú no te puedes llamar auténtico hijo suyo!

Y diciendo estas palabras arrojó su lanza contra Neoptólemo. Pero el brazo del viejo rey había perdido su vigor y el arma rebotó inofensiva en el suelo de piedra.

—Bien cierto es —le replicó Neoptólemo con una risa torva— que, si te parece que soy mucho peor que mi padre, lo mejor será que corras al reino de los muertos a contárselo.

Y agarrando a Príamo por el cabello, lo arrastró hasta las puertas del palacio y le cortó la cabeza.

Mas no toda clemencia se olvidó aquella noche atroz. Odiseo vio a uno de los hijos de Antenor atacado por dos griegos, y lo protegió y lo ayudó a llegar a su casa. Pues recordaba la hospitalidad con que Antenor los había acogido a él y a Menelao cuando habían sido enviados a Troya a pedir la devolución de Helena, y cómo Antenor les había salvado la vida cuando el traicionero Paris intentó convencer a los troyanos de que los asesinaran.

Odiseo colgó una piel de leopardo de una ventana, como señal de que los de esa casa debían ser respetados. Por la mañana se ocupó de que Antenor y su esposa, Téano, que fue quien les había entregado el Paladio, pudieran escapar con sus hijos, sus criados y un asno cargado con sus más preciadas posesiones.

Otro príncipe troyano al que se le permitió escapar fue el piadoso Eneas. El rey Agamenón lo vio caminando por las calles cargando a la espalda a su padre, Anquises, y las imágenes sagradas de sus dioses domésticos, y llevando de la mano a su hijo Ascanio, mientras Creúsa, su esposa, los iba siguiendo. Conmovido por esta imagen de devoción familiar, Agamenón ordenó que se les perdonara la vida. Eneas llegó ileso con su hijo y con su preciosa carga hasta la falda del monte Ida, mas en el tumulto de la espantosa carnicería perdió a Creúsa y nunca más volvió a verla.

Los dos hijos de Teseo, Acamante y Demofonte, no descargaron más golpes que los necesarios para defenderse de los ataques aislados de algún troyano. No tenían otro objetivo que buscar a su abuela, Etra, que servía de criada a Helena desde que Cástor y Pólux tomaran al asalto Afidna para rescatar a su hermana, que Teseo había raptado y llevado allí siendo niña. Cuando por fin hallaron a Etra, anciana ya aunque tan bella y majestuosa como siempre, la condujeron fuera de Troya y la llevaron a las naves con toda la consideración debida a una reina, y no reclamaron ningún otro botín o despojo por los servicios prestados durante la guerra.

Mientras sucedían todas estas cosas Menelao buscaba a Helena por la ciudad. Por fin Odiseo lo guió hasta la morada de Deífobo. Allí entró Menelao espada en mano, con la furia de los celos desatada en su corazón; mas Odiseo permaneció en la puerta y la defendió sosteniendo su combate más feroz y desesperado de toda la guerra.

Hasta la estancia de Helena subió Menelao para encontrar allí a Deífobo, abotargado por el sueño y la bebida. Mantuvieron una lucha breve y salvaje que terminó cuando Menelao de un mandoble le arrancó la espada de las manos al príncipe troyano, dejándolo a su merced.

—¡Perro! —siseó triunfante—. Nunca volverás a ver amanecer sobre Troya, pues la justicia siempre triunfa, por lentos que sean sus pasos, y nadie puede eludir a la inexorable Temis. Ahora la negra parca te tiene atrapado, aquí en la cámara de mi esposa ¡Sólo lamento no haber podido castigar a Paris de igual manera!

Con estas palabras clavó su espada en el malvado corazón de Deífobo, que cayó muerto allí sobre la cama y cuyo espíritu siniestro voló hasta la sala del juicio de Hades.

Helena salió en ese momento de entre las sombras y se arrodilló ante Menelao, mientras el amor pugnaba con el miedo en sus maravillosos ojos. Menelao levantó la ensangrentada espada y sintió que una ira terrible se adueñaba de él al pensar en todo lo que había sufrido por culpa de esta mujer, y en todo el mal que ella había traído a Grecia y a Troya.

Sin embargo, la espada le resbaló de la mano en un instante pues, al contemplar esa belleza que sobrepasaba la de cualquier otra mujer mortal, la rabia y los celos abandonaron su corazón. Ella seguía arrodillada ante él, y la mágica Piedra de Estrella subía y bajaba al compás de su agitado pecho, mientras que las gotas rojas caían y se desvanecían, caían y se desvanecían… sin dejar mancha alguna. Y súbitamente Menelao supo que tampoco había mancha en Helena y que su amor sólo había sido interrumpido por los hechizos de Afrodita. Interrumpido, mas no roto.

—Helena —murmuró, y en un momento estrechaba el Deseo del Mundo entre sus brazos, y la amargura de los largos años de separación se disolvió entre ellos y fue olvidada.



La fría mañana se asomó sobre la infortunada ciudad, y todavía los griegos seguían matando y matando, hasta que las calles y las casas estuvieron llenas de pilas de cadáveres. Por las puertas sacaron a las mujeres cautivas, como rebaños que colocaron entre los montones de despojos. El cruel Neoptólemo tomó a Andrómaca por botín y precipitó a Astianacte, el hijo de Héctor, desde lo alto de las murallas de Troya.

—Es un necio el que mata al padre y deja al hijo con vida —fue su brutal excusa—. Si el niño hubiera llegado a hombre quizá hubiera intentado acabar conmigo, pues mi padre acabó con el suyo. ¡Y no queremos más reyes de Troya!

Aias, el salvaje hijo de Oileo, intentó apoderarse de Casandra como su trofeo de los cautivos más nobles, mas ella se aferró a la estatua de Atenea y le suplicó al guerrero que no se la llevara, pues había hecho votos de servir únicamente a los dioses del Olimpo. Pero Aias le contestó que no había dios ni hombre a quien él temiera y, sin más miramientos, la sacó de allí a rastras.

Entonces el santuario entero tembló sacudido por un terremoto, y la estatua misma levantó los ojos horrorizados. Cuando Agamenón lo supo, decretó que Aias fuera expulsado del campamento griego bajo amenaza de

ejecución, pues su afrenta podría atraer contra todos ellos la ira de Atenea. Y sin embargo Agamenón pensó que, puesto que el incidente ya no tenía remedio, era una pena perder una cautiva tan hermosa y de tan alto linaje, por lo que se quedó con Casandra para que le sirviera.

Aias zarpó en su nave consumido por la ira, maldiciendo a Agamenón y desafiando a todos los Inmortales, sobre todo a Atenea. Mas Poseidón hizo zozobrar su barco y las olas lo lanzaron contra una roca que se alzaba solitaria en medio del mar, roca sobre la que se puso a salvo de la furia del océano. Era su última oportunidad, pero su soberbia seguía intacta y apostrofó a los Inmortales aullando:

—¡No sois dioses! ¡Ni siquiera podéis ahogar al hombre que os ha insultado!

Un rayo rasgó ominoso las tormentosas nubes, mas en su locura Aias volvió a bramar:

—¿Crees que me vas a asustar con tus truenos? ¡Relámpago, yo te reto! —ante estas palabras Zeus decidió zanjar él mismo esta cuestión y lanzó una centella que rajó la peña y precipitó a Aias hacia su destino inexorable.

Cuando Troya hubo sido totalmente saqueada y las cautivas conducidas hasta la playa, los griegos prendieron fuego a la ciudad. Las altas torres ardieron y las casas fueron reducidas a cenizas. Los edificios se hundían devorados por las llamas y en su caída arrastraban los lienzos de la otrora orgullosa muralla. Los griegos completaron la destrucción de forma tan minuciosa que sólo quedaron escombros amontonados entre los cimientos, en medio de los cuales vinieron a crecer las hierbas. Tres mil años más tarde los restos de Troya fueron excavados, y hoy se yerguen sobre la llanura como testigos taciturnos y misteriosos de la verdad básica que el ciego Homero había de tejer en el primero y más grande de los relatos épicos.

Los griegos bajaron hasta sus barcos y por un tiempo permanecieron acampados cerca de la tumba de Aquiles, en la desembocadura del río Escamandro. Algunos incluso cruzaron el Helesponto hasta el extremo oriental de Europa, pues los vientos soplaban con fuerza desde el mar Egeo impidiendo la navegación hacia el sur o el oeste.

Cuando Menelao llevó a Helena hasta los barcos, los soldados pidieron a gritos su muerte y cogieron piedras del suelo para lapidarla. Mas cuando contemplaban su belleza sin parangón las piedras se les caían de las manos y quedaban suspensos, como si les hubiera sido dado admirar a una Inmortal, y ya no sentían otro deseo que el de honrarla.

Pasaban las jornadas y los vientos soplaban contrarios, hasta que Calcante declaró que, al igual que cuando partieron de Áulide, debían propiciar a los dioses sacrificando una doncella de noble estirpe.

Esa misma noche Neoptólemo soñó que su padre Aquiles se levantaba de la tumba blandiendo su atroz lanza y gritando:

—¡Que el oprobio caiga sobre vosotros, griegos! ¡Todos tenéis vuestra parte de los despojos de la arrasada Troya, todos menos yo! ¡Dadme lo que me pertenece por derecho, la más hermosa de las doncellas de linaje real, Políxena, la hija de Príamo! ¡Si me la negáis, nunca regresaréis sanos y salvos a la hermosa Hélade!

Cuando Neoptólemo contó su sueño en la asamblea, todas las dudas se desvanecieron, y los soldados exigieron el sacrificio. Políxena, recordaron, fue amada por Aquiles mientras vivió, pues la había visto inclinarse sobre las almenas para dejar caer sus braceletes en la balanza durante el rescate del cadáver de Héctor. Incluso se dijo que había habido un matrimonio secreto, del que los troyanos se aprovecharon sugiriendo que Aquiles se había ofrecido a traicionar a los griegos a cambio de que Príamo le otorgara la mano de Políxena.

Ciertamente los griegos creyeron que Aquiles había demandado que Políxena fuera su esposa en los Campos Elíseos, y Neoptólemo la inmoló sobre la tumba de su padre a pesar de las súplicas desesperadas de su atormentada madre, Hécuba.

La anciana reina de Troya fue liberada de su cautiverio tras la muerte de su hija, y fue entregada a su hijo, Héleno, que se la llevó mientras no dejaba de maldecir entre alaridos a los griegos. Cuenta la historia que tan pronto como desembarcaron en la otra orilla del Helesponto, Hécuba se convirtió en un enorme perro negro, un animal semejante a los que aúllan de noche entre las tumbas o a los que corren en la jauría de Hécate, Reina de las Brujas.

Además de a Héleno, los griegos consintieron a Antenor partir con su familia, criados y posesiones. Este honesto troyano se abrió camino hasta la parte alta del mar Adriático y fundó una nueva Troya, que con el tiempo sería llamada Venecia. Uno de sus hijos viajó a la tierra que un día habría de llamarse Francia, y la familia real francesa hace remontar hasta él su ascendencia.

Los otros pocos troyanos que consiguieron escapar de la aniquilación de la ciudad huyeron al monte Ida y se unieron a Eneas, que se había ocultado allí. Cuando los griegos hubieron zarpado, cosa que no pudieron hacer hasta

después del sacrificio de Políxena, Eneas y sus compañeros talaron árboles, construyeron grandes naves y partieron en busca de un nuevo hogar.

Al principio de su vagar llegaron a una isla en la que vieron pastando buen ganado, sin que hubiera señal de vaquero que lo cuidara. Mataron varias reses, las asaron y se dispusieron a disfrutar de una buena comida. Mas apenas habían empezado a comer, cuando las Arpías —las mismas mujeres aladas de afiladas garras que se habían encontrado los argonautas y que Zetes y Calais habían expulsado de la tierra del rey Fineo— se abalanzaron desde el aire sobre ellos y les arrebataron la pitanza. Tres veces intentaron comer y las tres veces se lo impidieron aquellos seres inmundos. Por fin una de las Arpías se encaramó a una roca y les graznó:

—¡Troyanos que matáis nuestro ganado y tratáis de expulsarnos de nuestra propia isla!, ¡escuchadme! Zarpad sin demora y al cabo llegaréis al hogar que Afrodita os tiene reservado, en una tierra lejana llamada Italia. Mas os advierto de que, antes de que levantéis las murallas de vuestra nueva ciudad, pasaréis tanta hambre que acabaréis devorando las mismísimas mesas sobre las que disponéis vuestra comida.

Al oír estas palabras los troyanos se hicieron a la mar apesadumbrados y muchas aventuras corrieron durante su vagar. El anciano Anquises murió y fue enterrado en Sicilia. Después Hera desató la furia de los vientos de forma que varios barcos zozobraron, siendo llevado el resto al norte de Africa, a la recién construida ciudad de Cartago. Allí reinaba la fenicia llamada Elisa por los griegos y Dido por los troyanos.

Ella y sus fenicios habían partido unos cuantos años antes de la costa de Asia, muy al sur de donde estuvo Troya, y habían arribado al norte de Africa donde exigieron un lugar para levantar su ciudad. El rey de aquel país no los quería allí, aunque dijo: «¡Podéis quedaros con tanta tierra como abarque la piel de un solo buey!».

Dido no se arredró y cortó el pellejo de un buey en tiras tan finas que consiguieron incluir todo el terreno que necesitaban, y Cartago fue construida en ese solar.

Tras descansar durante una temporada, Eneas sintió la urgencia de zarpar de nuevo, mas Dido se había enamorado de él y deseaba casarse y que gobernaran juntos su reino.

Sin embargo Eneas se escabulló con todos sus barcos en la oscuridad de la noche y Dido, cuando descubrió que había sido engañada y abandonaba, se suicidó. Eneas siguió felizmente su viaje y por fin arribó a Italia, a un lugar llamado Cumas, donde habitaba una famosa mujer oráculo conocida como la

Sibila. Ella le vaticinó que se hallaba cerca del lugar donde debía construir su ciudad, y que esa urbe en el futuro llegaría a dominar el mundo con el nombre de Roma.

Esta profecía colmó de gozo el corazón de Eneas, que al poco llegó a un gran río de aguas amarillas llamado Tíber. Remontó su curso y por fin echó el ancla frente a un apacible bosque.

Saltaron a tierra y recogieron los frutos de los árboles. Como habían perdido sus ajuares y vajillas durante el viaje, mezclaron harina y agua para confeccionar platos y mesas. Tras acabar con las frutas, todavía tenían hambre, y empezaron a comerse la propia mesa, ante lo cual el joven Ascanio exclamó entre risas:

—¡Cómo puede ser! ¿Estamos tan famélicos que hasta nos comemos nuestros propios platos?

Al escuchar esto Eneas comprendió que habían llegado al lugar que les estaba destinado. Muchos avatares se produjeron antes de erigir la ciudad, mas al final todo acabó bien y el troyano se casó con Lavinia, la única hija del rey Latino, que gobernaba aquellas tierras.

Sus descendientes se convirtieron en reyes de Roma y años más tarde en emperadores del Imperio Romano. Hay quien mantiene que un nieto de Eneas llamado Bruto viajó hasta la isla de Albión, en el noroeste, y llegó a ser su rey. La isla fue renombrada en su honor y desde entonces se la conoce como Bretaña, y de sus reyes y reinas se dice que son de su linaje.

Mas Troya nunca volvió a ser poderosa. Diversas poblaciones de pequeño tamaño fueron surgiendo sobre sus ruinas, pero pronto fueron destruidas y cayeron en el olvido, su gloria consumida hace tres mil años… para vivir eternamente en cantares y leyendas, y para excitar nuestra imaginación hasta nuestros días.

12. AGAMENÓN Y SUS HIJOS

> Todavía no a la oscura Casandra humillada
> los hados dan respiro en la rica Micenas.
> Los huesos de Agamenón están desenterrados
> y arruinado está su panteón real.
>
> Andrew Lang, *Soneto de la Iliada*

Tras el sacrificio de Políxena el viento amainó y los griegos pudieron zarpar; mas sus aventuras en absoluto habían acabado. Diomedes, Néstor y Agamenón fueron los únicos caudillos que arribaron sin contratiempos a casa… aunque de ellos sólo Néstor encontró su reino ordenado y pacífico, y fue capaz de ocupar tranquilamente su trono para disfrutar su vejez.

Diomedes naufragó durante la singladura, pero no sufrió un retraso excesivo. No obstante, cuando llegó a Argos se encontró con que su mujer se había vuelto a casar y que sus súbditos estaban bastante contentos con su nuevo señor, por lo que no se alegraron de volver a verlos, ni a él ni a sus compañeros. Decepcionado se hizo nuevamente a la mar y al cabo llegó a Italia, donde se estableció y vivió muchos años, muy honrado por sus nuevos compatriotas.

Agamenón no tuvo tanta fortuna. Desde el sacrificio de Ifigenia en Áulide el rencor de Clitemnestra no había hecho sino crecer. Finalmente decidió que el Atrida había perdido todo derecho a ser su marido, y contrajo nuevo matrimonio con su primo, Egisto.

Se lo ocultó a Agamenón, y un vigía oteaba de continuo el mar desde el tejado de su palacio en Micenas por si llegaba cualquier señal de que Troya hubiera caído, aviso que llegó un día mediante un sistema de hogueras situadas en los picos de las montañas.

Cuando llegaron las nuevas del saqueo de Troya, Clitemnestra se apresuró a mandar a su hijo, el joven Orestes, con su tío el rey Estrofio, haciendo desaparecer también a sus dos hijas, Electra y Crisótemis. En cuanto a Egisto, permaneció escondido en el palacio mientras Clitemnestra salía a recibir a Agamenón como si realmente estuviera gozosa de su vuelta a casa.

Agamenón subió exultante de orgullo la escalera de su palacio, al que accedió por una alfombra púrpura como correspondía al Conquistador de Troya. Con él traía grandes tesoros y muchos cautivos troyanos, de los cuales

la principal era Casandra, la misteriosa y sombría hija del rey Príamo, que podía vaticinar el futuro pero cuyas profecías nunca eran atendidas.

Casandra se detuvo en medio de la amplia terraza que dominaba la gran llanura de Argos, y a grandes voces anunció que presentía la muerte agazapada en el palacio: muerte para Agamenón y muerte para sí misma.

A continuación, con la cabeza bien alta, entró en el palacio a enfrentarse con su destino, plena de nobleza y coraje, como correspondía a una princesa de Troya. Y allí la cruel Clitemnestra había de acabar con ella.



Mas antes la reina de Micenas, simulando aún recibir con entusiasmo a Agamenón, lo condujo hasta el baño de suelo de mármol y lo lavó con sus propias manos, urgiéndole a no llegar tarde a la fiesta que habían preparado en su honor.

Rebosante de satisfacción por aquel majestuoso recibimiento tras sus portentosas hazañas, Agamenón se incorporó en la bañera y cogió la camisa de finos encajes que Clitemnestra había bordado para él. Ella misma se la pasó por la cabeza y sus pliegues cayeron en torno a su cuerpo, y en su interior quedó atrapado, pues su esposa había cerrado con hilo el cuello y las mangas.

Mientras Agamenón forcejeaba dentro de esta trampa de seda, ella lo atacó con un hacha de guerra, y Egisto salió de su escondrijo y la ayudó a rematar al Rey de Hombres. Cuando Agamenón por fin yació sin vida en el suelo, Clitemnestra agarró otra vez el hacha y fue a recibir a Casandra, pues a pesar del aborrecimiento que sentía por Agamenón todavía podía sentir el mordisco de los celos.

Con Agamenón muerto y enterrado, Clitemnestra y Egisto gobernaron Micenas sin ningún impedimento. Él deseaba hacer matar a Orestes, pero Clitemnestra no era tan perversa y se negó a revelar el paradero del joven príncipe. A la hija menor, Crisótemis, no parecía importarle lo ocurrido; pero la mayor, Electra, detestaba a Egisto y no conseguía perdonar a su madre. Clitemnestra tampoco consentía que su hija fuera asesinada, mas, temerosa de que tomara por esposo a un príncipe al que pudiera persuadir a que los castigara a ella y a Egisto, se la entregó a un humilde campesino que vivía en una cabaña no lejos de la ciudad de Micenas.

Sin embargo este buen hombre sentía que un matrimonio así era un insulto para la hija de un rey tan grande.

—Princesa —le propuso a Electra—, simulemos obedecer las inicuas órdenes de la reina Clitemnestra: mas sólo tiene que ser un matrimonio fingido… así, cuando venga algún animoso príncipe en vuestro auxilio, aún podréis casaros con él, si ese es vuestro deseo.

Durante siete años las cosas siguieron así dispuestas. Egisto reinaba en Micenas, aunque bajo la influencia de la enérgica voluntad de Clitemnestra. A menudo se vanagloriaba de no temer a la cólera de Orestes, pero en realidad vivía en terror constante de que éste regresara para matarlo. Ese era el más preciado anhelo de Electra, que no perdía oportunidad de enviar mensajes a su hermano para recordarle que la muerte de su padre seguía sin venganza.

Orestes mientras tanto crecía en la corte de su tío, y su querido amigo Pílades, hijo del rey Estrofio, juró asistirle en cualquier empresa que acometiera.

Por fin Egisto llegó a estar tan furioso con Electra por sus sarcasmos y amenazas constantes que declaró su intención de enviarla a una lejana ciudad, donde pensaba encerrarla en un profundo calabozo. Ella pidió ayuda a Orestes, que supo de inmediato que había llegado la hora de actuar.

Primero visitó Delfos para consultar el oráculo de Apolo, pues se encontraba ante un grave dilema. Según las creencias griegas era su deber vengar el asesinato de su padre matando al asesino, lo cual estaba muy bien en lo que a Egisto se refería; pero matar a su madre era el peor de los

crímenes, y sabía muy bien que, si lo cometía, las Furias le habían de perseguir sin darle tregua hasta hacerle enloquecer.

Aún así, Apolo, hablando por boca de su sacerdotisa en Delfos, le ordenó proceder sin atender ningún escrúpulo, pues aunque padecería grandes penalidades, al final todo se arreglaría como era debido.

En consecuencia Orestes partió hacia Micenas disfrazado, acompañado por Pílades. Cuando llegó a casa de Electra, ésta saltaba de gozo por volverlo a ver.

—Que Pílades vaya a palacio portando la noticia de la muerte de Orestes —sugirió Electra—. Entonces Egisto se confiará y así tendrás ocasión de matarlo. En cuanto a nuestra madre, le enviaré recado de que estoy enferma con lo que ella ciertamente vendrá a visitarme; todo lo que tienes que hacer es esperarla aquí en la cabaña.

Todo resultó cómo habían previsto. Orestes y Pílades fueron a llevar la falsa nueva a Egisto, que se puso tan contento que invitó a los dos a acompañarle a ofrecer un gran sacrificio de agradecimiento a los Inmortales. Durante la ceremonia Orestes acabó con él y, revelando su verdadera identidad, de inmediato fue perdonado por los ciudadanos de Micenas, que se mostraron muy complacidos de haberse librado del tirano y de tener al hijo de Agamenón como rey.

Mas cuando Orestes, impelido a ello por Electra, mató también a Clitemnestra, los micénicos no estuvieron tan dispuestos a perdonarlo. De hecho ya se preparaban para lapidarlo cuando, súbitamente, la locura se apoderó de él y las Furias subieron desde el reino de Hades para embrujarlo y atormentarlo, sin importar donde fuera tratando de escapar, hasta que muriera.

Mientras el fiel de la balanza seguía vacilando, el viejo rey Tindáreo de Esparta, el padre de Clitemnestra, se presentó en Micenas trayendo consigo a su nieta, Hermíone, que había sido prometida en matrimonio a Orestes. Tindáreo vino porque le había llegado noticia de que Menelao y Helena, tras vagar mucho tiempo, habían sido avistados cerca del cabo Maleas. Mas cuando supo lo que Orestes había hecho, urgió a los habitantes de Micenas a que lo apedrearan sin más dilación.

Desesperada Electra capturó a Hermíone, subió con ella a la terraza más alta del palacio y, cuando los ciudadanos de Micenas llegaron con Tindáreo a la cabeza, los amenazó:

—¡Tengo aquí a la princesa de Esparta, y la mataré ante vuestros propios ojos si no dejáis marchar a Orestes!

En ese momento crucial, el Inmortal Apolo se les apareció y dijo a los ciudadanos de Micenas que Orestes había actuado por orden suya.

—Orestes debe errar desterrado durante un año —concluyó Apolo—, y al final de ese tiempo irá a Atenas para ser juzgado. Mas cuando todo se haya consumado, regresará para ser vuestro rey y se casará con Hermíone.

Todo sucedió como Apolo había predicho. Orestes vagó sin rumbo durante un año, perseguido por las Furias y acompañado por su fiel Pílades. Visitó muchos sitios durante ese año de exilio, pues las Furias siempre acababan por abrumarlo obligándolo a seguir hacia delante, siempre hacia delante.

Doce meses después, Orestes se dirigió a Atenas, y allí la gran asamblea del Areópago se reunió en la Colina de Ares para ver su caso. Erígone, hija de Egísto y de Clitemnestra, viajó desde Micenas para pedir que Orestes fuera castigado, mas los doce jueces estaban divididos a partes iguales. Entonces Atenea, la Inmortal Señora de Atenas, apareció sobre la Colina de Ares y le habló al Areópago:

—¡Hombres poderosos y justos de Atenas, escuchad mi designio! Por muchos años se reunirá este tribunal, y para siempre será famoso por la justicia y la ecuanimidad de sus fallos. Y cuando, como ahora, el veredicto esté igualmente repartido entre las dos partes, el voto de desempate me pertenece, y ese será el voto de la clemencia. Orestes queda en libertad, perdonado y exonerado, y así sucederá con todos los que, después de él, sean juzgados por este tribunal produciéndose un empate en el jurado.

Orestes fue pues liberado, declarado purificado de manchas de sangre y a salvo de las Furias. Mas éstas, rebosantes de ira, preguntaron a Atenea si iban a ser deshonradas y privadas de sus derechos.

—Al contrario —respondió la Inmortal Diosa de la Sabiduría—, vuestro honor no hará sino crecer por la sentencia de este día. Bajo la roca de la Colina de Ares se establecerá vuestro templo, y allí recibiréis la consideración a la que sois acreedoras las tres: Alecto, Megera y Tisífone. Presidiréis sobre la Justicia, supervisando que todo mal reciba su castigo. Mas ya no seréis llamadas las Furias, sino las Euménides, los «Poderes Benignos», pues más noble es defender el bien que castigar a los malvados.

Todo quedó en calma, aunque Orestes seguía sin poder volver a Micenas. Le quedaba una última demanda que satisfacer antes de que la locura y la mancha fueran purgadas de su espíritu. Por mandato de Apolo debía viajar a la tierra de Táuride y traer de vuelta la imagen de Artemisa.

Táuride se hallaba al norte del mar Negro, una tierra que hoy llamamos Crimea. Sus habitantes inmolaban a los extranjeros a un ídolo cruel para después arrojar los cuerpos a un pozo de fuego cuyas llamas provenían directamente del Tártaro.

Orestes y Pílades se pusieron de camino en una rápida nave impulsada por veinte remeros. Arribaron a Táuride de noche, dejaron el barco preparado en una rada secreta y se internaron en el país sin que nadie los acompañara, con la esperanza de encontrar la imagen desamparada y así poder llevársela antes de que amaneciera. Sin embargo un grupo de pastores los sorprendió, los capturó y los condujo a presencia de Toante, el salvaje rey de los tauros. Estaba encantado de poder ofrecer a dos griegos en sacrificio, y se los entregó directamente a la sacerdotisa virgen de Artemisa con instrucciones de prepararlos para el sacrificio.

La sacerdotisa observó apenada a las dos víctimas y, cuando estuvieron solos, les preguntó si eran griegos. Al responderle que sí, ella les habló en su propia lengua, diciendo que permanecía allí contra su voluntad, pues ella misma era griega y aborrecía los sacrificios humanos.

—Salvaré a uno de los dos —dijo—, si promete llevar un mensaje mío a su vuelta a Grecia.

—¿Qué mensaje es ese? —preguntó Pílades—. Yo lo llevaré donde me digáis.

—El mensaje —dijo la sacerdotisa— es para Orestes, el hijo del rey Agamenón. Cuéntale que su hermana, a quien los hombres pensaban haber sacrificado en Áulide, vive en este terrible lugar, y que le suplica que venga con una gran flota para rescatarla. ¡Dile que yo soy su hermana, Ifigenia!

Con gran solemnidad Pílades repitió este mensaje a Orestes, que estaba allí junto a él. Luego, volviéndose con una sonrisa, dijo:

—Señora, ya he cumplido vuestro encargo ¡Que sea el mismo Orestes el que dé su respuesta! —hubo gran alegría y alborozo por el reencuentro. Ifigenia le contó a Orestes cómo había sido arrebatada de Áulide en una nube, mientras Artemisa la sustituía por una cierva en el altar en el preciso instante en que Agamenón dejaba caer su espada.

Orestes le contó el motivo de su viaje a Táuride, a lo que Ifigenia asintió:

—Sabía que alguien habría de venir. A Artemisa no le complace que estos bárbaros tengan su sagrada imagen permanentemente cubierta de sangre. Debe ser llevada a Grecia y guardada en lugar seguro.

Alzando los brazos bajó de su nicho la estatuilla que, como el Paladio, había caído del cielo en forma de meteorito. En el momento en que lo hacía,

el rey Toante entró a grandes trancos en el templo.

—¿Por qué te demoras tanto? —preguntó—. ¿Y por qué quitas de su lugar la imagen sagrada de Artemisa?

—¡Ay! —respondió Ifigenia sin vacilar—, mientras me afanaba por preparar a las víctimas para el sacrificio, la imagen apartó los ojos. Entonces Artemisa me habló y me dijo que su altar había sido mancillado, ya que uno de estos hombres había matado a su madre con el auxilio del otro. Por eso ahora tengo que llevarlos a ellos y a la imagen a la orilla del mar y bañarlos con agua salada. Y tú debes apresurarte a traer fuego y agua para expulsar el mal que se ha introducido en este templo.

Sin sospechar nada, Toante creyó al punto lo que se le decía. De modo que mientras se quedaba para purificar el templo, Ifigenia, portando la imagen, bajó a la playa seguida por Orestes y Pílades, acompañados por una guardia de soldados tauros.

Mas en cuanto llegaron a la arena, los cincuenta argivos que los estaban esperando se impusieron con facilidad a los tauros. De inmediato saltaron a su barco y zarparon en triunfo rumbo a casa.

Llegaron a Grecia sin incidentes y allí, por mandato de Atenea, la imagen de Artemisa fue colocada en un templo próximo a Atenas, con Ifigenia como su principal sacerdotisa. Y nunca jamás se le volvieron a ofrecer sacrificios humanos.

Orestes y Pílades regresaron sanos y salvos a Micenas, donde Orestes se casó con Hermíone. A la muerte de Menelao se convirtieron en rey y reina de Esparta y los dos vivieron felizmente muchos años.

Electra se casó con Pílades, y ambos reinaron dichosos en Fócide tras la muerte del rey Estrofio. Tuvieron tres hijos que fueron los firmes aliados del rey Tisámeno, el hijo de Orestes y Hermíone.

13. LAS AVENTURAS DE MENELAO

Helena, tu belleza es para mí
como esas cortezas Niceas de antaño
que gentilmente, sobre el fragante mar,
el viejo y cansado marinero llevaba
a las costas de su patria.

Edgar Allan Poe, *A Helena*

Cuando los griegos regresaron de Troya no todos zarparon al mismo tiempo o en la misma dirección, por lo que muy diferente suerte les deparó la fortuna. Menelao y la mayoría de los reyes griegos se hicieron a la mar después de Agamenón, Diomedes y Néstor, y fueron dispersados por una gran tempestad.

Muchos barcos naufragaron en la costa de Grecia, pues el rey Nauplio, en venganza por la muerte de su hijo Palamedes, encendió falsas hogueras de señales en la zona de bajíos de Eubea, y los pilotos, creyendo que los fuegos marcaban las entradas de los puertos, lanzaron los barcos contra las rocas.

Neoptólemo desembarcó con los suyos sano y salvo al norte de Grecia, y en lugar de volver a su país marchó hacia el interior y conquistó Molosia. Aquí reinó durante siete años, con Andrómaca como su reina, y tuvieron un hijo llamado Moloso para que les sucediera. Pero al final se cansó de Andrómaca y partió hacia Esparta para reclamar a Hermíone por esposa. De camino visitó Delfos donde, al no recibir del oráculo la respuesta que deseaba, saqueó el templo y le prendió fuego. Al llegar a Esparta, Neoptólemo raptó a Hermíone, pues a Orestes todavía lo perseguían las Furias durante su año de exilio. Al volver a Delfos Neoptólemo se encontró con Orestes, que había ido a consultar el oráculo. Neoptólemo fue muerto en el instante, lo enterraron debajo del templo que él había destruido y Hermíone volvió a Esparta.

A pesar de la tormenta que dispersó los barcos, Menelao consiguió llegar a Grecia y echó el ancla en Sunio, cerca de Atenas. Mas cuando intentó cruzar el golfo de Egina para llegar a Argos o a algún otro puerto próximo a Esparta, se desató una nueva galerna que lo arrastró al sur, a la isla de Creta.

Tras vagar sin rumbo algún tiempo, arribó a Chipre, donde se reunió con uno de los paladines griegos que aún no había conseguido regresar a casa tras la caída de Troya, Demofonte, el hijo de Teseo.

Este príncipe no parece haber hechos grandes esfuerzos por retornar a Atenas pues, cuando desembarcó en Tracia en el camino de vuelta, se enamoró de la princesa Filis y decidió quedarse allí. Se casó con ella y se convirtió en rey. Mas pasado un tiempo se cansó de Tracia y le dijo a Filis que tenía que dejarla unos meses, ya que deseaba embarcar hacia Atenas para visitar a su madre, a la que no había visto en once años.

—La ley prohíbe que el rey de Tracia abandone su país —objetó Filis, pero Demofonte señaló que él sólo era rey por derecho de matrimonio, y que era ella la que debía permanecer en su puesto.

—Pero no estaré lejos más de tres meses —añadió Demofonte, e hizo votos solemnes por cada uno de los Inmortales de que estaría de vuelta en bastante menos de un año.

Filis se despidió de él y, cuando abordaba la nave, le entregó un pequeño cofre dorado.

—Esta arquilla contiene un hechizo —le dijo—. Abrela cuando pase un año si no has regresado para entonces.

Demofonte así lo prometió, y se hizo a la mar. Pero no tenía intención de visitar Atenas, en su lugar se dirigió a la isla de Chipre y se instaló allí.

No mantuvo ninguno de sus juramentos, aunque el día señalado abrió el cofrecillo. En ese momento en la lejana Tracia a la pobre y abandonada Filis se le partió el corazón y murió, y los Inmortales la metamorfosearon en un almendro. Pero Demofonte vio algo en la arquilla que le turbó el juicio. Saltó enloquecido sobre un caballo y se lanzó al galope hacia la costa dando alaridos, blandiendo la espada desenvainada. Súbitamente el caballo tropezó, la espada salió volando y Demofonte cayó sobre ella muriendo en el acto.

El almendro de Tracia que no tenía hojas se cargó de brotes en ese instante, y desde entonces los griegos a los brotes del almendro los llaman *phylla*, por Filis de Tracia, la princesa fiel.

Menelao enterró el cuerpo de Demofonte y partió de Chipre. Pero una vez más la mala fortuna se conjuró contra él, y sus barcos fueron dispersados por la borrasca. Esta vez fue mucho peor que las anteriores, pues Menelao fue arrebatado de la cubierta por una ola y, aunque pronto lo rescató otro de sus barcos, cuando se calmó el mar no había señal alguna en el horizonte de la nave real en la que viajaba Helena.

Menelao estaba desesperado: ¡haber saqueado Troya para recuperar a Helena y perderla luego en el viaje de retomo!

La buscó por todo el Mediterráneo visitando varios lugares de Africa, Asia Menor y Fenicia, en vano. Pasaron algunos años durante los cuales no

pudo hallar rastro de su esposa, aunque sí consiguió muchos tesoros. En sus pesquisas Menelao llegó a la isla de Faros, a un día de viaje de Egipto. Allí echaron el ancla los cuatro barcos que quedaban de su flota, al objeto de descansar antes de intentar el regreso a Grecia, pues para entonces ya había renunciado a toda esperanza de encontrar a Helena.

Tras desembarcar en Faros, le fue imposible volver a hacerse a la mar. El viento soplaba pertinaz del norte, y Menelao sabía que los extranjeros que recalaban en Egipto se arriesgaban a ser esclavizados, cuando no sacrificados, por el rey Teoclímeno. Día tras día los griegos se desesperaban en Faros; pronto empezó a faltarles el alimento, lo que los obligó a pasar el tiempo pescando para no morir de inanición.

Un día, mientras Menelao caminaba a solas por la playa suplicando la ayuda de los Inmortales, del mar surgió de repente la Ninfa Idótea.

—¡Eres muy estúpido y flojo de entendederas, griego extranjero! —le dijo —. ¿O es que a ti y a tus compañeros os gusta perder el tiempo cogiendo peces en esta isla desierta?

—Hermosa ninfa, diosa, Inmortal, o lo que quiera que seas —respondió Menelao—: no estoy aquí por mi voluntad, sino porque nos es imposible partir. Te suplico que me digas qué debo hacer para escapar, pues seguramente los Inmortales me retienen en este lugar por haber dejado de cumplir algún sacrificio que les es debido.

—No sé nada de eso —dijo Idótea—, aunque sí sé que mi padre, Proteo, el Viejo del Mar, puede leer el pasado y el futuro. Si lo capturáis y conseguís que no se os escabulla, él os lo dirá. Pero es difícil de atrapar y más difícil aún de mantener en vuestro poder. Sin embargo os ayudaré: sólo tienes que venir con los tres mejores de entre tus hombres y reuniros aquí comnigo mañana al amanecer.

Menelao se lo prometió de buena gana, e Idótea se sumergió de nuevo entre las olas. Pero al día siguiente los estaba aguardando en la playa, y junto a ella tenía las pieles de cuatro focas recién desolladas.

—Debéis cavar otros tantos hoyos aquí en la arena —dijo—, y yo os cubriré con las pieles. Pues a mediodía el Viejo del Mar sale del agua para dormir en la playa, y con él viene una gran manada de focas a descansar con él y vigilar así su sueño. Primero las contará como hace un pastor con sus ovejas y luego se echará entre ellas. Cuando esté dormido, los cuatro debéis salir de vuestro escondite y agarrarlo con todas vuestras fuerzas. Gracias a su magia se convertirá en todo tipo de odiosas criaturas, y quizás incluso en fuego o en agua; mas si lo sujetáis con decisión acabará por recobrar su forma

original, y entonces podréis preguntarle lo que queráis que él sólo os dará respuestas verdaderas.

Idótea los cubrió entonces con las pieles de foca y los dejó al acecho. Y no fue una espera agradable, pues los pellejos que los ocultaban apestaban bajo los tórridos rayos del sol.

Mas por fin empezaron a llegar las focas y a tumbarse a dormir sobre las cálidas arenas. Cuando estuvieron todas reunidas salió el mismo Proteo, el Viejo del Mar, y se puso a contar su rebaño marino tal y como Idótea había previsto. Cuando estuvo satisfecho de su recuento se echó él también en medio de los animales, no lejos de donde Menelao y sus tres compañeros se habían apostado.



En cuanto se hubo dormido los cuatro dieron un brinco y lo asieron con fuerza. Proteo despertó de inmediato y se transformó en un feroz león, y después en una serpiente, un leopardo y un enorme jabalí salvaje. Los cuatro griegos seguían aferrándolo y él se metamorfoseó en corriente de agua, y luego en un árbol de elevada copa. Mas, viendo que no podía quitárselos de encima, recuperó su extraña figura azulada y dijo:

—¡Hum! ¡Menelao de Esparta! ¡Con seguridad algún Inmortal te ha dicho lo que tienes que hacer para apresarme!

—Viejo del Mar —replicó Menelao—, tú lo sabes todo, así que por qué me preguntas esas vanas cuestiones.

—¡Hum! ¡Exactamente! —gruñó Proteo, con un guiño divertido en sus chispeantes ojos azules—. Quieres saber por qué no podéis escapar de esta isla desierta. Sí, claro, bueno… todo lo que tienes que hacer es reparar un barco y navegar con él hasta Egipto. Allí tienes que ofrecer un sacrificio… y lo que tenga que suceder, sucederá. ¡Hum! Sí, y regresaréis sanos y salvos a Grecia en cuanto hayáis hecho lo que os digo, con las cuatro naves. Descubrirás que Agamenón ha sido asesinado por Egisto y Clitemnestra y, a no ser que te apresures, Orestes le habrá vengado para cuando tú llegues a Nauplia… ¿Quieres saber algo más? El viejo Néstor fue el primero en retornar a su palacio, allí lo verás. Calcante se encontró con un oráculo más listo que él, y se murió del disgusto… ¿«Qué triste» has dicho? No, creo que no… ¿Odiseo? Está prisionero en la isla encantada de Calipso. Pero volverá a Ítaca después de diez años, así está dispuesto en el Olimpo… ¿Helena y tú? Oh, sí. Viviréis felices en Esparta, y no moriréis: los Inmortales os llevarán a los dos a los Campos Elíseos que están en el extremo del mundo… Eso es todo lo que te puedo contar… Parte ahora para Egipto… ¡Apresúrate!

Proteo le volvió a guiñar el ojo y de un salto se hundió en el agua antes de que pudieran evitarlo.

Sin embargo Menelao ya sabía lo que necesitaba y, tras decidir confiar en Proteo, se dirigió a Egipto en uno de sus barcos. El viento del norte soplaba constante por lo que la travesía fue breve; mas, cuando se acercaban al delta del Nilo, el viento se convirtió de improviso en una peligrosa tormenta que destrozó el barco contra los ocultos arrecifes de la costa.

Menelao y la mayoría de sus hombres consiguieron nadar hasta la orilla, donde se refugiaron en una cueva, empapados y sombríos.

Por la mañana Menelao partió en solitario, cubierto todavía por costras de sal y de lodo, y perfectamente disfrazado por los harapos a que habían quedado reducidos sus elegantes ropajes.

Cuando alcanzó la ciudad le indicaron el camino del Templo de la Extraña Hator, al que iban los peregrinos en busca de refugio. Al llegar se arrodilló en el patio, frente al altar. Allí le aguardaba la sorpresa más grande de todas sus aventuras, pues al punto se presentó la Sacerdotisa de Hator, que no era otra que la mismísima Helena, atendida por cuatro doncellas.

Sin demora alguna Menelao se reveló a Helena, que se sintió colmada de gozo. Mas el miedo arruinó pronto ese arranque de alegría.

—Si te descubren, te matarán —exclamó—. Y la Parca también a mí me acecha, pues Teoclímeno, el rey de Egipto, viene en este día para desposarme a la fuerza. Cuando el barco me trajo aquí, su padre, el rey que acaba de morir, me proclamó como la Extraña Hator y me hizo Sacerdotisa de Hator, que es el nombre que dan a Afrodita en este templo.

»Pero Teoclímeno tiene otra disposición, y poco le preocupan ni el bien ni el mal. Por muy sacerdotisa que sea quiere hacerme su esposa; lo único que le inquieta es el pensamiento de que tú, mi esposo, puedas estar aún con vida.

Entonces, con el ingenio aguzado por el peligro, se les ocurrió una argucia para engañar a Teoclímeno y escapar sanos y salvos, aunque el barco en el que había venido Menelao estuviera hecho pedazos.

Cuando Teoclímeno entró en el templo esa misma mañana, Menelao, todavía cubierto de andrajos, se arrodilló a los pies del rey y anunció:

—¡Mi señor, te traigo noticias! ¡Menelao, rey de Esparta, ha muerto! Su barco naufragó frente a tu costa y tan sólo yo he escapado del furioso mar aferrándome a las rocas. Pero Menelao está muerto; yo mismo vi con mis propios ojos cómo las olas destrozaban su cuerpo contra los escollos antes de que las aguas se lo tragaran hecho un guiñapo.

Teoclímeno rió alborozado al oír tan buenas nuevas, y se volvió hacia Helena para decirle: «¡Ahora ya nada se interpone entre nosotros!».

—¡Nada en absoluto! —sollozó Helena—. Contigo me casaré por mi propia voluntad y con pleno consentimiento. Mas antes quiero que me concedas un deseo. Menelao era un gran rey y yo lo amé en otro tiempo. Permíteme celebrar sus exequias según los ritos de Grecia, nuestro pueblo.

—Me place —respondió Teoclímeno—. Todo lo mío te pertenece. Haz como gustes, pues yo desconozco las costumbres funerarias de los griegos.

—Necesitamos un barco —dijo Helena—, pues las ceremonias de los que se pierden en el mar deben tener lugar en el mismo mar, a la distancia en que la tierra se pierde en el horizonte. Necesito un toro para el sacrificio, y que me acompañe este marinero náufrago, pues como griego sabe bien lo que es menester. Menelao era un gran guerrero, por lo que debo disponer de una armadura completa para arrojar al mar en su honor. Y también vestidos y ricas joyas, y una ofrenda de pan y vino…

—Tendrás todo lo que deseas —dijo Teoclímeno—. Uno de mis barcos, con una tripulación completa para que navegue a remo o a vela, estará listo en

una hora. Y este marinero griego, dado que él estará al frente del ritual, será el que dirija la maniobra.

Así se dispusieron todas las cosas: Helena abría la procesión, seguida por hermosas doncellas ataviadas con ricos vestidos, joyas y otras ofrendas, y Menelao iba detrás. En el muelle sus propios marineros que habían sobrevivido al naufragio se les unieron, pues el toro no era fácil de manejar y no se lo podía subir a bordo sin ayuda.

El barco soltó amarras y el viento empezó a soplar súbitamente del sur, hasta que la costa tan sólo fue una línea difusa a sus espaldas.

—¡Ofrezcamos en este momento el sacrificio! —gritó Menelao, matando el toro con destreza. A continuación añadió—. Y ahora, ¡lancemos a estos bárbaros egipcios al mar para que naden hasta su rey Teoclímeno, si pueden, mientras nosotros navegamos hacia Hélade!

Los egipcios pronto fueron dominados y, siendo buenos nadadores, la mayoría ganó la costa para contarle a Teoclímeno la forma en que Menelao se había burlado de él. Mas el príncipe griego ya se alejaba en su barco, y en la isla de Faros se unió a los otros tres navios y los cuatro llegaron pronto a Grecia sin más contratiempos.

Desembarcaron en Nauplia, donde les informaron de que Orestes acababa de matar a Egisto y a Clitemnestra, y que su propio pueblo estaba a punto de lapidarlo. Pero Apolo apareció en el momento justo para salvar a Hermíone, a quien Orestes y Electra habían capturado como rehén. Cuando Orestes partió para errar sin rumbo durante un año, Helena y Menelao se llevaron a su hija consigo a esperar su retorno.

Cuando se presentó Neoptólemo y se hizo con ella a la fuerza, Menelao se aprestó a perseguirlo. Pero pronto llegaron nuevas de que el malvado hijo de Aquiles había muerto miserablemente en Delfos, y que Hermíone estaba en el camino de vuelta sana y salva.

Pasado un año regresó Orestes, curado de su locura y purificado de las maldades cometidas. Y los esponsales de Orestes y Hermíone se celebraron con todos los honores.

No mucho después de que hubieran partido para reclamar su trono en Micenas y pasados diez años de la caída de Troya, un joven príncipe extranjero se presentó en Esparta. Fue bienvenido por el amable Menelao y esa tarde se sentó al banquete en el gran salón del palacio. Helena apareció entonces proveniente de su fragante cámara, tan radiante como la áurea Artemisa y aún la más hermosa de todas las mortales, y saludó al joven príncipe con estas aladas palabras:

—Noble señor, nunca he visto hombre o mujer tan parecido como tú a uno de los más nobles de los griegos, que por mi causa sufrió grandes infortunios y acabó hazañas memorables en Troya. Sin duda tú debes de ser Telémaco, el hijo a quien Odiseo dejó recién nacido en su palacio cuando marchó a luchar a Troya.

—Reina de Esparta —respondió el extraño—, ciertamente Telémaco es mi nombre, y soy el hijo de Odiseo. Hace ya diez años que sucumbió Troya y tan sólo él de todos los héroes que allá combatieron no ha vuelto a casa, sin que tampoco nos hayan llegado noticias de su muerte.

Entonces Helena y Menelao acogieron a Telémaco como si de su propio hijo se tratara, y él les contó cómo el palacio de Ítaca había sido invadido por hombres malvados que pretendían casarse con la reina Penélope, a la que apremiaban a decidirse por uno de ellos mientras declaraban indudable la muerte de Odiseo.

—¡No está muerto, pues ha de regresar este mismo año! —exclamó Menelao—. Eso fue lo que me reveló Proteo, el Viejo del Mar. Odiseo, me dijo, está prisionero de la ninfa Calipso en su isla encantada, pero volverá a Ítaca cuando diez años hayan transcurrido de la caída de Troya.

14. LOS VIAJES DE ODISEO

¡Aguantad! No podrán con nosotros
calamidades peores que esta;
hemos escapado cuando nuestros compañeros cayeron
en mares desconocidos.
A peor muerte nos hemos enfrentado y salido con vida
en la guarida del Cíclope,
cuando por el suelo de la caverna corría el rojo
de la sangre humana.

Andrew Lang, *El deseo del mundo*

Cuando la gran tormenta esparció por el ponto a la flota griega, Odiseo y sus doce barcos fueron arrastrados al norte, a Ismaro, ciudad de Tracia. Desembarcaron y tomaron las murallas al asalto, pues los tracios eran aliados de los troyanos y sabían que Odiseo había matado a su señor, el rey Reso.

No obstante Odiseo tuvo buen cuidado de que no se hiciera ningún daño a Marón, el sacerdote de Apolo. En agradecimiento Marón le regaló doce jarras de un vino tan espeso que tenía que ser mezclado con veinte veces la misma cantidad de agua para que un hombre pudiera beberlo sin emborracharse.

Pronto los tracios del interior se unieron para atacar a Odiseo, que no tuvo más remedio que hacerse de nuevo a la mar. El vendaval había cambiado de dirección, y ahora lo condujo hacia el sur durante diez días con sus noches, hasta que arribaron a la tierra de los lotófagos. Quien prueba el fruto del loto olvida su casa y todas las cosas que merecen la pena, y no tiene más deseo que yacer en las cálidas y soleadas praderas masticando lotos el resto de su vida.

Odiseo envió una avanzadilla para saber quién vivía en aquellas tierras, mas estos hombres, una vez que hubieron probado el loto, se olvidaron incluso de volver a contar el resultado de su exploración. Partió él entonces con otro grupo, encontraron a los primeros y los obligaron a regresar a los barcos a pesar de sus ruegos y lamentos. Luego siguieron navegando y llegaron a una isla extensa y fértil donde pastaban muchas ovejas. Cauteloso, Odiseo escondió su flota al abrigo de un islote rocoso cercano a la costa y él mismo bajó a tierra con doce marineros, dejando un barco con el resto de su tripulación preparado para levar ancla en un instante.

Playa arriba fueron Odiseo y sus doce hombres, y pronto llegaron a una gran cueva en la que hallaron jarras de leche, grandes quesos y enormes pilas de leña, además de muchos cabritos y corderos lechales retozando en corrales de cañizo.

—Esta debe de ser la morada de un pastor —dijo Odiseo—, y los pastores suelen ser gente hospitalaria. Esperémosle aquí, quizás podamos comprarle quesos y otras provisiones.

El atardecer parecía querer demorarse y, mientras aguardaban, los hombres encendieron un fuego y empezaron a comer queso para entretener la espera.

El dueño de la cueva se presentó de repente, conduciendo ante él sus rebaños y portando como cayado un árbol muerto sobre el hombro. Al verlo Odiseo y sus compañeros se escondieron aterrorizados en lo más profundo de la caverna, temblando de espanto, pues se trataba de un Cíclope, un gigante pavoroso con un solo ojo en mitad de la frente.

Cuando el Cíclope, que se llamaba Polifemo, hubo ordeñado sus cabras y ovejas, puso más leña en el fuego y la luz reveló a los hombres que trataban de pasar desapercibidos en los rincones más oscuros.

—¡Ajá! —atronó Polifemo con su potente voz—. ¿Quiénes sois vosotros? ¿Piratas, ladrones del mar venidos para traer el mal sobre otros hombres y sus posesiones?

—En absoluto, poderoso señor —respondió Odiseo, dominando a duras penas su pánico—. Somos un grupo de infortunados griegos de regreso del saqueo de Troya, que llevamos muchos años tratando de llegar a casa. Te suplico que seas amable con nosotros, pues Zeus trata con dureza a quien lastima a un extraño.

—Muy loco o estúpido debes ser, extranjero —rugió Polifemo, lanzando una carcajada cruel—, pues los Cíclopes no hacemos caso de Zeus, ni de hecho de ningún otro Inmortal, salvo de Poseidón, dios del mar, pues él es mi padre. Pero, dime, ¿dónde has dejado tu barco? En alguna de las resguardadas calas de la isla, supongo.

—¡Ay! —comenzó Odiseo que, temiéndose lo peor, habló con palabras arteras—. Poseidón, que hace temblar la tierra, estrelló nuestra alta nave contra las rocas y nosotros, pobres desgraciados, no salvamos más que nuestras vidas.

Al oír esto, el Cíclope gruñó disgustado y, extendiendo uno de sus enormes brazos, agarró a dos marineros, reventó sus cabezas contra el suelo de roca, los cortó en pedazos y los devoró triturando sus huesos entre los

dientes. Luego se bebió varias cubas de leche y, rezongando satisfecho, se echó en el suelo y se quedó profundamente dormido.

Odiseo consideró si, con un certero mandoble de su espada en el corazón del monstruo, podría matarlo antes de que despertara. Mas se dio cuenta a tiempo de que hacer algo semejante significaría su muerte segura, ya que Polifemo había atravesado en el umbral de la gruta un descomunal peñasco, tan pesado que ni siquiera el esfuerzo de veinte hombres conseguiría desplazarlo.

Por la mañana despertó Polifemo, ordeñó su rebaño, se comió a otros dos hombres y salió a pasar el día, no sin antes bloquear cuidadosamente la entrada a sus espaldas.

Odiseo entonces se puso a trabajar con la ayuda de sus aterrorizados compañeros. Cortó una gran estaca gruesa como el pico de un mástil, afiló uno de sus extremos y endureció la punta al fuego. Apenas habían acabado cuando, tras esconder el arma bajo un montón de estiércol, apareció Polifemo con sus cabras y ovejas. Como la noche anterior, lo primero que hizo fue volver a colocar el peñasco en la boca de la caverna, luego atendió su ganado y después, para cenar, se comió a otros dos compañeros de Odiseo.

Cuando hubo completado su pitanza y se estaba preparando para tomar un buen trago de leche antes de irse a dormir, Odiseo salió de entre las sombras y haciendo una reverencia le ofreció una gran copa de madera llena de vino tinto, pues para su fortuna había traído consigo una de las jarras del recio vino que el agradecido Marón le había regalado en Tracia.

—Cíclope, toma y bebe vino tras tu banquete de carne humana, para que así conozcas las buenas mercancías que transportábamos en nuestro barco —dijo con voz educada.

Polifemo agarró la copa y la vació de un trago. Luego, chasqueando los labios, se la devolvió a Odiseo pidiéndole más, pues nunca antes había probado el vino.

—Llénala otra vez —dijo hipando—, y entonces quizás te haga un presente, pues jamás había bebido algo tan bueno.

Odiseo le volvió a colmar la copa y el Cíclope a apurarla, con lo que empezó a mostrar signos de intoxicación.

—Dime cómo te llamas, extranjero, para que así pueda beber a tu salud.

—Noble señor —respondió Odiseo—, mi nombre es Nadie. Así es como me llaman mi padre y mi madre, mi esposa y mis amigos.

—Muy bien, Nadie —gruñó el Cíclope—, he aquí el regalo que te hago a cambio de esta deliciosa bebida: ¡a ti te he de comer el último de todos tus

compañeros!

Y con estas palabras se derrumbó en el suelo de la cueva, donde quedó sumido en un sueño pesado, roncando como una ruidosa piara de cerdos.

Entonces Odiseo y sus compañeros sacaron la afilada estaca, en el fuego pusieron la punta al rojo vivo y, sin vacilar, la hundieron en el único ojo de Polifemo; y allí la retorcieron dejando al cíclope ciego.

Polifemo despertó lanzando el más espantoso de los alaridos y en vano trató de agarrar a Odiseo y al resto de los hombres. Pronto, al oír sus rugidos, uno tras otro los demás cíclopes salieron al punto de las cuevas cercanas para preguntarle qué sucedía.

—¡Polifemo! —le llamaron—. ¿Qué te hace bramar de esa manera en mitad de la noche? Seguro que nadie intenta robarte tus rebaños, y más seguro todavía que no te intentan matar con mañas o a la fuerza.

—¡Nadie me está matando arteramente! —respondió aullando desde el interior de su guarida—. ¡Nadie me está matando a la fuerza!

—¡Si nadie te está atacando —replicaron irritados sus congéneres—, debes estar sufriendo algún padecimiento enviado por un Inmortal! ¡Ruégale a tu padre, Poseidón, que te remedie y déjanos dormir a nosotros!

Se volvieron a meter en sus grutas y Odiseo se rió para sus adentros de la facilidad con la que había engañado a los estúpidos cíclopes.

Llegó la mañana y Polifemo apartó el peñasco, pues las cabras y las ovejas tenían que salir a pastar. Mas él mismo se sentó en el umbral palpando a cada animal según pasaba a su lado para asegurarse de que no escapaba ninguno de los griegos. Pero Odiseo había ligado con cuerdas a las ovejas de tres en tres, y debajo de cada oveja central había atado a uno de sus hombres, que así iban saliendo de la caverna. Por último él se aferró a las gruesas lanas que pendían del vientre del macho cabrío más grande del rebaño.

—¡Ay, mi pobre carnero! —dijo Polifemo mientras le acariciaba el lomo —. Siempre eres el primero en llegar triscando a los pastos. Pero hoy te quedas atrás, quizás sientas conmiseración por tu pobre amo a quien el maldito Nadie ha dejado ciego.

Cuando estuvieron lejos de la cueva, Odiseo liberó a sus camaradas y todos corrieron hasta el barco, llevándose con ellos tantas cabras y ovejas como pudieron. Mientras el navio se apartaba de la isla, Odiseo se plantó en la popa y llamó a Polifemo a grandes voces:

—¡Cíclope! ¡No has sido engañado y cegado por un simple Nadie! ¡Si alguien te pregunta quién te ha quemado el ojo, puedes decirle que fue Odiseo, el saqueador de ciudades, el hijo de Laertes, rey de Ítaca!

Polifemo respondió arrojando una inmensa roca que casi acertó al barco. Mas el segundo lanzamiento provocó una ola gigantesca que se llevó el navio fuera de su alcance. Entonces elevó una súplica a su padre Inmortal:

—Poseidón, que envuelves la tierra, concédeme que Odiseo, el hijo de Laertes, nunca regrese a su casa de Ítaca. Mas si está dispuesto que debe retornar, entonces… ¡que sea tarde y tras amargos sufrimientos, que llegue en un barco de extraños tras haber perdido a todos sus compañeros, y que grandes penalidades lo estén aguardando en su palacio!

Sobre las danzantes olas navegaba Odiseo, y bien podrían haber ganado la costa de Ítaca a pesar de la maldición del Cíclope de no haber sido por la avaricia y la necedad de sus hombres. Pues llegó cerca de la Isla de los Vientos y allí el rey Eolo, que tenía a su cargo las brisas y los céfiros para soltarlos o contenerlos según la voluntad de Zeus, se los confió a Odiseo en un gran odre de cuero. Calmada fue su singladura hasta ya divisar el humo de las chimeneas de Ítaca. Odiseo, sintiéndose por fin seguro al final de su peregrinar, se echó a dormir, momento que aprovecharon sus hombres para abrir el odre, creyendo que contenía un tesoro que su capitán no deseaba compartir con ellos. Escaparon rugiendo los vientos y los arrastraron muy lejos, a mares desconocidos, y el rey Eolo no quiso volver a amarrarlos para Odiseo, que así perdió su oportunidad.

La maldición de Polifemo empezó a actuar, pues fueron llevados al otro extremo del mar, hasta la tierra de los lestrigones, que eran caníbales feroces. Estos salvajes hundían las naves lanzando enormes peñas desde lo alto de los acantilados, para luego devorar a los infelices que conseguían llegar a tierra nadando.

Odiseo escapó en su propio barco cortando el cable, y entristecidos llegaron a la isla de Ea, donde moraba Circe, la hechicera. Circe era hermana de Eetes, el rey de Cólquide, a quien Jasón y Medea habían visitado hacía ya muchos años.

No sabiendo qué tipo de recibimiento los aguardaba, Odiseo dividió a su tripulación en dos grupos, echando suertes para ver quién iría en primer lugar hasta las edificaciones que se veían a lo lejos, entre los árboles.

Le tocó a Euríloco, que partió con sus veintidós compañeros, y fue al bien dispuesto palacio donde Circe los recibió gentilmente. Entraron todos menos Euríloco, que se escondió en el bosque para observar lo que ocurría. Circe condujo a los hombres hasta una mesa en un gran salón y puso delante de cada uno un tazón rebosante de queso y miel, vino y pan de cebada; mas en cada uno de ellos también había diluido un poderoso veneno. En cuanto los

hombres bebieron, ella les tocó con su varita con lo que todos quedaron convertidos en cerdos, y la hechicera los sacó de su palacio y los encerró en una pocilga que había en la parte trasera.

Euríloco volvió con estas terribles noticias, y Odiseo se dispuso a castigar a Circe y a intentar devolver a sus compañeros a su forma original. Mientras atravesaba el bosque se le apareció Hermes, el Mensajero Inmortal.

—Odiseo, tu fuerza y tu ingenio no bastan para derrotar a Circe —dijo Hermes—. Toma esta hierba llamada *moli* y échala, sin que ella lo advierta, en la copa que te prepare. Bebe entonces sin miedo y, cuando te golpee con la varita, desenvaina tu espada y amenázala con matarla si no devuelve de inmediato su forma primera a tus compañeros y jura no volver a intentar haceros daño. Entonces podréis habitar aquí durante un año y ella te hará su señor y amo de esta isla. Pero transcurrido ese tiempo yo regresaré y me ocuparé de que te devuelva a tu camino con todo lo que necesites para el viaje.

Todo sucedió como Hermes había dicho: los cerdos mágicos recobraron su figura humana y Odiseo y sus hombres pasaron un año placentero en el palacio embrujado de Circe.

Pasado el tiempo, la hechicera permitió que Odiseo embarcara de nuevo en una nave bien provista, aunque primero le sugirió que buscara el consejo de Tiresias, el profeta ciego.

—Tiresias se cuenta entre los muertos —le dijo Circe— pero puedes llegar hasta el límite del Reino de Hades si sigues la corriente Océana, el mágico flujo de agua que rodea toda la tierra. Encalla tu barco allá donde el río Aqueronte se pierde en el Cocito, un afluente del río Éstige, para desembocar ambos junto a un gran peñón en el Océano. Cava allí una fosa e introduce en ella tus ofrendas, y espera a que los espíritus de los muertos vengan a ti. Mas mantenlos alejados de la fosa hasta que aparezca Tiresias y te haya contado todo lo que necesitas saber.

Lejos navegó Odiseo de la hermosa isla de Ea y llegó hasta la Roca Blanca y los Alamos de Perséfone. Allí hizo como Circe le había indicado y aprendió muchas cosas del fantasma de Tiresias. También vio allí los espíritus de muchos Héroes y Heroínas. La primera en visitarlo fue su propia madre, de quien no sabía que hubiera muerto; y tras ella se presentaron Alcmena y Leda, y muchas otras que habían sido amadas por los Inmortales. También habló con el fantasma de Agamenón, que le contó su miserable final; y conversó con Aquiles y con los demás héroes que habían caído en Troya. Mas cuando vino Áyax no quiso saludar a Odiseo, pues todavía estaba enojado a causa de

su enfrentamiento por la armadura de Aquiles. Heracles se presentó también, y muchos más. Y, sin embargo, no eran sino sombras, cabezas sin brío, pues Heracles mismo vivía entre los Inmortales; y Aquiles paseaba por los Campos Elíseos con los demás Héroes muertos.

Tras esta lóbrega visita, Odiseo embarcó de nuevo, de vuelta en el mundo de la luz, y pronto se aproximó a la isla en la que todavía moraban las dos sirenas, aunque el resto de seres de su clase habían perecido cuando Jasón pasó junto a ellas y salió indemne gracias al canto de Orfeo.

Según se iba acercando el barco, Odiseo ordenó a sus hombres que lo ataran al mástil y que no lo soltaran hasta que hubiera pasado el peligro. Mas a ellos les dio tapones de cera para que se los pusieran en los oídos y así no oyeran los fatales cantos.

Siguieron su curso y las sirenas entonaron su fantástica melodía, de forma que hasta Odiseo olvidó su buen sentido y exigió a sus hombres que lo desataran. Mas ellos no hicieron otra cosa que apretar los nudos y seguir avanzando con grandes golpes de remo.

Entonces las sirenas elevaron de nuevo sus irresistibles voces:

Ven a nosotras por encima de las olas,
gloria de Grecia, valiente Odiseo,
y atiende nuestra mágica canción.
Pues nadie junto a nosotras ha pasado
que no haya escuchado de las dos las melodiosas voces
y comprobado qué gozos corresponden
a las doncellas sirenas: pues todas las cosas sabemos
pasado, por venir, y el fin de la tribulación
en la dicha de nuestra mágica canción.

Odiseo bramó y se desesperó, se retorció contra las cuerdas hasta quedar exhausto. Mas sólo cuando dejaron muy atrás aquellos parajes, sus hombres deshicieron sus ligaduras y se sacaron los tapones de los oídos.

Así Odiseo fue el único hombre que pudo oír el canto de las sirenas y que vivió para contarlo, pues la música de Orfeo había ahogado sus voces cuando los Argonautas pasaron junto a la isla. Mas las dos sirenas se desplomaron sin vida de las rocas en que estaban encaramadas y se hundieron en el mar, ya que ese final estaba dispuesto para ellas si alguna vez escapaba un mortal tras haberlas escuchado.



El siguiente peligro al que se enfrentó Odiseo lo aguardaba entre Italia y Sicilia, pues en un lado de ese estrecho se hallaba Caribdis, el gran remolino; y en el opuesto acechaba en su cueva Escila, el dragón marino. Recordando los consejos de Circe, Odiseo se apartó de Caribdis al precio de que, justo cuando pasaban bajo la gruta de Escila, ésta apareció en la entrada y agarró a seis hombres con sus tentáculos semejantes a los de un pulpo. Mientras devoraba a estos infortunados, el barco se alejó de allí y anclaron en Trinacia, la isla del Sol.

Aquí pastaba el rebaño dorado de Helio, el Titán Solar, sobre cuyos animales Tiresias había prevenido a Odiseo para que no los tocara. Odiseo comunicó esta advertencia a su tripulación. Pero tras pasar en la isla muchas jornadas por la falta de viento, los hombres empezaron a sentir un hambre atroz, desobedecieron las órdenes y mataron algunos bueyes, lo que les proporcionó alimento para seis días.

El séptimo se levantó el viento, por lo que volvieron a embarcar. Pero Helio había informado del robo a Zeus, que lanzó un rayo que partió el barco en dos. Todos se ahogaron menos Odiseo, que se agarró al mástil y se alejó de allí flotando. Incapaz de dirigir su rumbo, vio con terror que estaba derivando hacia el remolino de Caribdis. Allí se precipitó el mástil, tragándoselo el

vórtice, mas Odiseo saltó en el último segundo y se aferró desesperadamente a una higuera silvestre que colgaba del acantilado vecino. Allí permaneció hasta que vio el mástil salir disparado de las profundidades del torbellino. Se volvió a abrazar a él de pies y manos y fue llevado muy lejos en el mar hasta que, casi muerto de agotamiento, el palo fue a encallar en una playa de la isla de Ogigia.

En esta isla mágica vivía la ninfa Calipso, hija del Titán Atlas, que recibió amablemente a Odiseo, lo atendió y le dio de comer, y le suplicó que se quedara con ella para siempre.

—Te haré inmortal —le imploró—, pues ciertamente en esta isla mágica nunca sobreviene la vejez. Aquí podemos morar para siempre, como rey y reina de la bella Ogigia, nunca más sentirás zozobras, ni el sufrimiento ni los pesares turbarán tu existencia.

Mas Odiseo, fiel a su patria y añorando a su esposa Penélope, se negó a casarse con Calipso o a jurar permanecer siempre con ella. Pero no podía escapar dado que había perdido su barco y la ninfa no le dejaba herramientas con las que construir uno nuevo. Allí lo retuvo siete largos años, y él se sentaba día tras día en lo alto del acantilado oteando las azules olas en dirección a Ítaca, con el corazón consumido por la nostalgia.

Por fin Atenea, que se cuidaba especialmente de Odiseo, subió al Olimpo y suplicó a Zeus que le garantizara un seguro viaje de retorno a casa.

—Tengo el corazón desgarrado por el ingenioso Odiseo, el desventurado… —dijo—. Hace ya diez años desde que Troya fue tomada y, de todos los héroes, él es el único que no ha regresado a su hogar. Pero ahora, la artera hija de Adas le retiene hace ya siete años en su isla orlada por el mar, porfiando por hacerle olvidar Ítaca. Mas Odiseo, que no anhela sino ver el humo que sale de su chimenea, preferiría morir antes que renunciar a su patria.

Entonces Zeus le respondió a la ojizarca Atenea:

—Hija mía, no he olvidado los padecimientos de Odiseo, a quien Poseidón, que envuelve la tierra, mantiene lejos de los suyos furioso por haber dejado ciego a su hijo, el cíclope Polifemo, cuya madre fue Toosa, hija a su vez del gigantesco Titán marino Forcis. Ahora enviaré al mensajero divino, Hermes, a Ogigia, pues ya se aproxima la hora en que Odiseo ha de volver con los suyos.

Hermes fue a Calipso y le comunicó las órdenes de Zeus. Ella, llorando amargamente, entregó a Odiseo las herramientas que precisaba para construir

una gran balsa. También le dio las provisiones necesarias para el viaje: vino, carne seca y trigo.

A continuación se despidió de él, y Odiseo se hizo a la mar con el corazón alegre. Mas Poseidón, que volvía al Olimpo de la tierra de los etíopes, y que por tanto desconocía los designios de Zeus, vio que Odiseo se aproximaba a la tierra de Feacia en su armadía. Iracundo, Poseidón convocó a los vientos de la tempestad y precipitó a Odiseo en lo más profundo del piélago. Luego prosiguió satisfecho su camino, convencido de la muerte del humano.

Pero Odiseo consiguió alcanzar la costa, donde lo encontró la princesa Nausícaa, que lo llevó a su padre, el rey de Feacia. Éste lo acogió hospitalariamente, escuchó atentamente su relato y por fin le ofreció uno de sus barcos para que pudiera llegar a Ítaca.

Mientras hendían veloces las olas, Odiseo cayó en un profundo sueño y los corteses feacios lo desembarcaron en Ítaca sin despertarlo, dejándolo al pie de un árbol rodeado de ricos y generosos presentes. De esta manera fue que, tras diez años de avatares, Odiseo regresó a su casa.

15. ODISEO EN ÍTACA

> Penélope, por amor a Odiseo,
> urdió una tela con la que a sus pretendientes engañaba.
> La labor que en ella todo el día empeñaba
> por la noche ella misma sigilosamente deshacía.
>
> Spenser, Soneto XXIII

Cuando Odiseo despertó de su sueño una bruma se extendía por todas partes y no reconoció el lugar donde se hallaba. Al principio se lamentó, creyendo que los feacios lo habían desembarcado en una isla desierta abandonándolo a su suerte. Mas pronto vino Atenea y apartó la niebla. Odiseo reconoció su patria y, arrodillándose para besar el suelo de Ítaca, lloró de agradecimiento y de alegría.

—Te aguardan aún peligrosos trances —le advirtió Atenea—. Pues ciento ocho pretendientes hay reunidos en tu palacio cortejando a tu esposa. Duermen en la ciudad, pero todos los días van a tu morada a disfrutar sin tasa de tu hacienda. Tus rebaños de vacas y ovejas menguan, y tu vino ya casi han agotado. Aunque todavía tu fiel Penélope los contiene, mas se encuentra ya al límite de sus fuerzas.

Atenea le contó entonces a Odiseo cómo Penelope había resistido a los pretendientes durante tres años con una argucia digna de las suyas.

—No puedo elegir esposo —había anunciado— hasta que haya terminado de tejer la mortaja del héroe Laertes, padre de mi señor, de quien vosotros decís que está muerto. Tiene que ser una prenda espléndida, digna de un héroe. ¡Ay de mí, que no me ha sido dado urdir una igual para mi señor Odiseo!

Penélope se afanaba en su telar día tras día, laborando aplicadamente para acabar el sudario. Mas por la noche se deslizaba en secreto al telar y deshacía todo lo que había adelantado durante el día. Pero al cabo de tres años una de sus criadas, que se había enamorado de varios de los pretendientes, la traicionó, y los pretendientes se emboscaron una noche y la sorprendieron deshaciendo la tela.

Entonces vinieron a ella todos juntos y le exigieron que tomara su decisión sin más demora. Penélope suplicó que le dieran unas pocas semanas más, y ese fue todo el plazo que le otorgaron.

—Hoy es el último día de esa prórroga —terminó Atenea—, y mañana le demandarán una respuesta. Cuando supo que no podía dilatar más el final, envió a Telémaco a inquirir nuevas de ti. Ahora está en Esparta, pero de allí vengo y hoy mismo regresará. Ve ahora a la cabaña de Eumeo, el fiel porquerizo, cuyo padre era el príncipe de Fenicia, a quien le fue robado en su infancia y vendido como esclavo a tu padre, Laertes. En él puedes confiar, y en Filecio, que cuida los bueyes. Pero debes ir disfrazado…

Atenea le dio otros consejos y le ayudó a ataviarse como mendigo. Después partió para ayudar a Telémaco a cruzar el mar desde Pilos a Ítaca, evitando a un grupo de pretendientes que le habían tendido una emboscada entre las dos islas. Atenea llegó hasta Telémaco adoptando la figura de su viejo maestro, Mentor, y lo trajo sano y salvo a casa ese mismo día.

Mientras tanto Odiseo ocultó los regalos de los feacios en una cueva. A trompicones cruzó la playa con sus andrajos y, tras una corta caminata, llegó a la cabaña de Eumeo. Corriendo salieron de ella los perros para alejar al pordiosero, y Odiseo se sentó rápidamente para mostrar que era un amigo… ¡señal que aun hoy en día entienden los perros en Grecia!

Apareció entonces Eumeo, acogió cortésmente al mendigo en su choza y le dio de comer, aunque no tenía ni idea de a quién recibía. Odiseo no se reveló hasta que vino Telémaco, momento en el que los tres se regocijaron juntos y trazaron sus planes para derrotar a los pretendientes.

Esa noche Telémaco regresó al palacio y, una vez que los pretendientes se marcharon a dormir, escondió las lanzas, escudos y demás armas que solían adornar las paredes y columnas del gran salón. No informó a Penélope de la vuelta de Odiseo, ni le dijo nada del plan, aunque sí sugirió que al día siguiente, cuando vinieran los pretendientes a exigir para uno de ellos su mano en matrimonio, ella consintiera en casarse sólo con quien fuera capaz de armar el arco de Odiseo y de disparar una flecha a través de las anillas de doce hachas dispuestas en hilera, proeza esta de la que sólo Odiseo era capaz en los días previos a su marcha a Troya.

Al día siguiente el mendigo Odiseo subió al palacio y por el camino se topó con Melancio, el cabrero, que se burló de él, le dio una patada y lo insultó con palabras groseras.

—Si vuelve alguna vez el gran Odiseo —le apostrofó Eumeo muy serio—, te hará pagar el tratar así a un extranjero.

—Oh, nunca volverá —replicó Melancio—. Cuenta con ello; yace muerto en alguna tierra extranjera… ¡Ojalá que Telémaco estuviera tan muerto como él!

Odiseo siguió hasta el palacio y en la puerta vio a Argos, su viejo perro, ciego e inválido, olvidado entre la basura donde los pretendientes lo habían dejado tirado. Al acercarse Odiseo, el viejo can lo reconoció, aun después de tantos años; se levantó con dificultad, lo olfateó y le lamió la mano, gimiendo de pura alegría y moviendo la cola débilmente para, a continuación, desplomarse sin vida.

Las lágrimas se asomaban a los ojos de Odiseo cuando se inclinó para acariciar a su leal amigo. Luego, levantándolo entre sus brazos, lo depositó cuidadosamente junto a la tapia del palacio.

Dentro del patio Odiseo rogó a los pretendientes que le dieran comida, y no fue recibido con amabilidad. Un mendigo auténtico, Iro, intentó expulsarlo de allí, pues era extremadamente avaricioso y pasaba el tiempo comiendo y bebiendo sin medida, y temía que el recién llegado se convirtiera en un rival con el que tener que compartir su comida.

Odiseo le dirigió palabras corteses, pero Iro no se avenía a razones y lo desafió a luchar con los puños. Los pretendientes se reunieron en torno suyo, riendo, deseosos de presenciar el duelo entre los dos pordioseros, prometiendo que sería un combate justo y que el ganador sería recompensado.

Cuando Odiseo mostró sus robustos brazos, Iro se amedrentó, y hubiera deseado retirarse; pero los pretendientes se mofaron de él y le obligaron a luchar, tachándole de bravucón y cobarde fanfarrón, lo que sin duda no era mentira.

Iro se abalanzó gritando sobre Odiseo y le golpeó en el hombro. Odiseo se limitó a devolverle el golpe sin emplearse realmente a fondo, con lo que Iro quedó tendido en el suelo sangrando por la boca. Entonces Odiseo lo sacó a rastras del palacio y lo sentó recostado contra la tapia. Y allí lo dejó, diciéndole:

—Quédate ahí sentado y espanta a los puercos y a los perros, y no vuelvas a intimidar a nadie o te pasará algo peor.

Odiseo volvió entonces al palacio y Penélope le mandó llamar, pues había oído que el extraño le podía dar noticias de la caída de Troya y quizás incluso de su marido ausente.

Odiseo le contó tanto como le pareció prudente en ese momento. Cuando concluyó su relato, Penélope le ordenó a la vieja aya Euriclea que le lavara los pies y le buscara ropas limpias, pues advirtió que sin duda lo que decía era cierto y realmente había conocido a su esposo en sus viajes, ya que sus palabras eran prueba segura de ello.

Euriclea, mientras le lavaba los pies con agua templada, descubrió la cicatriz que un jabalí le había dejado en el monte Parnaso, siendo Odiseo aún un mozo. Al reconocer la marca, la vieja aya supo al instante de quién se trataba.

Hubiera empezado a gritar de alegría, mas Odiseo le tapó la boca con la mano y le dijo en un susurro:

—¿Quieres traerme la ruina? Si los pretendientes se enteran de quién soy me matarán de inmediato. Manten el secreto, ni a la reina se lo digas; pronto llegará el momento de hacer justicia.

Tras esto se introdujo de nuevo en el salón y se dispuso a esperar discretamente. Al poco se presentó Penélope, bella y majestuosa, con un gran arco negro y la aljaba llena de flechas. A una orden suya, se colocaron las doce hachas en fila, tras lo cual anunció:

—Príncipes y nobles, no puedo seguir negándome a lo que solicitáis. Por lo tanto, declaro que aquel de vosotros que pueda montar el arco de Odiseo y disparar una flecha a través de las doce anillas de las hachas, tal y como él solía hacer, ése será mi marido y señor de la abrupta Ítaca, y de Zacintos y de la boscosa Samos.

Los pretendientes se turnaron para manejar el gran arco, mas ninguno de ellos consiguió ni siquiera montarlo. Entonces se enfadaron y declararon que se trataba de un nuevo truco de Penélope, y que ese arco no lo podría tender ningún hombre mortal.

—Dejadme probar a mí —dijo Odiseo, pero los pretendientes se indignaron ante el atrevimiento del mendigo, y alguno hasta llegó a tirarle un taburete.

—También él lo puede intentar, si ese es su deseo —intervino Telémaco, y parecía que una nueva disputa estuviera a punto de estallar. Así que Telémaco se volvió a su madre y le pidió que se retirara a sus habitaciones con toda su servidumbre. Cuando así lo hizo envió a Euriclea a echar la llave. Mientras esto sucedía, Filecio se introdujo en el patio y atrancó las puertas, de forma que nadie pudiera entrar o salir del salón.

Telémaco ordenó entonces a Eumeo que le llevara el arco a Odiseo. Éste lo tomó entre sus manos, volviéndolo entre ellas con gesto amoroso, comprobando con mimo que estaba en buen estado. Entonces con un movimiento rápido lo combó y pasó el cordel por su ranura con la misma facilidad con la que un aedo apresta su lira. Bajo sus dedos el bramante vibró como una golondrina, aunque con una nota más profunda y salvaje, en la que reverberaban la guerra y la muerte de los hombres.

Mientras los pretendientes se recostaban en sus escaños sorprendidos y disgustados, Odiseo colocó una flecha en la cuerda, la tendió y dejó escapar la saeta, que salió volando con seguridad para atravesar las doce anillas sin rozar ni una sola con su broncínea punta.

—¡Telémaco, tu huésped no es causa de vergüenza para ti! —exclamó Odiseo, que de un gran salto se encaramó al escalón superior del umbral con las flechas preparadas en una mano y los andrajos que le ocultaban caídos por el suelo—. ¡Observad, por fin ha concluido la terrible prueba —prosiguió— y ahora escojo un blanco diferente!



Sin terminar de hablar una flecha zumbó en el aire y uno de los pretendientes cayó de espaldas, muerto, con la saeta atravesada en la garganta.

—¡Ten cuidado dónde apuntas! —le recriminaron los pretendientes, que todavía no lo habían reconocido y creían que ese disparo había sido un accidente.

—¡Esa es mi intención —fue su respuesta—, pues tenéis muchas cuentas que rendir, vosotros que pensabáis que nunca había de regresar de la tierra de

los troyanos, y que arruinabais mi hacienda y ofendíais a mi reina! ¡Ahora os aguarda la muerte, a todos y cada uno de vosotros, a manos de Odiseo, el saqueador de ciudades!

Entonces, mientras cantaba el gran arco y zumbaban letales las certeras flechas, los pretendientes trataron en vano de llegar hasta él para derribarlo. Primero buscaron armas, pero éstas no se hallaban donde solían en las paredes. Luego los que portaban espadas se lanzaron a por él, utilizando las mesas como escudos. Mas Telémaco trajo yelmos, lanzas y broqueles para sí mismo y para los fieles Eumeo y Filecio, y una armadura para Odiseo, y la lucha se enconó con estrépito.

Hubo un momento en que estuvo perdida, pues el traidor Melancio, el cabrero, accedió a un almacén del que sacó armas para los pretendientes. Mas Telémaco lo sorprendió y lo dejó allí atado para administrarle después su castigo.

Odiseo lanzaba flecha tras flecha, y Atenea extendió el pánico entre los pretendientes de forma que no intentaban abalanzarse todos a una contra sus cuatro enemigos, como bien podrían haber hecho. Cuando se acabaron las flechas, Odiseo recogió las picas que habían lanzado contra él y las devolvió con infalible puntería, tras lo cual desenvainó su espada y cargó lanzando su atroz grito de guerra. Junto a él se batían como valientes el joven Telémaco; y Eumeo, el fiel porquerizo; y Filecio, el boyero; y todos resultaron heridos en la horrible refriega.

Por fin, todos los pretendientes yacieron muertos, hasta el último de ellos, esparcidos por el suelo. Odiseo tan sólo perdonó a Femio, el aedo que no había hecho daño alguno, y a un esclavo que tuvo la mala suerte de estar en el salón durante la pelea y que se ocultó bajo un pellejo de buey.

Luego Odiseo hizo venir a Euriclea, que se presentó con las demás criadas, y entre todas sacaron los cadáveres del palacio y limpiaron el salón, y volvieron a colocar todo en orden.

Cuando terminaron Euriclea fue a buscar a Penélope, que había estado durmiendo en la cámara más apartada, ignorante de cuanto sucedía.

—¡Despierta! ¡Despierta, niña querida! —exclamó la vieja nodriza—, pues ha llegado el día por el que tanto has rezado. ¡Odiseo ha vuelto! ¡Está aquí, en su propia casa, y ha matado a los orgullosos pretendientes que tanto te han importunado y que consumían todos sus bienes!

Mas Penélope no daba crédito a tan buenas nuevas, ni siquiera cuando entró en el salón y se encontró a Odiseo allí, esperándola.

—He oído decir —le replicó a Telémaco cuando éste le reprochó su frialdad— que Paris el traidor adoptó la forma de Menelao y así fue como engañó a Helena, mi prima. Y bien sé que los Inmortales pueden asumir la figura que deseen según su voluntad.

—Hijo mío —le dijo Odiseo a Telémaco—, sabias son las palabras de tu madre. Ahora bien, los dos sabemos señales, secretas para todos los demás, y sólo por nosotros dos conocidas.

Entonces Odiseo fue bañado y vestido con suntuosos ropajes, y Penélope se inclinaba a creer que el extraño era ciertamente su marido. Pero seguía dudando y, a modo de prueba, dijo:

—Noble señor, esperemos hasta mañana antes de que dispongamos nuevas pruebas. Mas ahora ordenaré a las esclavas que traigan el tálamo de Odiseo, que tú juras ser, el tálamo nupcial suyo y mío, que está en la más apartada de las estancias.

—Amargas son esas palabras —le replicó Odiseo—. ¿Quién ha estado interfiriendo con mi lecho? Pues ni vive ni ha vivido hombre alguno capaz de levantarlo y traerlo hasta aquí. Y yo te he de decir por qué: cuando me casé con vos, y construí con mis manos nuestra estancia en el palacio, allí se levantaba un olivo tan grueso como un pilar. En torno a él construí la habitación, sobre él erigí el techo; mas podé las ramas bajas del árbol, y el árbol mismo utilicé como uno de los postes de la cama. Señora, aquí está mi prueba: declaro que ese lecho no puede ser movido a menos que alguien haya cortado el tronco de aquel olivo.

Al escucharlo se desvaneció la última duda de Penélope. Rompió a llorar y corrió hacia él, le echó los brazos en torno al cuello y lo besó, diciendo:

—¡Odiseo, esposo mío! Nadie salvo tú y yo sabía lo del olivo que es parte de nuestro tálamo, en nuestra cámara secreta. Por fin te reconozco, y por fin mi felicidad vuelve a ser completa.

Odiseo la estrechó con fuerza contra su pecho, y en la dicha de aquel momento parecía que todas sus labores y penalidades, todos sus viajes y desventuras, no eran nada ante una alegría y un gozo tan inmensos

16. EL ÚLTIMO DE LOS HÉROES

… Mi propósito se mantiene
navegar más allá del atardecer, y de los baños
de todas las estrellas del oeste, hasta que muera.
Puede que en los golfos naufraguemos,
puede que las Islas de la Felicidad lleguemos a tocar.

Alfred Tennyson, *Ulises*

Y aquí es donde las viejas leyendas llegan a su fin, pues Odiseo fue sin duda el último de los Héroes. No hubo historias sobre Telémaco o su prole: los viejos relatos dicen que tuvo un hijo, llamado Persépolis, pero eso se debe a que alguna familia griega decidió proclamarse entre sus descendientes. Aún vivía Odiseo cuando los bisnietos de Heracles volvieron a Grecia y la conquistaron en su mayoría, mas ahí es donde comienza la historia y acaba la leyenda.

Porque la Edad Heroica terminó con la muerte de Odiseo, su breve y áureo fulgor duró muy poco tiempo —tres veces la vida de Tiresias— y a partir de entonces los Inmortales dejaron de mezclarse con los hombres, por lo menos de forma visible, y ni Zeus ni ningún otro Inmortal volvieron a unirse a un humano o a tener hijos mortales: Helena fue la última de los vastagos de Zeus.

Cuando Homero compuso estos dos magníficos poemas épicos, la Iliada y la Odisea, hace casi tres mil años, se tuvo que remontar menos de dos siglos a acontecimientos que ya se habían convertido en leyenda, y a partir de los cuales él confeccionó obras inmortales que serían la base de todos los poemas y obras de teatro posteriores sobre Héroes e Inmortales. Todos los demás relatos de Troya concuerdan con lo que Homero ya había escrito.

Los Relatos terminan con Odiseo, pero ¿cómo acabó Odiseo mismo? Los griegos también se hicieron esta pregunta, y un aedo compuso al respecto un breve poema ahora perdido. Mas lo que sabemos de él es muy fragmentario, y su único objeto era dar sentido a lo que Homero ya nos había contado.

Pues cuando Odiseo convocó al fantasma de Tiresias, recibió indicaciones sobre su propio futuro, y una velada profecía de que, siendo ya anciano, la muerte le había de venir «del mar».

Cuando los pretendientes fueron aniquilados, sus amigos y parientes quisieron vengarlos matando a Odiseo, que tan sólo se salvó gracias a Atenea, enviada por Zeus para restablecer la paz y enviar a Odiseo en su último viaje, en busca del palacio de sacrificios del que Tiresias le había hablado. Odiseo zarpó una vez más hacia el continente y, tras desembarcar, se internó en tierra firme portando un remo sobre el hombro.

Caminó semanas y semanas, hasta llegar por fin al país de los tesprotos. Y un día pasó junto a un campo en el que trabajaban dos hombres, y uno le dijo al otro:

—¿Qué puede ser lo que lleva ese forastero sobre el hombro? —y el otro replicó:

—Debe de ser un bieldo para separar el grano de la paja. Estoy seguro… no se me ocurre ninguna otra utilidad para algo así.



Así supo Odiseo que había alcanzado una región en la que jamás habían oído hablar del mar salado. Lleno de agradecimiento depositó el remo en el suelo y ofreció un sacrificio para propiciar a Poseidón, a quien había ofendido hacía mucho tiempo al cegar a su hijo, el Cíclope Polifemo.

De camino a casa se entretuvo un tiempo con la reina Calídice, a quien ayudó a derrotar a los brigios que intentaban invadir su país. Luego regresó a su isla y vivió dichoso con Penélope y el hijo que les nació después de su

vuelta de Troya, llamado Poliportes, mientras a Telémaco lo hacía rey de Ítaca.

Pero Odiseo tuvo otro hijo del que nada sabía. Su nombre era Telégono y su madre era Circe, la hechicera.

Cuando hubo crecido, Telégono partió en busca de su padre. En vano navegó a muchas tierras, hasta que una tormenta lo llevó a Ítaca, donde arribó sin saber dónde se encontraba. Sus hombres mataron algunos bueyes e intentaron transportar el resto hasta su barco.

Odiseo se puso en camino para expulsar a los cuatreros. Mas Telégono, cuando subía a su nave, se giró y lanzó una pica que llevaba en la punta la venenosa espina dorsal de una manta raya. Tal y como estaba dispuesto, Odiseo resultó herido y nunca se recuperó, cayendo en un sueño profundo y tranquilo.

Los Inmortales vinieron entonces y se lo llevaron a los Campos Elíseos en el Extremo del Mundo, donde viviría felizmente para siempre con los demás Héroes.

En ese lugar no caen la nieve ni la lluvia fría, ni hay grandes tormentas. Sólo el océano envía de continuo una fresca brisa del poniente que templa los espíritus de los héroes, y la vida de los hombres es para siempre allí dichosa.



Roger Lancelyn Green (1918-1987) fue un biógrafo y escritor inglés interesado profundamente en los mitos y las leyendas, pasión que fue surgiendo durante sus años de estudio de Letras en la Universidad de Oxford. Allí, donde recibió clases de C. S. Lewis, adquirió grandes conocimientos de Grecia y su cultura y, más adelante, se fue enriqueciendo también de las obras de teatro clásicas y los mitos antiguos.

En 1946 comenzó a publicar textos con estas temáticas, desde biografías de sus autores de preferencia, hasta relatos para niños o libros reinterpretando sus leyendas tradicionales favoritas.

Además de su faceta de escritor, Green también fue actor de forma profesional y formó parte de un círculo literario que giraba en torno a las figuras de C. S. Lewis y J. R. R. Tolkien.

Notas

[1] Algunas tradiciones identifican al dios griego Pan con el romano Fauno. (*N. del T.*). **<<**